
Grupo Editorial
Portal
Una
EMBARAZADA en
APUROS
JÉSSICA MACEDO

JÉSSICA MACEDO

Una EMBARAZADA en APUROS

Grupo Editorial Portal

Copyright ©2025 Jéssica Macedo

Todos los derechos reservados. Queda prohibido el almacenamiento o la reproducción de cualquier parte de esta obra, ya sea física o electrónica, sin la autorización previa de la autora. La violación de los derechos de autor es un delito tipificado en la Ley n.º 9.610/98 y castigado por el artículo 184 del Código Penal.

Diseño gráfico de la portada y el interior

Jéssica Macedo

Copydesk

Patty Trigo

Revisión

Sônia Carvalho

Traductor

Matías San Miguel

Esta es una obra de ficción. Los nombres de personas, acontecimientos y lugares que existen o que realmente existieron en algún momento de la historia se han utilizado para ambientar la trama. Cualquier similitud con la realidad es pura coincidencia.

Índice

Sinopsis
Prólogo
Capítulo uno
Capítulo dos
Capítulo tres
Capítulo cuatro
Capítulo cinco
Capítulo seis
Capítulo siete
Capítulo ocho
Capítulo nueve
Capítulo diez
Capítulo once
Capítulo doce
Capítulo trece
Capítulo catorce
Capítulo quince
Capítulo dieciséis
Capítulo diecisiete
Capítulo dieciocho
Capítulo diecinueve
Capítulo veinte
Capítulo veintiuno
Capítulo veintidós
Capítulo veintitrés
Capítulo veinticuatro
Capítulo veinticinco
Capítulo veintiséis
Capítulo veintisiete
Capítulo veintiocho

Capítulo veintinueve
Capítulo treinta
Capítulo treinta y uno
Capítulo treinta y dos
Capítulo treinta y tres
Capítulo treinta y cuatro
Capítulo treinta y cinco
Capítulo treinta y seis
Capítulo treinta y siete
Capítulo treinta y ocho
Capítulo treinta y nueve
Capítulo cuarenta
Capítulo cuarenta y uno
Capítulo cuarenta y dos
Capítulo cuarenta y tres
Capítulo cuarenta y cuatro
Capítulo cuarenta y cinco
Capítulo cuarenta y seis
Capítulo cuarenta y siete
Capítulo cuarenta y ocho
Capítulo cuarenta y nueve
Capítulo cincuenta
Capítulo cincuenta y uno
Capítulo cincuenta y dos
Capítulo cincuenta y tres
Capítulo cincuenta y cuatro
Capítulo cincuenta y cinco
Capítulo cincuenta y seis
Epílogo
Sobre la autora
Otras obras
Redes sociales (del editor)

Sinopsis

Eros Bianchi era el director general de una agencia de publicidad en auge. A punto de casarse, parecía tener una vida perfecta después de que una de sus campañas le valiera el premio Cannes. Sin embargo, pilló a su novia acostándose con su mejor amigo el día en que iban a darse el «sí, quiero».

Graciela Rodríguez llevaba una vida humilde como camarera en un resort de lujo en el Caribe y no esperaba que su camino se cruzara con el del guapo e irresistible canadiense, que llegó al hotel tras una decepción amorosa.

Vivieron una intensa pasión, con los días contados, porque Eros tenía que volver a su país. Graciela pensaba que nunca volvería a verlo, pero su relación dio sus frutos y, poco después de la partida del director general, descubrió que estaba embarazada.

El bebé en camino no era el único reto de la joven, ya que su hermano se había involucrado con hombres peligrosos que la perseguían. Eros no esperaba volver a tener una mujer y una vida, pero haría todo lo posible para protegerla a ella y a su hijo.



Prólogo

Hay un momento en la vida en el que crees haber llegado a la cima, que todo está exactamente como siempre soñaste. Así es exactamente como me sentía ese día.

Había ganado uno de los premios de publicidad más importantes del mundo, lo que había hecho que mi agencia despegara. Pasé de ser un entusiasta nacido en una familia de clase media a convertirme rápidamente en millonario. Empresas no solo de Canadá, sino de muchas otras partes del mundo competían por un lugar en mi cartera de clientes. Estaba expandiéndome y mi nombre sería conocido en todo el mundo.

Para mejorar aún más las cosas, esa noche me casaría con Violet. Llevábamos tres años saliendo y le había pedido matrimonio hacía cuatro meses. Kyle, mi mejor amigo, me había animado a

tomar esa decisión y estaba seguro de que había sido el mejor paso que había dado en mi vida.

La mañana del gran día, aparqué mi coche en una plaza en la esquina del edificio donde vivía. Había comprado unos gemelos de esmeraldas para llevar con mi traje gris y se me habían olvidado en su casa después de la noche anterior. Él me había preparado una despedida de soltero, con una stripper saliendo de un pastel y un montón de amigos demasiado borrachos para volver solos a casa.

Como siempre, yo era el más responsable y tuve que meter a cada uno de ellos en coches de aplicación para que volvieran a casa. Después me fui a la mía, tenía que dormir bien para estar en forma y me sentía revitalizado. Iba a salir de allí directamente a la barbería, donde me arreglaría para el momento.

Mi apartamento estaba lleno de regalos y listo para recibir a Violet, que se mudaría allí definitivamente.

—¡Buenos días! —saludé al portero, que ya estaba cansado de verme, y él me devolvió el saludo.

—Buenos días, señor Eros.

—Voy a ver a Kyle.

—Puede subir. —Me dejó pasar y me dirigí al ascensor, buscando a tientas la llave en el bolsillo.

Mientras que yo era el *más recto,* Kyle tendía a beber demasiado y perder el control de la situación. Como tuve que arrastrarlo a casa varias veces después de que se emborrachara, terminó dándome una copia.

Estaba seguro de que, después de la fiesta de ayer, era posible que aún no se hubiera despertado. Como la boda era por la noche, podía dejar que mi padrino descansara un poco más y estuviera renovado para el momento adecuado.

Salí del ascensor y caminé hasta la segunda puerta de madera. La abrí y entré sin anunciarme, solo iba a agarrar los gemelos y salir

de allí. Kyle ni siquiera se daría cuenta. Sin embargo, en cuanto mi pie tocó el brillante suelo de porcelana blanca, vi un vestido tirado en medio de la habitación. Me resultaba familiar, pero no lo asocié con nada.

Vi un sujetador y luego unas bragas antes de darme cuenta de los gemidos. El muy cabrón estaba teniendo sexo por la mañana. Al menos era una buena forma de eliminar el alcohol y deshacerse de la resaca.

Encontré la caja con mis gemelos y estaba a punto de irme, dejando que mi mejor amigo continuara con lo que estaba haciendo, cuando oí una voz femenina.

—Dame nalgadas en el culo.

Mis cejas se arquearon y me puse en alerta. Conocía ese timbre de voz.

—Te gusta, ¿verdad, putita? —Kyle se rió antes de que el sonido de la palmada resonara por todo el apartamento.

—Sabes que me encanta —gimió ella—. Tenemos que acabar pronto con esto porque sino llegaré tarde a mi boda.

—¿Podrás tener sexo por la noche con él después de haber recibido mi verga toda la mañana?

—Tengo la excusa de estar cansada por la boda.

No podía asimilar lo que mis oídos percibían. El shock me hizo pensar que estaba delirando, así que un impulso me llevó al dormitorio de mi mejor amigo. Él estaba arrodillado mientras le metía la verga a mi novia por detrás. En cuatro patas, ella parecía estar disfrutando mucho de lo que estaba pasando mientras sus tetas se balanceaban con las embestidas.

—No hace falta que inventes más excusas, porque no habrá boda.

—¡Eros! —Ella se levantó asustada.

—¿Qué haces aquí, hermano? —Kyle abrió mucho sus ojos azules—. ¿No ibas a la barbería?

—Me he olvidado aquí los gemelos. —Agité la caja.

—Eros... —Violet empezó a tartamudear mi nombre.

—No me digas que puedes explicarme esto.

—Te amo.

—Bonita forma de demostrarlo.

—Con Kyle solo es sexo. ¡Ven aquí! Podemos divertirnos los tres y quedará entre nosotros.

Me reí, pero era por los nervios. Tenía una angustia que me iba empeorando cada vez más.

—Me gustaría mandarte a la mierda, pero ya lo estás haciendo tú. Así que me abstengo de hacer comentarios por el momento.

Le di la espalda y cerré la puerta de la habitación. Oí a Violet gritando mi nombre, pero estaba desnuda y no iba a ir muy lejos así.

Volví a mi coche y tiré la caja con los gemelos dentro de la guantera. Hice lo mismo con mi móvil cuando empezó a sonar. No iba a atenderles a ellos ni a nadie en ese momento.

Estaba tan conmocionado que ni siquiera sabía cómo reaccionar.

Seguí conduciendo sin rumbo fijo hasta que vi High Park, detuve el coche y seguí caminando hasta mi lugar favorito, un árbol alto y viejo a orillas del lago. Tenía el tronco retorcido y lleno de hendiduras donde los animales hacían sus madrigueras. Me senté en él e incliné la cabeza hacia atrás, buscando también un refugio.

Observando a la gente que pasaba y a los animales, no sé cuánto tiempo estuve allí hasta que alguien se sentó a mi lado. Moví la cabeza y me encontré con mi hermana menor.

—Evelyn, ¿qué haces aquí?

—Sé dónde sueles esconderte cuando quieres alejarte de todo.

—También cuando busco inspiración. —Acerqué las piernas y desvié la mirada hacia el lago.

—Se te va a hacer tarde.

—No, eso no pasará.

—Robin, de la barbería, me llamó y me dijo que no conseguía hablar contigo, y cuando lo intenté yo tampoco lo conseguí. Entonces pensé que quizá estarías aquí.

—Bueno, me has encontrado. —Resoplé.

—¿Estás nervioso por la boda?

—Ojalá fuera eso.

—Todo saldrá bien, Eros. Tú amas a Violet.

—¿Crees que todo puede salir bien después de pillarla a ella teniendo sexo con Kyle?

—¿Qué? ¿Estás bromeando?

Solo negué con la cabeza.

—¡Qué mierda, Eros! No sé qué decir.

—No hace falta que digas nada.

—Pensaba que iban a ser *felices para siempre*.

—Ese «felices para siempre» probablemente ni siquiera exista. —Me removí y volví a echar la cabeza hacia atrás, recostándome contra el árbol.

—¡Cierra la boca! —Mi hermana me empujó por los hombros, sacudiéndome.

—Es obvio que me han tomado por idiota las personas en las que más confiaba.

—¡Oye! Tú confías en mí.

—¿Debo seguir confiando?

Ella frunció los labios y yo giré la cara con expresión seria.

—¿Les dirás a los invitados que no habrá boda? No quiero ir a la iglesia y parecer un payaso mientras todos me miran con lástima.

—No te preocupes.

—Me voy al apartamento. Quizás me desestrese tirando los regalos por la ventana.

—No, señor, voy a buscar su maleta y usted se va al aeropuerto.

—¿Al aeropuerto? —Fruncí el ceño.

—Ve y disfruta del viaje que ibas a hacer.

—¡No!

—¡Sí! —Cruzó los brazos y sacó pecho en una postura imponente—. Pagaste por este viaje, y te vendrá bien olvidarte de lo que pasó.

—No lo creo.

—Tienes que escucharme mejor.

—Voy a cancelar el viaje, Evelyn.

—¡De ninguna manera!

—De todos modos, el vuelo es mañana temprano.

—Duerme en la sala VIP, pasa la noche en el aeropuerto. Quizás encuentres a alguien que te acompañe. O intenta adelantar el billete de avión.

—Evelyn, basta.

—Voy a buscar tu maleta.

—No hace falta.

—¡Sí! No quiero que te quedes mirando los regalos ahora.

—De acuerdo. —Resoplé descontento mientras sacaba la llave del bolsillo y se la daba a mi hermana.

Irme solo de luna de miel era la mayor locura que ella podía convencerme de hacer, pero con la ayuda de Evelyn me convencí de que huir de allí podría ser lo mejor para mí ese día.



Capítulo uno

Mientras caminaba por el pasillo del hotel, veía en flashes todo lo que había sucedido y lo que me había llevado a estar solo en el Caribe. Se suponía que ella estaría allí, pero no solo destruyó el viaje, sino todos mis planes. Después de haber sido traicionado, quería dejar de pensar en la secuencia de acontecimientos que parecían haber culminado en el derrumbe de mi vida, pero cuanto más luchaba contra esos pensamientos, con más fuerza venían a mi mente.

Salir del frío de Toronto rumbo al cálido aire playero de Punta Cana me pareció la mejor alternativa. Había perdido a mi mejor amigo y a mi prometida en un solo día y sí, huí...

—¡Cuidado!

Oí un grito y me di cuenta de lo distraído que estaba cuando choqué de frente con una camarera que llevaba una pila de toallas sucias que pretendía llevar a su carrito, parado en medio del pasillo. Las toallas volaron al suelo y solté el asa de mi maleta para arrodillarme y ayudarla a recogerlas.

—Lo siento —dije con mi español oxidado.

—No pasa nada. —Sonrió torpemente cuando la miré y se colocó detrás de la oreja el mechón que se le había escapado del moño.

Tomé las toallas y se las entregué.

—Debería prestar más atención por donde camino.

—Le pasa a todo el mundo.

—No estoy tan seguro.

—Parece ser de muy lejos. —Se giró hacia mí con sus ojos marrones, mostrando una mirada curiosa que me llamó la atención.

—¿Mi albinismo me delató? —Mostré una expresión burlona al referirme a mi piel demasiado blanca. No era realmente albino, pero la falta de sol, el cabello rubio y los ojos azules contribuían a esa apariencia.

—No me había dado cuenta.

—Muy amable de tu parte.

—Estoy a su disposición, señor. —Me guiñó el ojo con diversión.

—Te agradezco tu hospitalidad, pero puedes llamarme Eros. —Le tendí la mano, acabando con la formalidad.

—Soy Graciela. Mucho gusto.

—Realmente eres encantadora.

Sus mejillas se sonrojaron y me di cuenta de que había hecho el peor piropo de mi vida.

—Vaya, eso fue horrible. —Hice una mueca.

—No te preocupes.

—¿Estás acostumbrada?

—No...

—Bueno, creo que...

No pude terminar la frase, porque alguien la llamó, lo que hizo que Graciela cambiara completamente de postura.

—Graciela, ¿ya has terminado de limpiar las habitaciones de esta planta?

—No, señor Rodríguez. —Tragó saliva.

—Entonces deja de hablar con los huéspedes y ponte a trabajar.

—Ha sido culpa mía —dije tratando de aliviar la situación de la chica, no quería que la regañaran por mi comportamiento.

—Lo siento, señor, pero las empleadas no están incluidas en el menú, aunque la publicidad del resort sea *all inclusive*.

Me sentí completamente incómodo, no era mi intención, pero por la forma en que Graciela se encogió, tal vez su supervisor solo estaba siendo un idiota. Él no debía tratarla así, aunque tampoco era momento de empeorar las cosas: discutir con él solo complicaría todo.

—Buen trabajo, lo siento de nuevo. —Agarré el asa de mi maleta, entré en la habitación, cerré la puerta y me tiré en la cama. Quizás si me hundía lo suficiente en ella conseguiría desaparecer.



GRACIELA

Capítulo dos

—¡Vaya, Miguel! ¿Tenías que hablarle así al huésped? —Golpeé el suelo con los pies en cuanto el hombre desapareció de mi vista.

—¿Crees que no vi cómo le echaba el ojo a mi hermanita?

—Estás exagerando, él solo estaba tratando de ser amable porque estaba distraído y se cayeron las toallas.

—Cuando te conseguí este trabajo aquí en el hotel era para que me ayudaras a llevar comida a casa, no para que coquetearas con los clientes. Apenas has cumplido dieciocho años y eres una chica de familia.

—¡Miguel, déjame en paz! —Fruncí los labios.

Sabía muy bien que mi hermano se preocupaba por mí, pero desde la muerte de nuestros padres se creía más responsable de lo

que debía y la mayor parte del tiempo era un gran pesado que me agobiaba. A veces, yo solo quería poder respirar un poco.

—Esos extranjeros vienen de fuera con mucho dinero y creen que pueden aprovecharse de chicas humildes como tú.

—Puede ser. Ya te entendí.

—¡Genial!

—¿Ahora puedo seguir trabajando? —Señalé la puerta de la habitación contigua.

—Sí, pero ten cuidado.

—¡Miguel!

—Espérame para irnos. Hoy he aparcado la moto al otro lado porque era donde había sitio, pero te recogeré a la salida de los empleados.

—Quedamos así.

—Graciela...

—¿No te están esperando en el restaurante?

—Si pasa algo, dile que tu hermano sabe boxear.

—Solo has ido a tres clases. —Puse los ojos en blanco.

—Pero ellos no tienen por qué saberlo.

—¡Ve a trabajar, Miguel! —Entré en la siguiente habitación para limpiar y mi hermano desapareció de mi vista.

Le debía mucho, pero con esa actitud sobreprotectora no podía acercarme a nadie y eso me volvía loca.



Capítulo tres

Salí de la ducha envuelto en una toalla y con el pelo aún mojado, y me acerqué a la cama donde había dejado mi maleta abierta. Elegí una camisa y unos pantalones cortos. Estaba acostumbrado al traje y a las pesadas prendas del invierno canadiense, pero tal vez cambiar un poco, incluso mi aspecto, me ayudaría a desintoxicarme de lo que me estaba matando en ese momento.

Todo va a salir bien... Recordé las palabras de mi hermana cuando subí solo a un avión para un viaje que iba a ser mi luna de miel. En ese momento, sus palabras me dieron confianza, pero allí ya no estaba tan seguro.

Quizás debería haberme quedado en casa y haberme deshecho de todos los regalos que se acumulaban en mi salón, sin siquiera

molestarme en leer las innumerables notas y cartas de felicitaciones que me deseaban años de feliz matrimonio con Violet.

Años...

Empecé a reírme solo cuando pensé que mi prometida no se había preocupado por los años que habíamos pasado juntos cuando me traicionó con mi mejor amigo. Otro que tampoco se preocupó por la relación antes de apuñalarme por la espalda.

Quería creer en las palabras de mi hermana menor: *«Eres joven, guapo y exitoso, pronto te recuperarás de este golpe».*

Quizás fuera precisamente por eso por lo que no me recuperaría tan rápido. Tenía una vida perfecta, estaba en mi mejor momento profesional, era dueño de una agencia destacada en Toronto y había ganado el León de Oro de Cannes por uno de mis anuncios del año pasado. Las empresas de Canadá y de todo el mundo nos buscaban para hacer sus campañas de marketing e Inspiration se había convertido en la agencia de publicidad y marketing más solicitada de los últimos tiempos. En contrapartida, estaba comprometido con una brillante abogada de la que estaba enamorado desde la época del colegio.

Tenía todos los motivos del mundo para estar radiante, pero todo se vino abajo como un castillo de naipes. Bastó un golpe para que me sintiera completamente infeliz.

Ver a Kyle con Violet fue suficiente para acabar conmigo...

Con el paquete de viaje pagado y los planes para pasar unos días en el Caribe, mi hermana me animó a aprovechar el momento para despejarme. Sería mejor que quedarme en casa viendo recuerdos de ella por todas partes. El problema era que en ese momento deberíamos estar casados y no podía dejar de pensar en cómo sería si ella estuviera allí conmigo, disfrutando de cada momento.

Decidí salir de la habitación. Tenía la opción de pasar una semana encerrado en el cuarto lamentándome por lo que me había

pasado, o simplemente disfrutar del dinero que había gastado para venir a este lugar paradisíaco.

Era el final de la tarde y podía ver el cielo amarillento con la puesta de sol. La vista era preciosa, el paisaje tenía muchos colores y un brillo muy diferente al de la ciudad donde había nacido y pasado toda mi vida.

Ya había conocido varias partes del mundo, principalmente Europa, pero había una vitalidad especial en las ciudades tropicales. Pasé cerca de una mesa de bufé en la zona de la piscina y vi una tabla de embutidos, acompañada de algunos arreglos de frutas de las más diversas formas y colores. Elegí un racimo de uvas y seguí caminando, metiéndome algunas en la boca mientras observaba todo.

Una mujer salió corriendo detrás de una niña pequeña y empezaron a reír cuando consiguió alcanzarla. *«Te pillé»,* hizo que la risa se hiciera aún más grande.

Esperaba que un poco de esa alegría que estaba por todas partes terminara contagiándome y haciendo que dejara de sentirme como una basura. Tenía que tomarme más en serio lo que mi hermana me había dicho. Era mejor haber descubierto que me habían engañado antes que después de la boda. Ella me arrancaría hasta los órganos en el divorcio.

Di la vuelta al hotel y me acerqué a un aparcamiento, seguí caminando hasta que vi al tipo que había reprendido a la camarera por estar hablando conmigo. Me quedé observándolo hasta que arrancó la moto y la condujo hasta una puerta que estaba a unos metros más adelante.

Me sorprendió ver a la camarera. Salió y se acercó a él, aceptó el casco que le entregó y se subió a la parte trasera. Era más que un simple jefe, debía de ser su novio o incluso su marido, y eso me hizo sentir aún más idiota. Debía de tener muy mal ojo para elegir mujeres.

Después de que desaparecieron de mi vista, volví a la zona de la piscina del hotel y encontré una hamaca, donde me quedé hasta que cayó la noche.

Quizás el viaje no era para alejarme del dolor, como imaginaba mi hermana, pero al menos me ayudaría a sobrellevar el duelo sin que nadie me juzgara por ello.



GRACIELA

Capítulo cuatro

Bajé de la moto y colgué el casco en mi brazo mientras buscaba la llave para abrir la puerta de nuestra pequeña casa, situada en un pueblo no muy lejos de donde trabajábamos en el resort.

El contraste entre los grandes hoteles de lujo que recibían turistas de todo el mundo y las residencias de la gente común era enorme. La población, en general, era muy pobre, pero había un clima de felicidad contagiosa, probablemente por el privilegio de vivir en un lugar tan bonito.

—¡Entra ya! —Mi hermano me sacó de mi ensimismamiento.

—¡Cálmate!

—Estás completamente en las nubes.

—Solo estoy pensando.

—¿Ha pasado algo en el trabajo? —Pasó delante de mí, me quitó la llave de la mano y abrió la puerta.

—No.

—¿Me vas a decir que ese turista volvió a coquetear contigo? —Frunció los labios como si fuera un perro rabioso.

—¿Podrías dejar de ser tan celoso?

—Solo cuido de mi hermanita.

Entré en la sala pisando fuerte y cerré la puerta detrás de nosotros. La cerré con llave y miré fijamente la pequeña habitación con un sofá y un televisor. Solo había un dormitorio con dos camas individuales. Parecía un poco más cómodo que cuando dormíamos apretujados en la cama con mis padres. Negué con la cabeza, tratando de alejar ese pensamiento, todavía era triste pensar en su ausencia.

—Así acabarás metiéndote en líos con los huéspedes. Ninguno de nosotros necesita ser despedido, Miguel.

—Solo tienen que mantener los ojos bien lejos de ti.

—¡Basta con eso! —Resoplé.

—Parece que no entiendes que solo quiero protegerte.

—Me agobias. —Le di la espalda y me dirigí a nuestro pequeño cuarto de baño.

—¿No te das cuenta de que hay mucha gente mala en este mundo?

—Está bien, Miguel.

—Eres mi hermanita y todo lo que tengo.

—Lo sé.

—¡Graciela!

—Voy a darme una ducha. —Le cerré la puerta en las narices.



Capítulo cinco

Pasé el día en un paseo en barco y en la tienda del resort. Esperaba que si yo llevara regalos cuando volviera a mi casa, mi familia no me preguntaría cómo me sentía después de todo lo que había pasado.

Tenía una semana para practicar mi mejor expresión de indiferencia. No tenían que preocuparse por mí.

Volví a la recepción y un folleto me llamó la atención. Me acerqué y lo recogí del mostrador.

—¿Qué es eso?

—Es un concierto que va a haber en la playa —respondió la recepcionista sin prestarme mucha atención.

—¿Está muy lejos de aquí?

—Se puede ir en taxi.

—¿Puedo llevarme este folleto?

—Sí. —Volvió a mirar la pantalla del ordenador donde estaba haciendo una reserva y yo me fui a mi habitación.

No tenía planes para esa noche y pensé que ir a un evento con un concierto de un cantante local sería mucho mejor que quedarme tumbado en la cama mirando al techo. Esperaba que ese viaje fuera completamente diferente cuando lo pagué, pero aún había posibilidades de que me divirtiera un poco.

Me di una ducha, me cambié de ropa y seguí las instrucciones de la recepcionista. Tomé un taxi hasta la dirección y vi que varias personas ya habían llegado y se agolpaban alrededor de un pequeño escenario.

Me quedé observando desde lejos, un poco fuera de lugar, e incluso pensé en volverme, pero entonces la vi. La camarera del hotel estaba aún más guapa con un vestido de flores y el pelo ondulado suelto. Estaba en compañía de otra mujer y mi primera reacción fue buscar al hombre.

—¡Hola! —Me saludó con la mano.

—Hola. —Hice lo mismo. Me sorprendió su reacción, pero al mismo tiempo me alegré de ver una cara familiar.

—¿Has venido a disfrutar del concierto? —Se detuvo frente a mí con las manos en la cintura.

—Sí.

—¡Genial!

—¿Tu novio no va a venir? Creo que no le va a gustar verte hablando conmigo.

—¿Novio? —La otra mujer que estaba con ella se echó a reír.

—No tengo novio —respondió Graciela, y yo me sentí incómodo por haberle hablado de esa manera.

—¿No?

—¿Por qué pensaste eso?

—Te vi saliendo con el chico que te regañó en el pasillo, imaginé que estaban juntos.

—¡Ah, Miguel!

—¿Solo es un jefe molesto? —Hinché un poco el pecho, emocionándome más de lo que debía ante la situación.

—En realidad, es mi hermano.

—Es muy celoso... —dijo mi amiga.

—Ya veo. —Sonreí con ironía—. No quiero tener problemas con él. Nos vemos. —Di un paso hacia atrás, pero sus palabras me detuvieron.

—En realidad, él ni siquiera sabe que estoy aquí.

—¿Te has escapado? —Me giré hacia ella con una sonrisa.

—En teoría, soy mayor de edad y puedo hacer lo que quiera, pero se sobreentiende que sí, que me he escapado.

—Se va a enfadar.

—Está con su novia, espero que ella lo distraiga hasta mañana.

—¡Qué chica tan lista!

—Graciela, han llegado los demás, me voy con ellos —dijo la otra mujer.

—Espera un momento, María.

—Puedes hablar con el gringo y luego nos buscas.

Graciela me miró incómoda mientras su amiga se escabullía y se acercaba a un grupo que estaba a unos metros.

—Puedes ir con ellos.

—¿No parecerá que estoy huyendo de ti? —Ella cruzó las manos detrás del cuerpo, frotándolas entre sí.

—Como si tuvieras que preocuparte por mí.

—Eres un huésped.

—Yo solo soy un turista, y tú eres una chica guapa.

Ella se sonrojó ante mi frase y llegué a pensar que no debería estar coqueteando con ella, pero la frase se me escapó antes de que pudiera detenerla.

—Tú también eres guapo.

—Pero un poco pálido.

—Supongo que no hay mucho sol en tu ciudad.

—Cuando sale el sol, suelo huir de él. —Hice una mueca y ella se rió.

—Entonces, ¿qué hace un chico como tú en el Caribe? ¿Estás trabajando?

—Es una larga historia. —Tragué saliva, incómodo al recordar que había sido Violet quien había elegido nuestro destino.

—Todavía quedan diez minutos para que empiece el espectáculo. —Ella se encogió de hombros.

—¿Y tus amigos? —Señalé al grupo que seguía en el mismo lugar.

—Ni siquiera me echarán de menos.

—No quiero ser el culpable de que te regañen otra vez.

—A veces vale la pena.

No necesitó decir nada más para convencerme, quería estar cerca de ella y quizá divertirme un poco después del desastre de mi vida.

Le indiqué el camino a la playa y bajamos más cerca del mar, caminando donde rompían las olas.

—No te gusta el sol, no has venido por trabajo... —insistió, curiosa por saber más.

Por un momento, me pregunté si parecería idiota si le contaba la verdad, pero era mejor quitarse la venda de una vez, cuanto antes me acostumbrara a la situación, menos dolería.

—Había pagado un viaje de luna de miel y decidí aprovecharlo.

—Pero ¿dónde está tu esposa?

—No me casé.

—¿Por qué no? —Abrió mucho sus ojos marrones, sorprendida.

—La pillé engañándome con mi mejor amigo.

—¡Ay, Dios mío! Lo siento mucho.

—Mejor que haya sido antes de casarme.

—En eso estoy de acuerdo. —Se pasó la mano por el pelo, arreglándoselo mientras el viento lo agitaba, lo que me hizo encontrarla aún más guapa—. Al menos ella eligió un lugar estupendo para que salieras de la depresión.

—Viéndolo de esa manera… Pero cambiemos de tema. No he venido aquí para darle vueltas al final de mi relación.

—¡Eso es! Eres un chico guapo, amable y mereces seguir adelante.

—¡Exacto!

—El espectáculo ha comenzado. —Me agarró del brazo—. Vamos a bailar.

Dejé que Graciela me arrastrara cerca del escenario, no muy lejos de donde estaban sus amigos. Pensé que me abandonaría para quedarse con ellos, pero afortunadamente no fue así.



GRACIELA

Capítulo seis

—¿Sabes bailar? —Levanté la cabeza en busca de los ojos azules de Eros, iluminados por las antorchas esparcidas por la playa.

—¿Seguirás hablando conmigo si te digo que no o tengo que mentir?

Sus palabras me arrancaron una carcajada y me pareció aún más divertido. Ni siquiera recordaba la última vez que había estado tan cerca de un hombre tan guapo. Con mi hermano siempre detrás mío, salir con alguien parecía prácticamente imposible. Sin embargo, estaba allí y, al menos ese día, quería ser libre y disfrutar del momento.

—Yo puedo enseñarte.

—Soy muy buen alumno.

—Ven aquí. —Di un paso hacia él, sintiendo cómo se me secaba la boca, y le tomé las manos, colocándolas alrededor de mi cintura—. Puedes sujetarme así.

—De acuerdo—. Sus pupilas se dilataron.

Intenté disimular que yo también me sentía avergonzada por su acercamiento, pero no quería que se alejara.

—Sigue el ritmo de mi cuerpo. —Empecé a moverme de un lado a otro, llevando sus manos conmigo.

—¿Así?

Cuando me di cuenta, él también estaba contoneándose.

—¡Eso!

—No es tan difícil.

—Solo tienes que soltarte. —Subí con las manos, recorriendo sus brazos hasta colocarlas sobre sus hombros, y Eros me atrajo hacia él, colocando una pierna entre las mías.

Esa fricción era peligrosa, sabía muy bien los riesgos de estar tan cerca de un hombre así, frotándome contra él, sin embargo, quería disfrutar del momento e imaginaba que no me arrepentiría.

Eros era tan galante, perfumado y gentil. Muy diferente de la mayoría de los hombres con los que convivía, especialmente mi hermano, y si iba a cometer una locura, mejor que fuera con alguien a quien probablemente no volvería a ver.

Sus manos se deslizaron mientras yo me balanceaba y se hundieron en mi culo, presionándolo y acercándolo aún más. No lo recriminé, solo seguí bailando con mis brazos sobre sus hombros y mi mirada fija en la suya.

Su muslo frotándose entre los míos empezaba a ponerme caliente y húmeda, era un peligroso camino hacia la locura.

—Eres preciosa... —Su voz sonó grave, temblorosa y jadeante.

—Tú también. —Le acaricié la cara con la mano, tocando su barba rubia y fina hasta llegar al lado de las cejas, y él me apretó más.

Su pecho presionó el mío y sentí que mi corazón se aceleraba, mi boca se secó aún más y acerqué mi frente a la suya. Nuestras respiraciones se mezclaron acelerando aún más el pulso de mis venas.

Lo que iba a ser solo un baile acabó convirtiéndose en algo mucho más sensual. Mis amigos estaban bailando y María había encontrado a su novio, prestando poca atención a lo que me estaba pasando y haciéndome correr aún más riesgos.

Yo no era de las que cometían tonterías, después de que nuestros padres murieran y nos quedáramos solos, Miguel y yo tuvimos que madurar muy rápido, sin embargo, también me vi privada de muchas cosas, como simplemente coquetear.

Mi nariz estaba pegada a la de Eros mientras él recorría mi cuerpo con sus manos, acariciando mis contornos sin pudor mientras yo me rozaba contra él, en una silenciosa petición de más.

Levanté la cabeza y nuestros ojos volvieron a encontrarse, Eros subió una mano por mi nuca y me sujetó la cabeza. El aire se escapó de mis pulmones y mi respiración se volvió más urgente. Hasta que él inclinó la cara y acercó su boca a la mía.

La parte sensata de mí que me decía que no lo hiciera quedó completamente silenciada por el peso de sus labios. Aparté los míos y dejé que nuestras lenguas se encontraran. Era una locura y una imprudencia, probablemente por eso resultó tan delicioso. Mientras nos besábamos cada vez más frenéticamente, no dejé de bailar ni de frotarme contra él. Sus manos me marcaban mientras su boca me dejaba cada vez más sedienta. Tenía un ansia por seguir besándolo y cedí a ella hasta quedarme sin aliento.

Su boca se separó de la mía, recorriendo mi cuello y provocándome escalofríos mientras recuperaba el aliento para que

volviéramos a besarnos.

—Ven al hotel conmigo. —Me mordisqueó la oreja, disipando por completo el resto de mi cordura.

Debería haber dicho que no, era una locura aceptar eso, pero mi noche de locuras había comenzado cuando me escapé de mi casa para venir a esta fiesta.

—No sé si debería.

—Te recompensaré bien. —Me mordió el mentón, provocando efectos por todo mi cuerpo antes de volver a besarme.

—No pueden verme entrar.

—Encontraremos una manera.

Acabé cediendo a los impulsos de mi cuerpo y aceptando. Eros y yo fuimos a la avenida y él paró un taxi, que nos llevó al resort donde él se alojaba y yo trabajaba. No era exactamente una regla, pero recomendaban no involucrarse con los huéspedes. Sin embargo, me sentía tan atrapada y sofocada por el carácter autoritario de mi hermano que solo quería liberarme por una noche.

Me mantuve alejada de las cámaras y pasé con la cabeza gacha por una de ellas en el pasillo hasta que entramos en la habitación. Eros abrió la puerta y me empujó dentro. Sabía que no se preocuparía por mí después de acostarnos, él vivía en otro país y tenía una vida muy diferente a la mía, pero eso no significaba que yo no pudiera disfrutar de ese momento y convertirlo en algo especial para mí.

Cerró la puerta con llave y me empujó por la cintura, colocando mi espalda contra la pared y su boca volvió a la mía, esta vez con mucho más apetito. Mientras su lengua exploraba la mía, Eros subió con la mano por mi muslo, dejando un rastro de calor como si sus dedos estuvieran hechos de lava pura. Rodeó mi espalda y se metió dentro de mi vestido, tocándome directamente el culo, presionándolo y haciendo que volviera a frotarme contra él.

Me mordió el labio inferior antes de apartarse para levantarme mi vestido. Levanté los brazos y dejé que me lo quitara. Cuando lo tiró al suelo, Eros recorrió mi cuerpo con la mirada y su sonrisa indicó que le había gustado lo que había visto.

—Eres preciosa.

Ni siquiera tuve tiempo de responder o pensar antes de que el peso de su boca me hiciera perder la cabeza de nuevo. Eros me mordió el cuello y bajó con las manos explorándome. Solté un gemido cuando metió los dedos dentro de mi sujetador y tocó directamente mis tetas.

Con el corazón acelerado y la boca salivando, solo quería que siguiera explorando las partes más íntimas de mí.

Miguel me mataría si descubriera que estaba a punto de acostarme con uno de los huéspedes. Mi hermano mayor siempre me decía que tenía que tener cuidado, porque esos hombres solo se aprovecharían de mí y yo nunca podría esperar nada a cambio. Sin embargo, lo único que quería era esa noche, sentirme deseada y libre de ataduras. Los hombres siempre se aprovechaban del momento a su antojo, así que ¿por qué iba a ser diferente para mí?

Dejé de pensar racionalmente cuando mi sujetador cayó al suelo y Eros mordió uno de mis pechos. Lo tiré del pelo, acariciándole los mechones con los dedos mientras él chupaba mi pezón.

El latido entre mis muslos era frenético. Cuanto más me tocaba, más quería sentirlo.

Eros se apartó solo para llevarme a la cama. Sus ropas fueron quedando por el camino hasta que mi espalda cayó sobre el colchón. Se abalanzó sobre mí y su boca volvió a cubrir la mía. Sus manos me marcaban con la presión de sus dedos, mientras se deslizaban por mis muslos y nalgas.

Tenía un buen agarre y, a medida que me acariciaba, hacía que mi sangre corriera más rápido y más caliente.

Me sorprendió cuando Eros me giró en la cama y se quedó debajo. Me atrajo hacia él y nos besamos de nuevo mientras yo me acomodaba sobre su cadera, pero sin encajar su miembro en mí.

—¡Ven aquí! —Me empujó y me llevó hacia delante, hasta que me senté sobre su cara.

—¡Oh! —gemí, sorprendida, inclinando el cuerpo y apoyándome en la cabecera de la cama cuando sentí su lengua recorriendo mi vulva.

Eros me agarró las nalgas, pero no me impidió moverme sobre su cara mientras mi cuerpo pedía más de sus estímulos. No esperaba que hiciera eso, pero disfruté del momento y de cada gota de placer que me hizo experimentar. Me agarré las tetas, que se balanceaban mientras me movía, pidiendo más.

Me chupó, lamió y penetró con la lengua hasta que alcancé el orgasmo. Me desplomé, jadeando, pero no tuve tiempo de recuperarme, porque Eros sacó un condón de su cartera y supe que me metería su verga.

Detrás mío, conmigo todavía apoyada e inclinada hacia delante, Eros me levantó las caderas y se introdujo en mí. Di un gritito con la embestida que dio para entrar. Con una mano en mi cintura, la otra acabó en mi pelo, tirando de él hacia atrás mientras se movía. Su pelvis chocaba contra mis nalgas a un ritmo frenético, provocando chasquidos. Estaba completamente a merced de sus deseos y me encantaba la forma en que me dominaba.

Puse las manos en la cama, quedándome completamente en cuatro patas, y Eros aumentó el ritmo con el que entraba y salía de mí. Sus gemidos indicaban que estaba disfrutando tanto del momento como yo.

Cuando se inclinó sobre mí y me mordisqueó la oreja, mis espasmos se hicieron aún más intensos. Sentí que se acercaba otro orgasmo, pero no pude disfrutarlo en esa posición, porque Eros salió de mí y me dio la vuelta.

Sentado en la cama, me atrajo hacia su regazo, haciendo que me sentara sobre él. Conectados de nuevo, podíamos mirarnos mientras teníamos sexo. Me agarré a sus hombros, permitiéndole aumentar la cadencia de sus movimientos. En esa posición, mi clítoris se frotaba contra él y yo sentía aún más placer.

Eros subió su mano por mi espalda, me agarró la nuca y volvió a llevar mi boca a la suya. El contacto de nuestras lenguas se regía por el ritmo frenético de nuestras respiraciones. Disfruté de cada roce, cada beso y cada caricia, mientras la tensión en mi vientre se hacía mayor y más intensa.

En el momento en que sus pesadas manos apretaron mi culo y me frotaron aún más contra él, no pude resistir más y me entregué al éxtasis.

Jadeaba mientras todo mi cuerpo temblaba con los espasmos y los efectos del orgasmo. Había sido más que increíble y estaba en las nubes.

Me di cuenta de que Eros también se había corrido cuando se tumbó en la cama y me atrajo hacia su pecho. Además de ser súper guapo, también era cariñoso.



Capítulo siete

No tenía planes de llevarme a una de las camareras del resort a mi cama, ni lo había hecho con la intención de ahogar mis penas. Durante años de mi vida, pensé que no había otra mujer para mí que no fuera Violet, pero con Graciela acurrucada en mi pecho, me sentía increíble.

—Espero que lo hayas disfrutado tanto como yo. —Le peiné el cabello ondulado con los dedos.

—Estuvo bien...

—¿Solo bien? —Le levanté el mentón y le mordisqueé el labio.

—¡Genial! —Reforzó.

Estaba a punto de besarla de nuevo cuando Graciela rodó fuera de la cama y escapó de mis brazos.

—¡Eh, vuelve aquí!

—Tengo que irme. —Empezó a recoger su ropa por la habitación.

—No hace falta. —Me senté, intentando atraerla hacia mí.

—Si mi hermano se entera, te matará.

Se suponía que era una amenaza, pero simplemente me reí.

—Será por una buena razón.

—Muy gracioso. —Se puso las manos en la cintura y frunció los labios—. De verdad tengo que irme.

—¿No hay nada que pueda decir para convencerte de que te quedes?

Graciela negó con la cabeza.

Me quedé sentado en la cama mientras ella terminaba de vestirse, recomponiéndose después del sexo que habíamos tenido.

—¡Graciela! —la llamé cuando la chica puso la mano en el pomo de la puerta.

—¿Sí?

—¿Nos volveremos a ver?

—Te vas a ir, Eros.

—Pero no mañana.

—Quién sabe, quizá nos encontremos en otra fiesta. —Salió corriendo de la habitación antes de que tuviera tiempo de pedirle que se quedara.

Me eché hacia atrás y hundí la cabeza en la almohada.

Había aprovechado ese viaje para huir del desmoronamiento que se había apoderado de mí tras ser traicionado, pero con una sonrisa y un contoneo caribeño descubrí que había muchas razones para empezar de nuevo. De una forma diferente, estar en ese resort

marcó el comienzo de una nueva vida para mí, no como el hombre casado que esperaba ser antes, sino como alguien que iba a redescubrirse a sí mismo.



GRACIELA

Capítulo ocho

Me quité las sandalias y entré en casa por la ventana cuando el sol ya estaba a punto de salir. Había cometido la mayor locura de mi vida, y lo peor era que no me arrepentía. Acostarme con uno de los huéspedes del resort parecía un delito si no fuera porque era tan guapo. Miguel siempre me había mantenido en una burbuja y arriesgarme de esa manera hacía que mi corazón latiera con fuerza y mi cuerpo se llenara de adrenalina como si todavía fuera una adolescente.

Abrí la ventana, dejé caer los zapatos al suelo y, en cuanto mis pies tocaron la superficie de cemento, se encendió la luz y me asustó el resplandor que entró de golpe en mis ojos.

—¿Dónde estabas, Graciela?

—¿Mi... Miguel? —balbuceé el nombre de mi hermano.

Mis ojos parpadearon varias veces hasta que lo encontré de pie cerca del interruptor, con los brazos cruzados y una expresión muy seria que me hizo tragar saliva.

—¿No estabas con tu novia? —Me coloqué un mechón de pelo detrás de la oreja, completamente incómoda.

—No evadas mi pregunta.

—Salí.

—Ya me di cuenta.

—Soy adulta. —Fruncí los labios e intenté enfrentarme a él.

—Eso no hace que el mundo sea menos peligroso.

—Solo fui a una fiesta.

—Ya sabes lo que pienso al respecto.

—No es un delito divertirse, ¿sabes? Creo que todas las personas del mundo tienen derecho a ello. Nuestra vida no tiene por qué ser siempre triste si podemos disfrutar de las cosas buenas que se nos ofrecen.

—¿Quién estaba contigo en la fiesta? —A mi hermano no le importó lo más mínimo mi inspirador discurso.

—¿En serio vas a empezar con el interrogatorio? Estoy aquí y estoy bien.

—Pareces una fugitiva.

—Porque no haces otra cosa que perseguirme. —Apreté los dientes.

—Sabes que me preocupo por ti por encima de todo y solo quiero protegerte.

—El mundo no es tan peligroso como crees. —Hice un puchero.

—Sí lo es, por eso perdimos a nuestros padres.

Tragué saliva, sintiéndome completamente incómoda ante sus palabras. Ese era un tema muy delicado para los dos y Miguel sabía jugar sucio para hacerme sentir incómoda.

—Necesito darme un baño. —Intenté pasar junto a él, pero mi hermano me bloqueó el paso al baño.

—Graciela...

—Déjame pasar, Miguel.

—Hermanita, a veces puedo ser un pesado.

—Me alegro de que lo reconozcas. —Me reí nerviosamente.

—No hay nada ni nadie en el mundo que me preocupe más que tú. Solo quiero cuidarte y protegerte.

—La mayoría de las veces exageras.

—Es por tu propio bien.

—¿Qué tal si dejas que yo decida lo que es mejor para mí? —Le puse la mano en el pecho y lo empujé hacia atrás, abriéndome paso a la fuerza.

Él respiró hondo y dio un paso hacia un lado, permitiéndome acceder al baño.

—La próxima vez que quieras ir a una fiesta, avísame para ir contigo.

—¡Miguel, no!

—Solo quiero protegerte.

No me molesté en decirle nada más a Miguel, solo me encerré en el baño. Con mi hermano encima mío, todos los hombres se mantendrían alejados de mí y yo estaba cansada de verlos salir corriendo cuando él los miraba.



Capítulo nueve

Me di vueltas en la cama cuando los primeros rayos del sol invadieron la habitación porque no había cerrado la cortina. Me froté los ojos al sentarme y mi mente se llenó de flashes de la noche anterior. Había sido tan loco que empezaba a pensar que no había sido más que un sueño.

Tuve mi cuota de conquistas en la universidad, pero me convertí en un hombre más tranquilo en la edad adulta. Después de empezar a salir con Violet, ya ni siquiera sabía lo que era acostarse con una mujer y no volver a verla nunca más.

Me quedaría unos días más en ese resort y existía la posibilidad de que volviera a encontrarme con Graciela, pero no sabía cómo sería, ni si volveríamos a involucrarnos. Había un abismo entre nosotros, yo era un rico empresario canadiense, mientras que

ella era una chica sencilla de un país tropical, sin embargo, esa era una de mis últimas preocupaciones.

Solo esperaba que ella hubiera disfrutado tanto como yo del momento que pasamos juntos.

Me levanté de la cama y fui al baño. Me miré en el espejo y vi que tenía la cara arrugada y aún mostraba signos de sueño. Quizás debería pasar más tiempo en la cama, pero dudaba que pudiera volver a dormir.

Me lavé los dientes y me eché un poco de agua en la cara para que desapareciera mi aspecto cansado, luego volví a la habitación y vi que mi móvil vibraba sobre la mesita de noche.

Evelyn:

¡Buenos días, mi hermano favorito!

Eros:

Soy tu único hermano.

Evelyn:

Estoy intentando que te sientas mejor.

Eros:

Estoy bien.

Evelyn:

Cuéntame algo.

Te imagino sentado en la playa contando «me quiere, no me quiere» con los granos de arena.

Eros:

Pensaba que me habías enviado aquí para que lo superara.

Evelyn:

Estoy arrepentida y preocupada. De hecho, muy preocupada. Te dejé solo después de haber perdido a tu novia y a tu mejor amigo en un solo día. Me pareció una idea genial enviarte de viaje, pero ahora creo que cometí un error.

Eros:

En serio, Evelyn. Estoy bien.

Evelyn:

No ganas puntos fingiendo ser fuerte delante de mí. Soy tu hermana y te prometo que nunca te abandonaré. Puedes volver, quédate en mi casa hasta que encuentres otro apartamento.

Eros:

No voy a vender mi apartamento. Me encanta ese ático y tú lo sabes.

Evelyn:

Tienes demasiados recuerdos de ella.

Eros:

No voy a dejar que Violet me quite otra cosa importante para mí.

Evelyn:

¡De acuerdo! Para cuando llegues a casa, ya me habré encargado de los regalos y tus cosas, para que ni siquiera notes que esa cretina ha pasado por allí.

Eros:

Me quedaré hasta el final del viaje.

Evelyn:

No hace falta, puedes adelantar el billete de avión.

Eros:

Quiero quedarme.

Evelyn:

Hermano, no hace falta que te castigues. Tendrás mi hombro para llorar cuando vuelvas a Toronto.

Eros:

Ayer tuve sexo.

Evelyn:

¿Es una broma?

Eros:

No.

Evelyn:

Ahora entiendo por qué quieres quedarte. ¡Vaya! ¡Qué rápido! ¿Quién es ella? ¿Otra huésped?

Eros:

No voy a chismear contigo.

Evelyn:

Empezaste, ahora debes acabar…

Eros:

Es una camarera.

Evelyn:

¡Guau! Eso no me lo esperaba. Al menos te ha servido para divertirte y sacarte del pozo.

Disfruta del viaje.

Eros:

Gracias.

Evelyn:

Te espero en casa, hermano.

Eros:

Hasta luego.

No le conté a mi hermana lo que había pasado entre Graciela y yo, porque ni siquiera yo lo sabía con certeza. Independientemente de si era una huésped o una empleada del resort, sabía que nuestra relación no tenía futuro. En unos días estaría en un avión de vuelta a mi país y ella se quedaría atrás, pero aun así quería disfrutar de su compañía.

No estaba interesado en comprometerme, el fracaso de mi última relación ya me había enseñado mucho y, si había algo que no quería, era volver a pasar por eso.

Quizás solo un poco más de sexo y conversaciones agradables me harían volver revitalizado a Canadá.



GRACIELA

Capítulo diez

Ese día empecé a trabajar por la tarde y fue bueno, porque pude descansar un poco después de llegar tarde a casa. De hecho, solo pude dormir después de que mi hermano se fuera a trabajar, tenía miedo de que me hiciera más preguntas y acabara descubriendo que me había acostado con un huésped. Si Miguel se enteraba de eso, me mataría al instante. Sí, sabía que solo quería protegerme y que había asumido la misión de nuestros padres de cuidar de mí, pero la mayoría de las veces se pasaba de la raya.

Quité las sábanas sucias de la cama y las puse en la cesta de mi carrito. Hice lo mismo con las fundas de almohada y las cambié por otras limpias. Pasé un trapo por el suelo y quité el polvo de los muebles.

Había una pareja en esa habitación y sabía lo ricos que eran por la ropa de marca, los zapatos y otras pertenencias. Antes de

trabajar allí, esos objetos eran cosas que solo veía en la televisión.

—¿Ya estás terminando? —Una mujer pelirroja y alta apareció en la entrada de la habitación y me sacó de mis ensoñaciones.

Allí solo era una empleada y no debía fijarme en esas cosas.

—Ya terminé. —Froté el mueble con el paño que tenía en la mano solo para que no fuera tan evidente que estaba distraída y salí de la habitación.

—¡Genial!

—Que tenga una buena tarde. —Pasé junto a la mujer, empujando mi carrito, y seguí por el pasillo.

Entré en el ascensor de servicio para cambiar de planta y me sorprendió cuando Eros lo detuvo con la mano, impidiendo que se cerraran las puertas y haciéndome mirar hacia él.

Me sonrojé y aparté la cara rápidamente.

No había pensado que al acostarme con un huésped podría pasar por tal vergüenza, afortunadamente él no se quedaría allí para siempre.

—Este es el ascensor de los empleados, señor.

—Graciela, solo quiero hacerte una pregunta.

—No deberíamos...

Sí, me había acostado con él. ¿Me arrepentía? Por supuesto que no, pero eso no disminuía mi deseo de querer esconderme.

—Pero te lo voy a preguntar de todos modos. ¿A qué hora terminas de trabajar?

—Si alguien nos pilla juntos, me despedirán.

—Hay muchos restaurantes y hoteles en este lugar en los que no trabajas.

—Mi hermano me esperará en casa.

—Inventa una excusa.

—No conoces a Miguel. —Levanté la cabeza para mirarlo y, cuando nuestras miradas se cruzaron, me di cuenta de que había cometido un grave error.

—Ayer conseguiste escapar de él.

—Después se enojó conmigo.

—Eres una mujer adulta.

—Todavía no he conseguido que Miguel lo entienda.

—Acepta mi invitación, te prometo que te compensaré por el estrés que vas a tener con tu hermano.

—No puedo.

—Entonces lo tomo como un desafío. —Dio un paso hacia fuera y dejó que se cerrara la puerta del ascensor.

Eros me había dado un ultimátum, pero lo peor era que yo estaba deseando volver a salir con él.

En cuanto bajé al siguiente piso, empujé el carrito hasta la puerta de la habitación que iba a limpiar, pero antes de abrirla, saqué mi móvil del bolsillo del delantal y envié un mensaje a mi mejor amiga.

Graciela:

Si Miguel te pregunta, me fui a tu casa y me quedo a dormir allí.

María:

¿Pero no vas a venir?

Graciela:

No.

María:

¿Qué vas a hacer, amiga?

Graciela:

Voy a salir con el chico de ayer.

María:

¿El rubio guapo?

Graciela:

Sí, jeje.

María:

Si tu hermano se entera, te va a matar.

Graciela:

Pero podría valer la pena.

María:

¡Estás loca!

Graciela:

Solo quiero ser un poco libre. ¿Por qué él puede hacer lo que quiera y yo no? Estamos en el siglo XXI.

María:

La que va a recibir el enojo eres tú.

Graciela:

Gracias por tu apoyo. ¬¬

María:

¿Dónde fueron ayer? No me digas que te acostaste con ese hombre...

Graciela:

Nos acostamos, pero no dormimos precisamente.

María:

¡Graciela!

Graciela:

No me arrepiento.

María:

Ni siquiera lo conocías, quizá era un maníaco.

Graciela:

No exageres.

María:

Ten cuidado.

Graciela:

No te preocupes. Gracias por cubrirme.

María:

Después me cuentas cómo te fue.

Graciela:

Trato hecho.

Si Miguel se enterara, querría matarme y probablemente se pelearía con el huésped. Pero aun así parecía que valía la pena correr el riesgo.

Me apresuré a limpiar las habitaciones para poder arreglarme. Tenía algunas prendas en mi armario y esperaba encontrar alguna que fuera lo suficientemente buena para salir con Eros esa noche.

Por mucho que fuera un sueño, sabía que no podía aferrarme a él, que seguramente no volvería a verlo después de que se marchara, sin embargo, quería vivir ese momento y disfrutar de lo que me proporcionaría.



Capítulo once

Cuando volví a la habitación y encontré una nota que había dejado sobre la cama, me sentí como un adolescente otra vez. Era como si ni siquiera hubiera perdido tanto tiempo con Violet.

Hay unos cocoteros en la playa a unos quinientos metros del hotel. Nos vemos allí a las ocho de la noche.

¡Besos! Graciela.

Lo leí unas tres veces y me emocioné aún más con la noche. Más que todas las excursiones que podría disfrutar durante el día, lo que realmente quería era volver a ver a la camarera. Para ser sincero conmigo mismo, ella era la razón por la que no había aceptado cuando mi hermana dijo que lo mejor era volver a mi casa.

Estar allí lejos de todo y de todos solo me pareció una buena alternativa en las primeras horas, porque después me hizo sentir aún más solo, pero la encontré a ella y me di cuenta de que todavía podía atraer la atención de una mujer y divertirme.

Después de años de relación, había olvidado lo guapo y atractivo que yo era.

Me eché el pelo hacia atrás, peinando el flequillo mojado. Tenía la cara un poco roja y, por mucho protector solar que me pusiera, el sol seguía castigando mi piel. Además de ser demasiado claro, estaba acostumbrado al clima de Canadá.

Me puse una camisa azul de manga corta y unos pantalones cortos de jean. Miré la hora en el reloj de pulsera que estaba sobre la mesita de noche junto con mi cartera y salí de la habitación.

Me dirigí al lugar que Graciela me había indicado en la nota, pero me puse nervioso cuando no la encontré allí.

Observé detenidamente el cocotero, moví la cabeza de un lado a otro y estaba pensando en seguir caminando cuando ella apareció en el horizonte. Llevaba un vestido ligero y floreado, que flotaba junto con su cabello mientras caminaba. Su piel morena y sus ojos marrones eran lo que más me llamaba la atención.

La latina era preciosa, con una belleza exótica que me excitaba con solo mirarla.

—¡Hola! —Se acercó a mí y se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja mientras me dedicaba una sonrisa tímida.

—Hola.

—¿Llegué tarde?

—No.

—Qué bien. —Se frotó las manos y se las puso en la cintura, todavía un poco incómoda.

—No tienes porqué ponerte nerviosa conmigo.

—No estoy nerviosa. —Jugó con su cabello.

—Me gusta lo valiente que eres.

—Aún no has visto nada. —Hinchó el pecho.

—Entonces déjame descubrirlo.

Se sintió incómoda y yo sonreí.

—¿Lista para irnos? —Le tendí la mano para que el ambiente fuera más amistoso. Quería que se sintiera cómoda conmigo, tanto como la vez que nos acostamos.

—Sí. —Entrelazó sus dedos con los míos—. ¿Adónde me vas a llevar?

—He estado buscando en Internet. Hay un restaurante no muy lejos de aquí que sirve excelentes platos de marisco. Creo que te gustará.

—Me gusta, pero no voy a esos restaurantes.

—Así hay menos posibilidades de encontrarnos con alguien que te conozca a ti y a tu hermano.

—Pensándolo bien... —Su sonrisa se amplió.

—Vamos a la avenida, voy a llamar a un taxi.

La rodeé por la cintura, acercándola a mí, y sentí su dulce perfume mientras la guiaba hasta una parada de taxis que no estaba muy lejos de donde estábamos. Hablé con el chofer y nos dirigimos al restaurante.

Nos dejó en la puerta y pagué el viaje.

Noté que Graciela se encogió cuando nos detuvimos en la entrada y su reacción despertó mi curiosidad.

—¿Qué pasa?

—Este restaurante es caro.

—¿Y qué tiene?

—Soy camarera.

—Déjame la cuenta a mí, tú disfruta de la noche.

Ella se quedó mirándome hasta que le sonreí y Graciela acabó asintiendo.

Volví a agarrarla por la cintura y entramos en el local.



GRACIELA

Capítulo doce

Había una lista de situaciones que nunca imaginé que sucederían en mi vida. Una de ellas era entrar en un restaurante como ese. Era uno de los elefantes blancos de mi ciudad al que solo iban los turistas. Una cuenta allí podía costar mi sueldo de un mes, pero intenté no pensar en eso cuando Eros me aseguró que era su invitada.

Amablemente, me apartó la silla y esperó a que me sentara.

—Gracias —dije, arreglándome la falda del vestido.

—De nada. —Me guiñó un ojo, lo que me hizo encontrarlo aún más guapo, a pesar de estar demasiado rojo.

Era como si su piel no estuviera hecha para estar bajo todo el sol del Caribe.

—No debe hacer mucho calor de donde tú vienes.

—Normalmente no, pero en invierno puede hacer bastante frío.

—¿Y nieva?

—Sí. Es bonito cuando cae, pero odio lo que queda después.

—¿Por qué? —Levanté las cejas indignada—. ¿Cómo se puede odiar la nieve?

—La nieve se derrite, se mezcla con la suciedad y la contaminación, y se convierte en un desastre. Además, las empresas de remoción de nieve no siempre consiguen limpiarlo todo de las calles, que acaban siendo resbaladizas y peligrosas.

—No lo había pensado desde ese punto de vista. —Me encogí.

—Aun así, es tan bonito como en las películas.

—Espero poder verlo algún día.

—Ojalá. —Me acarició la mano sobre la mesa y nos quedamos mirándonos hasta que me sentí avergonzada y aparté la mirada.

Toqué la servilleta que había sobre la mesa y luego mi vestido.

—¿Tienes hambre? —Eros cambió de tema.

—Un poco.

—Vamos a pedir. —Hizo un gesto para que se acercara el camarero.

El hombre nos entregó un menú a cada uno y esperó a que eligiéramos.

—Quiero una ensalada tropical como entrante y una langosta como plato principal.

—Para mí lo mismo. —Ni siquiera miré el menú para no asustarme con los precios.

—Sabes que puedes pedir lo que quieras, ¿verdad?

—¿Puedo acompañarte?

—Está bien. —Sonrió y me fijé en que tenía unos ligeros hoyuelos en las mejillas.

Era demasiado guapo para que yo creyera que realmente estaba interesado en mí. Mi hermano diría que solo era por sexo. El chico rico que quería aprovecharse de la chica pobre, pero los recuerdos de ese momento se quedarían conmigo cuando él se fuera. ¿Qué posibilidades tenía yo de siquiera soñar con él?

—¿Qué van a tomar? —El camarero me sacó de mi ensimismamiento.

—Una limonada.

—Tráigame un Black Velvet —dijo Eros, cerró el menú y se lo devolvió al camarero.

—Tú sabes a qué me dedico, pero yo no sé nada sobre ti.

Tenía mucha curiosidad por saber más sobre ese hombre.

—Soy publicista. Tengo una agencia en Toronto y, después de ganar un premio en Cannes, estamos en pleno auge.

—¿Qué pasa? —Noté que se puso tenso y eso me hizo preguntarme si sacar el tema había sido una buena idea.

—No puedo dejar de pensar que mi vida se fue al traste después de lo que Kyle y Violet me hicieron.

—No creo que sea cierto. Eres un tipo rico, guapo y exitoso. Estoy segura de que puedes tener lo que quieras.

—Pensándolo bien... —Se inclinó sobre la mesa y cubrió mi mano con la suya. Aparté la mirada y me quedé observando la playa a través de la pared de cristal detrás de su hombro, pero el peso de sus dedos me traicionó de nuevo—. Estoy feliz de estar aquí.

—Yo también.

—Ha sido un placer conocerte, Graciela.

—¿Sí?

—Me has demostrado que el mundo está lleno de personas interesantes y que tengo suerte de estar con una de ellas.

Mis mejillas se sonrojaron.

—Eres un gran halagador.

—Lo intento.

—También eres modesto. —Me eché a reír—. No en vano te llamas como el dios del amor.

—Se me había olvidado.

—Estoy aquí para recordártelo.

Me tocó la cara y se inclinó, pero antes de que me besara, apareció un camarero y nos trajo las copas con nuestras bebidas y las ensaladas.

—Gracias. —Le sonreí al camarero mientras me alejaba torpemente de Eros.

—Buen provecho.

—Pero cuéntame más sobre ti. —Eros dio un sorbo a su bebida y tomó los cubiertos para comer la ensalada—. ¿Qué sueles hacer en tu tiempo libre?

—¿Cuando no estoy huyendo de mi hermano?

—Exacto. —Se rió.

—Me gusta bailar.

—La verdad es que bailas muy bien. —Me miró de una forma que me hizo recordar la fiesta hawaiana y cómo nos rozábamos mientras bailábamos.

—Gracias. —Chupé el sorbete de la limonada como excusa para recomponerme.

La ensalada estaba muy rica, con una mezcla de hojas verdes, quesos y frutas. En cuanto terminamos de comer, trajeron la langosta.

—¿Tienes más hermanos?

—Solo Miguel.

—¿Entonces son ustedes y sus padres?

—Nuestros padres fallecieron.

—Lo siento. —Se sintió completamente incómodo—. Lo lamento mucho.

—No pasa nada, ya han pasado algunos años. Desde entonces solo hemos sido Miguel y yo.

—Por eso te protege tanto.

—Al menos esa es la excusa que me da. —Me encogí de hombros mientras rompía una patita de la langosta.

—Yo también tengo una hermana menor, Evelyn. Nos llevamos bien.

—¿También eres un imbécil con ella?

—Quizás. Puede que sea cosa de hermanos mayores. —Hizo una mueca y yo me reí.

Terminamos de comer y luego tomamos helado de postre. Además de guapo, era muy agradable. Podría pasar fácilmente varios días a su lado solo escuchándolo hablar. Me fascinaba. Era imposible no dejarme envolver por la forma en que su voz resonaba dentro mío.

Quería estar con él e iba a disfrutar mientras pudiera.

Eros pidió la cuenta y pensé que nuestro momento había terminado. Hasta que se inclinó y me llamó la atención.

—¿Qué sugieres que hagamos ahora?

—La playa es preciosa por la noche.

—Me encantaría pasear por ella contigo.

—Ven. —Me levanté y le tendí la mano.

Salimos del restaurante y lo rodeamos para llegar a la arena. Me quité las sandalias y las sostuve en la mano, y Eros hizo lo mismo con sus zapatos.

El cielo estaba estrellado esa noche, con muchos puntos luminosos que hacían aún más bella la luna llena. Hacía tiempo que no veía una noche tan hermosa, pero su compañía también hacía que todo me pareciera aún más bonito.

—¿Tienes planes? —Me sorprendió la pregunta de Eros.

—¿Eh?

—¿Ir a la universidad, buscar otro trabajo? O incluso, no sé... tener hijos.

—Bueno. —Giré el cuerpo de un lado a otro, todavía un poco incómoda—. Cuando se tiene poco, como yo, se vive más o menos un día a la vez.

—Aprenderé de ti.

—¿Tenías planes? —Me moví para ponerme frente a él y lo miré fijamente.

—Todos se fueron al traste junto con mi matrimonio.

—¿Tu carrera sigue bien?

—Sí... ¿Te he dicho ya que te deseo?

—No. —Me reí.

—Eres preciosa. —Dejó caer el zapato al suelo—. Suave...

—Eros... —Murmuré su nombre en un gemido bajo cuando me rodeó la cintura y acercó su boca a mi oído.

—Me pones muy ardiente. —Su voz grave me hizo estremecer todo el cuerpo.

Ni siquiera se me pasó por la cabeza apartarlo. Dejé que mi sandalia cayera en la arena y rodeé su cuello con mis brazos.

Puse los ojos en blanco cuando deslizó su boca por mi cuello, dejando besos y mordiscos que hacían que mi piel fuera aún más sensible a la brisa marina.

Moví la cabeza y tiré de su cara, acercando su boca a la mía y permitiéndome sumergirme en el sabor de su beso y en lo increíblemente adictivo que era. Sus manos me apretaron, me acariciaron y yo respondí frotándome contra él, sin embargo, en cuanto se metieron debajo de mi vestido, me aparté y salí corriendo.

—¡Eh! —Él vino tras de mí.

—Alguien puede vernos.

Sin decir nada más, me agarró de la muñeca y me arrastró. Dejamos nuestros zapatos atrás y seguimos adelante hasta llegar a una parte más desierta de la playa, con poca iluminación y sin rastro de personas.

—¡Esto es una locura!

—Creo que me gusta volverme loco cuando estoy contigo. —Me acarició la cara y atrajo mi atención hacia él.

Sentí un escalofrío que me subía desde el ombligo y me retorcía por completo. Hacía mucho calor, pero sentí frío.

—Ven aquí. —Me atrajo hacia su pecho y me besó.

Esta vez, sus manos volvieron a subir por mi vestido y no le impedí que me tocara. Entre el *sí* y el *no*, dejé que el deseo hablara por mí. Dejé que mis palabras se impusieran y me preocupé por un día a la vez. No necesitaba sufrir por su partida antes de que realmente se fuera.

Solté un gritito de protesta cuando Eros me quitó el vestido. Yo ya había hecho muchas locuras en la playa, pero aquello era el colmo.

—Ven a nadar conmigo —me invitó.

—Si alguien nos pilla...

—Podemos esconder nuestra ropa entre esas rocas. Es de noche, nadie se dará cuenta de que no la llevamos puesta.

—¡Eros!

—Di que sí. —Me miró de una forma que me hizo imposible negarme.

Locuras... sin duda estaba dispuesta a cometerlas todas con aquel hombre.

Se quitó la camisa y los pantalones cortos, dejando los calzoncillos para el final, y luego dobló las prendas y las colocó sobre la roca. Tomé mi vestido y lo puse junto a ellos, quitándome las bragas y el sujetador.

En cuanto me di cuenta de que estaba desnuda y que cualquiera podía vernos, lo agarré de la mano y lo arrastré al mar.

Grité un poco por el agua fría, pero solo dejamos de avanzar cuando estuvimos cubiertos hasta los hombros.

Eros se sumergió y volvió enseguida, sacudiendo su cabello rubio que brillaba como si fuera de oro por la luz de la luna. Hice lo mismo y, cuando volví, él me atrapó.

El peso de su mirada recorrió mi rostro, sus dedos contornearon mi cara, me quedé completamente paralizada mientras nos mirábamos hasta que me atrajo hacia él y volvió a besarme. Respondí al deseo y al hambre de sus labios, quedándome completamente caliente, como si hubiera lava en mis venas.

Una de sus manos tocó el centro de mi espalda y bajó hasta mi culo. Me froté contra su cuerpo y sentí el volumen de su miembro.

Estaba muy duro, lo que me demostró que yo no era la única llena de deseo.

Tener sexo en el mar era sin duda algo que nunca olvidaría. Eros me agarró por los muslos y me levantó. Solté un gemido y me acomodé sobre sus hombros cuando me colocó sobre su cintura.

—Eres preciosa —repitió con su tono seductor y me excitó aún más.

—Tú también. —Le agarré la cara con las manos y reanudé el beso en el momento en que me penetró.

Lo sentí moverse en un delicioso vaivén, mientras el agua se agitaba a nuestro alrededor y las olas pasaban por nosotros para romper en la arena.

Menos mal que no había nadie cerca, porque era imposible no gemir, por mucho que su boca amortiguara mis gemidos.

Sus dedos firmes presionaban mis nalgas mientras me empujaba. Me frotaba contra él y el balanceo del mar hacía que nuestro sexo fuera aún más delicioso.

Le agarré del pelo, tirándole hacia atrás, y Eros me mordió la boca, tirando de ella hasta hacerme un chasquido. Con la firmeza de sus manos, intensificó los movimientos, haciéndome delirar. Era muy fogoso.

Dejé de pensar que alguien podría vernos, que estábamos en medio del océano, y me entregué a algo tan natural como el balanceo de las olas.

Clavé mis uñas en su piel cuando sentí que el placer se acercaba. Era como si el agua salada me hiciera aún más sensible. El éxtasis explotó y seguí contoneándome para disfrutar cada gota y pude ver el placer atravesar los ojos de Eros.

Él me abrazó y yo me apoyé en sus hombros durante un rato, recuperándome del estallido, hasta que me bajó, permitiéndome apoyar los pies en el fondo del mar.

—No usamos condón. —Me llevé la mano a la boca, riendo torpemente después de darme cuenta del tamaño del error.

La protección era lo último que me preocupaba en medio del calor del momento.

—Creo que el mar nos ayudará esta vez, pero prometo que la próxima vez lo usaremos. —Eros me tomó el rostro y me hizo mirarlo, lo que me relajó.

—¿La próxima vez?

—Sí. —Me rodeó la cintura y me atrajo hacia su pecho de nuevo, y yo no protesté por el beso.

Eros me levantó de nuevo, pero esta vez salió del mar conmigo y me tumbó mojada cerca de donde estaban nuestras ropas.

Me reí cuando sacó el condón de su billetera y me lo mostró.

—¿Satisfecha?

—Te responderé dentro de un rato.

Esperé a que abriera el paquete y no tardé lo suficiente en darme cuenta de que estábamos desnudos sobre la arena de la playa.

Su mano tocó mi cara y observé sus ojos en la penumbra, porque solo nos iluminaba la luz de la luna. Eros me besó mientras su cuerpo se acomodaba entre mis muslos.

Gemí, estirándome en la arena en el momento en que me penetró de nuevo. Era delicioso sentirlo moviéndose dentro mío, además de la adrenalina del momento por estar teniendo sexo en un lugar público.

Le agarré por los hombros y gemí suavemente en su oído mientras me dejaba llevar por el vaivén que nos envolvía como las olas del mar. El ir y venir, la ficción de mis pezones en su pecho, todo era muy ardiente.

Esta vez fue más lento, como ya habíamos disfrutado antes, el orgasmo tardó un poco, sin embargo, aproveché cada gota del sexo, como si no supiera cuándo o cuáles eran las posibilidades de volver a hacerlo.

Era un sueño del que no quería despertar.

Sus labios se deslizaron de mi boca a mi cuello y gemí aún más entre besos y chupetones. Solo esperaba que no me dejara marcas en la piel, porque sería difícil explicárselo a mi hermano.

El placer fue creciendo en una ola gratificante y, con la luna observándonos, permanecimos así hasta alcanzar el orgasmo de nuevo. Eros tardó un rato en quitarse de encima mío, volvió a besarme en la boca y solo entonces se levantó.

—Ven a dormir conmigo, podemos ir a otro hotel.

—Me encantaría. —Rodé para tomar mi ropa y vestirme, pero antes me sacudí la arena que me había cubierto completamente la espalda.

—Pero...

—No puedo.

—Te prometo que te dejaré salir de la cama para ir a trabajar mañana.

—No es eso. —Me puse las bragas—. Si mi hermano se entera...

—Eres mayor de edad, ¿no? Solo dime que no estoy cometiendo un delito. —Se rió y yo asentí con la cabeza.

—Soy mayor de edad.

—Entonces puedes hacer lo que quieras.

—Miguel no piensa así. —Exhalé con fuerza. Mi hermano era un idiota, pero en el fondo sabía que estaba haciendo todo lo posible para que yo estuviera bien.

—De acuerdo. Nos vemos mañana.

—Discretamente.

—Me comportaré bien si es que tenemos otra noche como esta.

—No sé si podré.

—Entonces no te dejaré ir. —Me abrazó.

—¡Eros! —Le di un golpe en el pecho desnudo—. Vístete.

—Solo si me dices que sí.

—Quizás.

—Graciela…

—Te lo confirmaré mañana, ¿ok?

—De acuerdo. —Resopló—. ¿No tengo otra opción?

—No. Ahora vístete antes de que acabes en la cárcel por atentado contra el pudor.

—Sería divertido.

—¡Eros!

Me robó un beso antes de tomar los calzoncillos que le había tirado.

Debidamente vestidos, caminamos un buen rato hasta encontrar una parada de taxis. Me subió en el vehículo, pagó al taxista en dólares y le pidió que me llevara a casa, luego lo vi subir a otro vehículo, probablemente para ir al hotel.

Luego, le pedí al taxista que me dejara en casa de María, porque le había dicho a Miguel que me quedaría allí y no quería que me pillara en mi mentira. Enredarme con Eros era una locura, pero lo deseaba.



Capítulo trece

Estaba cansado y me tiré en la cama nada más llegar a mi habitación del hotel.

Extasiado, me desperté pensando en la noche anterior. Tener sexo en la playa sería sin duda una experiencia que no olvidaría.

Mi móvil empezó a vibrar en la mesita de noche y lo pensé dos veces antes de contestar. Estaba de vacaciones de mi rutinaria vida y de todo lo que me había entristecido, además de estar disfrutando de esa versión más libre de mí mismo.

Quienquiera que fuera siguió insistiendo y, a la quinta vez, acabé tomando el teléfono y me encontré con el número de mi agencia. Contesté la llamada sentándome en la cama.

—Eros Bianchi.

—Señor, perdone que insista en llamarlo, sé que está de luna de miel, pero tengo un asunto de extrema importancia. —La voz de mi secretaria resonó al otro lado de la línea. Parecía que aún no sabía que mi boda no se había celebrado, pero no era algo que quisiera destacar en ese momento.

—¿Qué pasa, Amber?

—La concesionaria alemana nos ha respondido. Van a cerrar el trato.

—Creía que ya no estaban interesados. —Me froté los ojos y aparté la mano rápidamente al darme cuenta de que todavía tenía arena entre los dedos.

—Parece que estaban esperando la respuesta de uno de los socios.

—Es una gran noticia, Amber, gracias.

—Quieren que usted esté allí mañana para una reunión.

—¡¿Mañana?! —Mi grito la dejó en silencio durante unos segundos—. ¿Les dijiste que estoy de viaje?

—Es un cliente muy importante, señor. Estamos hablando de al menos cien millones al año. Habrá presupuesto para televisión, para radio...

—Ya lo entiendo, Amber.

—Tiene que ir.

—Me gustaría quedarme aquí hasta que termine mi luna de miel.

—Lo siento, pero si no va, probablemente perderemos a este cliente.

—¡De acuerdo! —Resoplé.

—Compraré su pasaje y le informaré el horario. También haré la reserva en el hotel en Berlín.

—¡Genial!

—¿Va a llevar a su esposa a Berlín?

—No.

—¿Le compro a ella el billete de vuelta a Toronto?

—La boda no se celebró, Amber. Estoy aquí solo.

—¡Ah! —Mi secretaria se quedó sin palabras—. ¿Qué hago?

—Solo compra mis pasajes a Berlín y avísame la hora del vuelo. Tengo que hacer el check-out del hotel.

—Sí, señor.

—Espero tu llamada.

—De acuerdo.

Colgué el teléfono y tiré el móvil sobre la cama.

—¡Maldición!

Había planeado pasar unos días más en el resort y eso me permitiría disfrutar de la compañía de Graciela durante más tiempo, pero ese compromiso laboral había trastocado todos mis planes. Por mucho que quisiera, Amber tenía razón, no podía rechazar a un cliente con todo ese potencial que haría que mi agencia fuera aún más importante y rentable.

Ni siquiera sé cuántos minutos habían pasado cuando mi móvil volvió a sonar.

—¡Hola!

—Señor, le estoy enviando la información del vuelo.

—¿En cuánto tiempo sale el vuelo?

—Tres horas.

—¿Ya?

—Es el mejor vuelo que he podido conseguir, los demás acabarían retrasándose por las conexiones. Le enviaré la tarjeta de embarque a su móvil.

—De acuerdo.

—Si necesita algo, llámeme.

—Gracias, Amber.

Colgué el teléfono y fui a recoger mis pertenencias y ropa para guardarlas en la maleta. Tenía la intención de pasar al menos un momento más con la adorable camarera, pero debido al poco tiempo que quedaba hasta mi vuelo, lo máximo que podía hacer era despedirme de ella.

Salí de la habitación después de haberlo acomodado todo de cualquier manera y fui tras ella. Tenía que estar en el aeropuerto en una hora como máximo, así que tenía que darme prisa.

Recorrí el resort piso por piso, ya estaba entrando en pánico cuando me detuve con las manos en las rodillas, jadeando, y miré hacia adelante, viendo a una mujer de espaldas, colocando una bolsa de basura en el carrito.

—¡Graciela! —Le toqué el hombro, haciendo que se girara hacia mí, y la mujer abrió mucho los ojos.

No me reconoció y tampoco era la persona que estaba buscando.

—¿Puedo ayudarlo, señor?

No sabía si mi pregunta podría meterla en un lío, pero acabé preguntándole de todos modos.

—¿Dónde puedo encontrar a Graciela?

—¿La camarera?

—¡Sí! Delgada, morena, con el pelo ondulado y una sonrisa angelical.

—¡Ah! Sé quién es.

—¡Qué bien! —Suspiré aliviado.

—Hoy no ha venido a trabajar.

—¿Por qué no?

—No sé, no la vi, solo escuché que no vino y por eso su trabajo se repartió entre las otras camareras. Lo siento, tengo que trabajar porque se me hace tarde.

—De acuerdo. Gracias.

Bajé la cabeza y me alejé unos pasos. Quería despedirme de ella, pero no tenía su número de teléfono y mucho menos sabía dónde vivía.

Cuando volví a la habitación, Amber ya me estaba llamando para saber si había llegado al aeropuerto. Tenía que irme, porque si no perdería el vuelo y, por consiguiente, una de las reuniones más importantes para mi negocio.

Pensé en dejarle una nota diciendo que sentía mucho haberme ido así y que había disfrutado mucho de los momentos que habíamos pasado juntos. Sin embargo, existía la posibilidad de que alguien la encontrara y su hermano se enterara.

Nuestro momento estaba destinado a terminar, era una pena que hubiera sido tan rápido.



GRACIELA

Capítulo catorce

Más que preocuparme por el descuento que me harían en el salario, no podía dejar de pensar en el hecho de que no vería a Eros. Seguía recordando nuestro encuentro y cómo me había sentido increíble estando a su lado.

—¿Aún no han quitado ese poste? —Me levanté del sofá y crucé los brazos, caminando de un lado a otro de nuestra pequeña sala, extremadamente irritada.

—Ya sabes lo lenta que es la alcaldía. —Miguel resopló desde el sofá, pero no parecía tan preocupado como yo.

—¿Cómo vamos a pagar las facturas si no vamos a trabajar?

—¡Cálmate, Graciela! Si por la noche el poste sigue ahí, los chicos y yo encontraremos la manera de quitarlo del camino.

—¿Por qué no lo hacen ahora? —Me dejé caer en el sofá y fruncí los labios, irritada.

—Está lleno de cables de alta tensión y corremos el riesgo de electrocutarnos, por eso ni los coches ni los autobuses pasan por la calle. Va a ser muy difícil cortar la luz. Así que quédate aquí y espera al ayuntamiento.

Gruñí en voz baja y mi hermano siguió mirándome.

—Hemos estado trabajando demasiado, Graciela. Aprovecha y tómate el día libre para descansar.

—¿No eres tú quien siempre dice que las facturas no descansan?

—Deja de quejarte. No vas a resolver nada.

—¡Está bien! —Giré la cara y la apoyé en el respaldo del sofá. Me quedé mirando al vacío durante un rato hasta que me levanté y me fui a la habitación.

Agarré mi móvil, quería enviarle un mensaje a Eros y decirle que no nos veríamos ese día, pero no tenía su número y me maldije por no habérselo pedido.

No tenía ni idea de lo que podría estar pensando. *¿Acaso me echaba de menos y se preguntaba por qué no había ido a trabajar?*

Nos veríamos al día siguiente y eso me consolaba. Sabía que no podía enamorarme de un hombre que sería tan efímero en mi vida como un sueño, pero solo quería aferrarme al momento y vivirlo al máximo.

—¡Maldito poste! —Di una patada al aire y casi me golpeo el dedo del pie con la pata de la cama.

La instalación eléctrica de nuestro pueblo no era la mejor y el vendaval que había azotado la región al final de la madrugada hizo que se cayera uno de los postes, cerrando la calle principal y dejando sin luz a muchos hogares y establecimientos. Lo sucedido

nos dejó sin opciones, tendríamos que quedarnos en casa hasta que retiraran el poste y el flujo volviera a la normalidad.

Leí algunas noticias al azar y terminé enviando un mensaje a mi amiga.

Graciela:

Yo debería haber dormido en tu casa.

María:

¿Por qué? ¿Tu hermano te está molestando?

Graciela:

Ojalá fuera solo eso. Se ha caído un poste y nadie puede pasar.

María:

¡Ah, sí! Lo vi en la televisión, qué mierda.

¿Cuándo lo van a quitar?

Graciela:

El ayuntamiento ha dado un plazo hasta el final del día, pero ya sabes cómo son.

Solo quería estar en el hotel.

María:

¿Por él?

Graciela:

Sí.

María:

Ten cuidado de no enamorarte.

Graciela:

Solo estoy disfrutando del momento.

María:

Ya sé...

Por cierto, aún no me has contado cómo fue la cita. Te cubrí y quiero detalles.

Graciela:

Miguel ni siquiera te llamó.

María:

Le habría dicho que estabas aquí si hubiera llamado.

Graciela:

Gracias.

María:

Entonces...

Graciela:

Fue el encuentro más increíble que he tenido en mi vida.

María:

¿Y hubo otros? Pensé que solo había sido ese chico que nunca más te volvió a hablar después de que tu hermano descubriera lo que pasó en el asiento trasero de su coche.

Graciela:

¡María! Así no voy a contarte nada.

María:

Soy tu mejor amiga. Pensé que había otros chicos de los que no querías hablarme.

Graciela:

No los había, Miguel es un idiota. ¿Contenta?

María:

Todavía no.

¡Cuéntamelo!

Graciela:

No.

María:

Esperando...

Graciela:

Nos encontramos. Me llevó a cenar a uno de esos restaurantes que solo frecuentan los turistas. Después paseamos por la playa.

María:

¿Y se fueron a casa?

Graciela:

Después de tener sexo.

María:

¿En la playa?

Graciela:

En el mar y en la arena.

María:

¡Estás loca!

Graciela:

¡Ha sido increíble!

María:

Jajaja, me lo imagino. También me imagino lo que diría tu hermano si eso se le pasara por la cabeza.

Graciela:

Vamos a saltarnos esa parte.

María:

¿No lo vas a ver hoy?

Graciela:

¡Ese poste lo estropeó todo! Dejé de verlo por un día y creo que solo se queda dos o tres días más.

María:

¿Qué pasará cuando se vaya?

Graciela:

No quiero pensar en eso.

María:

Ven mañana otra vez a casa.

Graciela:

Puedes estar segura de que iré, jeje.

Oí que llamaban a la puerta y me apresuré a esconder mi móvil. Miguel no solía leer mis mensajes, pero aquella vez no quise arriesgarme.

—¿Graciela? —Se detuvo en la puerta, agarró el pomo y me miró.

—¿Qué pasa?

—Han quitado el poste.

—¡Qué bien!

—Llamé al hotel y les dije que vamos a hacer el turno de noche para no quedarnos sin cobrar. Prepárate así nos vamos.

—¡Genial! —Salté de la cama.

—Ojalá yo tuviera tantas ganas de ir a trabajar.

—Tenemos muchas facturas que pagar. —Me eché el pelo hacia atrás, disimulando mi entusiasmo.

La verdad es que si no fuera por Eros no estaría tan emocionada por ir, pero después de la increíble noche que pasamos juntos, estaba deseando volver a verlo.



Capítulo quince

Levanté la mano para llamar a la azafata que caminaba por la primera clase de ese vuelo comercial con destino a Francia, donde haría una conexión para seguir hasta Berlín.

—¿En qué puedo ayudarlo, señor?

—Quiero agua.

—Le traeré una botella.

—Gracias. A temperatura ambiente, si es posible.

—De acuerdo. —Ella asintió y se alejó para buscar mi pedido.

Desbloqueé la mesa y saqué mi computadora portátil de la mochila. Tenía que prepararme para la presentación ante los socios de la empresa automovilística. Recordé a Amber diciendo lo importante que era ese negocio para mi agencia. Ganaría al menos

cincuenta millones con el negocio, sin contar todas las bonificaciones para mis empleados. Si conseguía un contrato de cinco años, las ganancias podrían ser aún mayores.

Tenía que centrarme por completo en eso, pero no podía dejar de pensar en cierta camarera, probablemente porque ni siquiera había podido despedirme. No debería sentirme como un cobarde por estar huyendo. Era consciente desde el principio de que esa relación sería tan efímera como la duración de mi viaje.

Quizás solo estaba sensible e incluso frágil después de lo que había pasado con Violet y me aferré a la primera mujer con la que me involucré después de que mis planes y mi relación se vinieran abajo.

Tendría buenos recuerdos de Graciela, pero serían solo eso, recuerdos. La posibilidad de que tuviéramos algo más duradero era nula.

—Aquí tiene su agua, señor.

—Gracias. —Tomé el vaso de cristal para dar unos sorbos y dejé la botella al lado de mi ordenador.

La azafata no esperó a que le hiciera un nuevo pedido, se fue y yo intenté concentrarme en mi presentación. Sabía bien lo que hacía, siempre había sido un gran publicista, si mi vida amorosa era un lío, no dejaría que eso interfiriera en mis negocios.



GRACIELA

Capítulo dieciséis

Empujé el carrito hasta la puerta de la habitación donde se alojaba Eros. Ya me habían informado de que la habitación había sido limpiada por otra camarera, pero si me preguntaban, fingiría que me había confundido. Nadie me regañaría por eso ni sospecharían de mi relación con el extranjero.

Quité las manos de la barra, me arreglé el pelo y el uniforme. Echaba de menos un espejo, pero no tenía tiempo para vanidades mientras limpiaba suelos y fregaba baños. No me importaba mucho, porque lo único que quería era poder verlo.

Me acerqué a la puerta, pero antes de llamar o atreverme a abrirla con una llave maestra, me sorprendió una mujer que salía de allí. Era rubia, alta y tenía unas tetas enormes que dudaba que fueran naturales. Verla me hizo tragar las lágrimas que me brotaron de inmediato. No estábamos saliendo, no teníamos ningún

compromiso ni nada, pero no estaba preparada para verlo con otra mujer.

Pensé que era la novia, la mujer era tan pálida como Eros, bien podría ser canadiense.

—¿Pasa algo? —Entendí su inglés cuando me miró directamente a los ojos.

Negué con la cabeza, pero estaba segura de que todas las demás señales de mi cuerpo me delataban.

—Vamos al restaurante, amor. —Un hombre la abrazó por detrás y le besó el cuello, haciendo que las mejillas de la mujer se sonrojaran.

Lo observé bien, tenía el pelo castaño, también era muy claro, pero su complexión física, su rostro y todo lo demás eran muy diferentes a los de Eros. Ese no era el huésped que estaba buscando. Por un momento sentí una enorme oleada de alivio, pero no duró mucho.

—¿Camarera? —El tipo me llamó y solo entonces me di cuenta de que estaba bloqueando el pasillo.

—Lo siento.

—No sé qué le ha pasado —murmuró la mujer.

—Lo siento. —Les llamé la atención al armarme de valor para preguntar lo que tanto me corroe.

—¿Qué pasa? —La mujer levantó sus largas pestañas y me dirigió una mirada poco amistosa.

—Había un huésped en esta habitación, ¿saben qué ha pasado?

—Llegamos a primera hora de la tarde, si había alguien aquí, ya se ha ido. —El hombre me respondió con un poco más de cordialidad.

¿Se ha ido? ¿Cómo?

Di un paso hacia un lado, desequilibrada, y dejé pasar a la pareja. Antes de que llamaran a mi jefe, me apresuré a salir de allí, aunque estaba completamente confundida.

No podía creer que Eros se hubiera ido. Existía la posibilidad de que hubiera cambiado de habitación, aunque la chance era muy pequeña.

Dejé mis cosas en el almacén, junto a una enorme estantería con productos de limpieza, y me dirigí a la recepción. Llamaría demasiado la atención, pero preferí correr el riesgo a quedarme con eso rondándome la cabeza.

Me incliné sobre el mostrador.

—¿Qué pasa, Graciela? —Madalena me miró—. ¿Ya terminaste con la limpieza y no tienes nada más que hacer?

—¿El huésped de la habitación 507 se ha cambiado a otra? —Fui directa con mi pregunta. No podía soportar toda esa angustia.

—¿Por qué quieres saber eso? —Frunció el ceño mientras me analizaba más detenidamente.

—¿Me lo puedes decir, por favor? —Apreté los labios y le dirigí mi mejor mirada suplicante.

—Sabes que esa información es confidencial.

—Nadie sabrá que me lo has contado.

—No puedo.

—Por favor, Madalena. Solo dime si ha cambiado de habitación o no. No pasará nada si me das esa información.

—¿Por qué quieres saberlo?

—Necesito saberlo. —Seguí con mi expresión suplicante.

—¡Está bien! —Ella finalmente asintió y yo sonreí a modo de celebración—. ¿Habitación 507?

—¡Eso es!

Froté mis manos mientras esperaba a que la recepcionista consultara su ordenador. Mi angustia aumentaba con cada segundo que pasaba sin hacer nada.

—Se ha ido. —La frase seca me golpeó como una cubeta de agua fría.

—¿Cómo que se ha ido?

—Hizo el check-out antes del almuerzo. Ya no está en el hotel. También pidió un taxi para ir al aeropuerto.

—¿Estás segura de que es el huésped de la 507?

—¿Eros Bianchi? Si es él, estoy segura.

—Gracias, Madalena. —Di un paso tambaleante hacia atrás, como si me hubieran dado una patada en el pecho.

—¿Estás bien, Graciela?

—Sí. —Esbocé una sonrisa, aunque lo que me apetecía era llorar.

—¿Estás segura?

—¡Claro! Muchas gracias.

—De nada.

Me apresuré a salir de la recepción y volví al almacén. Me apoyé en mi carrito e intenté contener las lágrimas, pero acabé perdiendo la paciencia y dejé que cayeran.

Me sentía tonta, aunque no tenía ningún derecho a actuar así. No me había hecho ninguna promesa; Eros nunca dijo que se quedaría conmigo ni que seríamos pareja.

Bailamos, tuvimos sexo y él se fue, volvió a una vida muy diferente a la mía. Eso iba a pasar, pero solo esperaba que fuera más adelante y que no me quedara con ese mal sentimiento.

No me habían engañado, era plenamente consciente de lo que iba a pasar, no había finales felices, pero esperaba que al menos se

despidiera de mí.

Me apoyé en la pared, resbalé hasta el suelo y tomé mi móvil para enviar un mensaje a mi mejor amiga.

Graciela:

¿María?

María:

¡Hola, amiga! ¿Han resuelto el problema del poste?

Graciela:

Sí, vine al resort para hacer el turno de noche.

María:

¿Ya te has acostado de nuevo con el guapo?

Graciela:

Se ha ido.

María:

¿Cómo que se ha ido?

Graciela:

Se fue antes del almuerzo, ya había otras personas en la habitación en la que estaba.

María:

¿Se fue a otro hotel?

Graciela:

Tomó un taxi al aeropuerto.

María:

¡Qué mierda!

Graciela:

¿Puedo llorar? Sé que no debería, pero solo hoy quiero hacerlo.

María:

¡Claro que puedes! ¡Desahógate! Llorar sienta muy bien.

¡Qué cretino! Comió y se fue.

Graciela:

Eros nunca me prometió nada.

María:

Tú puedes llorar y yo puedo pensar que es un idiota. Al menos pensabas que se quedaría más tiempo y, por lo que parece, ni siquiera se despidió.

Graciela:

Sí...

María:

Lo siento mucho.

Graciela:

Debo volver al mundo real.

María:

Todavía puedes venir aquí a casa si quieres. Haré un pastel y veremos repeticiones de telenovelas. De esas muy empalagosas.

Graciela:

Tendrá que ser otro día.

Voy a hacer doble turno porque no vine a trabajar durante el día.

María:

Buen trabajo.

Graciela:

Gracias.

Guardé mi teléfono y volví a llorar. Me tomaría unos minutos para desahogar lo molesta que estaba por su partida. Después volvería al trabajo. En la vida real, el príncipe azul se iba y la cenicienta volvía a limpiar el suelo.

Quizás por eso mi hermano intentaba tanto impedir que me vinculara con los huéspedes. Por más que estuviera preparada, no lograba lidiar con la decepción. Me había involucrado con Eros, aunque sin querer, mucho más de lo que debía. Sin embargo, ya había lidiado con pérdidas mayores en la vida y pronto superaría esa.



Capítulo diecisiete

Berlín se parecía a mi ciudad natal y en invierno hacía tanto frío como en Toronto. Salí de la oficina del fabricante de automóviles e hice una seña para que un taxi se detuviera. Podría estar a muchos miles de kilómetros de casa, pero tuve la sensación de haber vuelto cuando los copos de nieve tocaron mi abrigo.

La reunión había ido mucho mejor de lo que esperaba y los socios estaban muy entusiasmados con que mi empresa comenzara a gestionar las campañas de marketing. Era un paso gigantesco para mí y para la agencia.

Entré en el taxi y me acomodé en el asiento trasero. En cuanto cerré la puerta, mi móvil empezó a sonar y lo tomé, viendo el nombre de mi hermana en el identificador de llamadas.

—¿Evelyn?

—¿Cómo va el ritmo caribeño?

—Estoy en Berlín.

—¿Por qué? ¿De qué me he perdido? ¿No deberías estar disfrutando del mar Caribe con una nueva novia?

—No era exactamente una nueva novia.

—Ya me entiendes. —Resopló al otro lado de la línea—. ¿Por qué estás en Berlín?

—Reunión de negocios, cerré un contrato importante.

—¿Debo felicitarte?

—Sí. —Giré la cabeza y vi los copos de nieve cayendo sobre el cristal del taxi.

—¡Felicitaciones!

—Gracias.

—¿Vas a volver al Caribe?

—No, tengo que volver a casa. —Suspiré al aceptar que mi momento con Graciela había terminado y que tenía que enfrentarme a mi mundo real—. Tengo que empezar a planificar el marketing de este nuevo cliente. He quedado en hacerles una presentación por videoconferencia dentro de dos semanas.

—No te sumerjas en el trabajo, Eros.

—Es la única parte de mi vida sobre la que todavía tengo control y me voy a centrar en ella. —Incliné la cabeza, recostándome en el asiento del vehículo.

—¿Cuándo vuelves a casa?

—Mi vuelo es mañana temprano.

—En cuanto llegues, ven aquí. Quédate unos días conmigo.

—Tengo mucho que organizar en mi apartamento.

—Ya devolví los regalos y envié las cosas de Violet a la casa de sus padres. Cuando llegues, parecerá que nunca estuvo allí.

—Ojalá sea tan fácil.

—¿Dónde está el optimismo de mi hermano favorito?

—Soy tu único hermano...

—Estoy tratando de animarte. ¿De acuerdo?

—Evelyn, voy a parar en un restaurante a comer. Luego hablamos.

—De acuerdo. Avísame cuando llegues a Toronto.

—De acuerdo. —Colgué antes de que mi hermana dijera algo más.

Ella podría haberse esforzado, pero yo sabía que solo retirar los objetos no sería suficiente para que yo fingiera que nada había pasado. Tendría que afrontar mi vida y todas las consecuencias de las actitudes de mi ex novia y mi ex mejor amigo. Mis decisiones también pesaban, como el hecho de haber decidido irme a *Punta Cana*.

Escuché la música en la radio del coche. Era un género musical completamente diferente al ritmo latino, pero me hizo recordar los sonidos, a Graciela, el momento en que bailamos juntos y todo lo que sucedió después.

Ya no tenía nada de ella, ni siquiera sabía su nombre completo. Pronto los recuerdos no serían más que un sueño, mientras yo tenía que volver y afrontar mi vida en Toronto.



Capítulo dieciocho

—¡Eh! —Grité cuando María me tiró unas palomitas de maíz, lo que me sacó de mis pensamientos y me hizo mirarla.

—*Planeta Tierra llamando.*

—¿Qué pasa?

Ella frunció el ceño y se movió en el sofá mientras tomaba el control remoto para pausar la película que estábamos viendo.

—¿Por qué has hecho eso?

—¿Estabas viéndome?

—Sí. —Crucé los brazos, haciendo puchero.

—¡En serio, Graciela! ¿Qué pasó en los últimos dos minutos de la película?

—Bueno, es que... —Me mordí el labio, incómoda—. No pasa nada. Puede que me haya perdido los últimos dos minutos, pero si vuelvo atrás lo sabré todo.

—¿Y en los últimos diez minutos?

—María, dale al *play* de una vez. —Empujé su brazo y el cubo de palomitas casi se derrama por el suelo de la pequeña sala.

—Ni siquiera estás viendo la película, Graciela.

—¡Sí que lo estoy!

—No dejas de pensar en él, ¿verdad?

—¿En quién? —Fingí no entender y aparté la cara.

—¿Cómo que "en quién"? —Maria frunció el ceño.

Se agachó para dejar el bote de palomitas en el suelo y luego volvió a mirarme.

—En el gringo.

—¡De ninguna manera! —Me encogí de hombros.

—Sabes que eres muy mala mentirosa. Se te nota en la cara que no dejas de pensar en él.

—Solo estoy molesta porque ni siquiera se despidió. Se fue urgente.

—¿Eso es todo?

—Sí. —Me eché el pelo hacia atrás con una postura altiva.

—No se te da muy bien eso de acostarte con alguien y no encariñarte.

—No empieces, María. No podía esperar nada de esa relación. Estuve con él sabiendo perfectamente que se iría. El chico tenía una vida en otro lugar y volvió a ella.

—¿Te arrepientes?

—No —respondí demasiado rápido.

María frunció el ceño, entrecerró sus ojos almendrados e intentó sacarme la verdad.

—Realmente no me arrepiento. —Era un hecho y eso me hizo suspirar—. Fueron momentos increíbles con él.

—Y...

—Se ha ido. —Agarré el cubo de palomitas y me metí un puñado en la boca para tener una excusa para permanecer callada.

—¡Qué fastidio! —Resopló María—. ¿Qué vas a hacer ahora?

Extendí la mano en señal de espera y terminé de masticar.

—No hay nada que pueda hacer.

—Llámalo.

—No tengo su número.

—Apuesto a que está en los registros del hotel.

—Es una información que no le dan a una camarera.

—Pídeselo con delicadeza. Soborna al recepcionista con chocolate. —Puso una cara tan suplicante que me hizo reír a carcajadas.

—Eres terrible.

—Solo intento ayudar.

—Llamar al tipo no va a resolver nada.

—Ni siquiera lo has intentado.

—¡Vive en Canadá!

—Sí, las relaciones a distancia no suelen funcionar...

—Eso si él tuviera algún interés en salir conmigo... —Intenté ocultar mi expresión de tristeza, pero fue más fuerte que yo.

—Eres preciosa.

—Pero de un mundo diferente al de él...

—Tienes razón. —María acabó convenciéndose después de todos mis argumentos irrefutables—. Es hora de poner los pies en la tierra y olvidarte de ese tipo.

—Sí.

—Lo superarás.

—Lo sé. —Me recosté a un lado y me acomodé en su regazo.

Mi mejor amiga me acarició el pelo y nos quedamos así un rato.



Capítulo diecinueve

Ese momento llegaría tarde o temprano. Por mucho que quisiera evitarlo. Los días que pasé en el Caribe habían sido increíbles, pero este país frío era mi verdadero hogar. Tenía que enfrentarme a la vida real y a los problemas que conllevaba.

Saqué la llave del bolsillo y la giré en la cerradura de mi puerta. Esperaba muchas sensaciones al entrar en mi apartamento después de todo, fundamentalmente rabia. Sin embargo, me invadió un extraño vacío cuando vi la sala sin ninguna caja, regalo o marco de fotos en el que apareciera Violet, ni siquiera Kyle. Evelyn realmente había limpiado el lugar y lo había dejado vacío, exactamente como me sentía yo.

Arrastré mi maleta hasta mi habitación y me tiré en la cama. Todas mis otras pertenencias seguían en el mismo lugar. Debería

estar agradecido a mi hermana, pero lo único que pude hacer fue sentirme raro.

La verdad es que quería volver, estar con Graciela de nuevo y sentirme libre y feliz como ella me hacía sentir. Sin embargo, tenía que ser honesto conmigo mismo, no podía dejar Canadá ni toda mi vida allí, ni creía que ella fuera a dejar el sol y la alegría por un clima triste y frío.

Iba a darme una ducha, pedir algo para comer y luego dormir. Podría vivir un día a la vez mientras me recuperaba. Volvería a la agencia al día siguiente y tenía un gran logro que celebrar. El nuevo cliente traería otros potenciales clientes y, con ello, nuestra proyección mundial.



GRACIELA

Capítulo veinte

—¿Estás bien? —Miguel se apoyó en la puerta del baño y se quedó mirándome mientras yo sacaba un trozo de papel higiénico para limpiarme la boca.

—No estoy bien.

—¿Comiste algo que te sentó mal ayer?

—Puede ser.

—Tenemos que ir a trabajar.

—Ya voy. —Todavía tenía náuseas, pero me levanté para lavarme los dientes.

No tenía ni idea de qué podía haber pasado para que me sintiera así. Había comido lo mismo de siempre y era poco probable que algún ingrediente estuviera en mal estado.

Me preparé para ir al trabajo y no desayuné. Intentaría comer algo en el hotel cuando me sintiera un poco mejor.

Tuve que contenerme mucho para no vomitar en la moto de mi hermano. Nunca me había sentido tan aliviada por llegar pronto. Fui a ponerme el uniforme y me encontré con otra camarera.

Tayla se quedó observándome hasta que la miré directamente.

—¿Qué pasa? —le pregunté, poniendo mi mano en la cintura.

—Estás verde. ¿Estás bien?

—Tengo un poco de náuseas. Ya se me pasará.

—Ah, no sabía que estabas embarazada.

—Y no lo estoy —respondí demasiado rápido—. Debe haber sido algo que comí o el movimiento de la moto.

—Ah, ya veo. Que te mejores.

—Gracias.

Seguí empujando mi carrito hasta entrar en el ascensor de servicio. En cuanto se cerró la puerta metálica, saqué mi móvil del bolsillo y abrí el calendario. Era solo para tranquilizar mi conciencia, pero necesitaba comprobar las fechas.

Eros se había ido hacía ya unas tres semanas. Después de llorar todo lo que me correspondía, dejé de pensar en él y en los momentos que habíamos vivido juntos. Era un sueño, había vuelto a la vida real y me obligaría a seguir adelante.

—¡Maldita sea! —Dejé caer el móvil y me apresuré a taparme la boca cuando vi el calendario.

—¿Todo bien? —me preguntó un empleado de seguridad del resort cuando se abrieron las puertas metálicas y me agaché para recoger el móvil del suelo, recomponiéndome.

—Sí. Lo siento, señor.

—No pasa nada.

Pasé junto a él empujando el carrito y solo me detuve cuando estuve en medio del pasillo.

Volví a mirar mi móvil y me sentí aliviada al ver que no se había roto, ya que no podría comprar otro. El calendario estaba allí parpadeando y volví a hacer cuentas.

¡Cinco días!

Ese era el tiempo que llevaba de retraso. Volví a contar para asegurarme. Tenía la cabeza tan en las nubes que ni siquiera me había dado cuenta.

Me pellizqué el brazo para asegurarme de que no estaba soñando y solo conseguí soltar un gritito. Lo que estaba viendo era real, al igual que el hecho de que aún no había tenido mi menstruación.

Graciela:

¡María, la he cagado!

María:

¿Te peleaste con Miguel?

Graciela:

Todavía no, pero creo que me va a matar.

María:

Tu hermano es un pesado, pero te quiere, jejeje.

Graciela:

Creo que estoy embarazada.

María:

¿Qué?

Graciela:

Me desperté con náuseas y cualquier olor fuerte me revuelve el estómago. Alguien bromeó conmigo diciendo que podría estar embarazada, así que miré el calendario y me di cuenta de que tengo cinco días de retraso.

María:

¡No te lo puedo creer!

Graciela:

¿Eso solo tienes para decirme?

María:

¿Qué más quieres que te diga?

Graciela:

¡No lo sé!

María:

¿Quién crees que es el padre?

Graciela:

¿Qué dices? Tranquila, María. No soy tan promiscua. Esa es una pregunta que esperaba de Miguel.

María:

Tu hermano se va a volver loco.

Graciela:

Estoy tratando de no pensar en eso.

María:

Pensé que habían usado condón con el extranjero.

Graciela:

Lo usamos casi todas las veces.

María:

¿En serio cometiste un descuido así?

Graciela:

Cuando me di cuenta, estábamos en medio del mar, él ya me la había metido y yo solo disfruté. Estábamos en agua salada, me lavé y pensé que había sido suficiente.

María:

¿Desde cuándo el océano es espermicida?

Graciela:

¡No lo sé!

María:

¿Se lo vas a contar?

Graciela:

¿A Miguel? Si realmente estoy embarazada, tendré que pensar cómo decírselo, pero no sé.

María:

Me refiero al chico que te dejó embarazada.

Graciela:

¿Qué esperas que haga? Robarle su número en recepción y decirle: «¿Te acuerdas de mí, la mujer con la que te acostaste en Punta Cana? Estoy embarazada».

María:

Exactamente eso.

Graciela:

Eso es una locura.

María:

La locura es no decírselo al tipo. A menos que estés pensando en abortar, porque, por lo que yo sé, no es nada fácil cuidar de un niño sola.

Graciela:

¡Tranquila! Todavía no sé si estoy realmente embarazada. Puede que solo haya sido una falsa alarma. El estrés retrasa la menstruación y estos días han sido difíciles.

María:

Dile a Miguel que vienes a mi casa después del trabajo. Haremos un examen para estar seguras.

Graciela:

Lo haré.

María:

Te espero más tarde. Ahora tengo que trabajar y supongo que tú también.

Graciela:

Gracias, amiga.

Trabajar después de esa conversación fue difícil, mi mente estaba en otra parte y mi concentración estaba por los suelos. La vida ya era bastante complicada siendo Miguel y yo, con un niño podría empeorar mucho más. Admito que cuando quise vivir esa aventura, no pensé en esa posibilidad. Había sido imprudente y muy irresponsable de mi parte. ¿Cuál era la probabilidad de que me quedara embarazada en mi primer desliz?

A mi hermano no le gustó mucho verme ir a casa de María otra vez, sobre todo en un día en el que estaba enferma, pero ella era mi mejor amiga y prácticamente la única que tenía, debido al comportamiento de él. Cuando puse cara de llorar y le dije que me quedaría sola para siempre gracias a él, mi hermano acabó por dejar

de molestarme. Me gustaría ver qué pensaría si supiera el verdadero motivo.

Si el examen daba negativo, no tenía nada de qué preocuparme, pero si daba positivo...

—¿Estás bien, Graciela? —Maria se acercó a mí mientras estábamos en la clínica esperando el resultado del análisis de sangre.

—Siéntate aquí. —Le indiqué una de las sillas—. Me estás mareando con tanto ir de un lado para otro.

—De acuerdo. —Mi amiga se dejó caer en la silla.

Exhalé un largo y profundo suspiro, incliné la cabeza hacia adelante y me masajeé las sienes, que latían con un dolor de cabeza cada vez más intenso.

—Todo va a salir bien —dijo mientras me masajeaba el hombro.

—Ahora mismo me cuesta creerlo.

—¿De qué sirve ponerse nerviosa?

—¿Cómo hago para no volverme loca?

Una enfermera apareció en el pasillo y me llamó por mi nombre. Contuve la respiración y me acerqué a ella para recoger los resultados de la prueba.

—¿Y bien?

—Sí, estás embarazada.

Me temblaban las piernas y casi me desmayo.

—Graciela... —María me sujetó y me llevó de vuelta a la silla de la sala de espera donde estábamos sentadas—. Estás pálida.

—Sí, ¿verdad?

Ella asintió con la cabeza.

Sabía que Miguel me mataría cuando se enterara, pero yo estaba más preocupada por cómo iba a criar al niño.



Capítulo veintiuno

—¡Buenos días, Amber! —Entré en mi despacho con una sonrisa y saludé a mi secretaria, que estaba organizando unos papeles sobre mi mesa.

—Señor, me alegro mucho de verlo de vuelta.

—Gracias. —Me ajusté la corbata y me senté detrás de mi escritorio—. ¿Qué tenemos para hoy?

—Tenemos que poner al día varios asuntos que quedaron pendientes durante su ausencia, pero vamos a empezar por el contrato con los alemanes. El borrador ha pasado por nuestro departamento jurídico y solo está esperando su aprobación para enviárselo. He imprimido una copia para que pueda leerlo.

—Buen trabajo.

Ella sonrió, contenta con mi elogio.

—Tiene una reunión a las diez con el equipo creativo. Tiene que aprobar la campaña de marketing de cervezas Texas.

—¿Nos han enviado alguna para probar? —pregunté en tono jocoso.

—Sí. Hay una caja allí. —Señaló el armario al lado de mi oficina —. Llegó hace tres días.

—Ah, genial.

—Le recomiendo que la meta en la nevera si va a beberla.

—Lo dejaremos para el *happy hour* del viernes.

Ella se rió.

—Voy a leer el contrato y luego me voy a la reunión. Cuando vuelva, acordamos los demás puntos. ¿Te parece bien?

—Sí, señor.

—Quedamos así.

Saqué el contrato y Amber salió de mi despacho y se dirigió a su mesa.

Me concentré en leer las cláusulas, pero un tono de voz alterado (afuera de mi despacho) me sacó de mi atención.

—Déjame entrar.

—Primero tengo que avisarle.

—Eros está cansado de verme.

—Espere...

—¡Quítate de mi camino! —Oí el grito antes de que se abriera la puerta y Violet irrumpiera en la habitación.

Admito que, tras el fin de nuestro compromiso y mi estancia fuera de Toronto, ella era a quien menos quería ver.

—Desapareciste... —Frunció los labios mientras me miraba por debajo de sus largas pestañas.

—Estaba de viaje.

—No me diste la oportunidad de hablar contigo.

—No tenemos nada de qué hablar.

—Eros...

—Te acostaste con mi mejor amigo. Ex mejor amigo —me apresuré a corregir—. Por lo que parece, más de una vez.

—Estás equivocado.

—¿Equivocado? —Me quedé atónito por la forma en que me hablaba y comprendí mejor que nunca la definición de reír para no llorar.

—Íbamos a casarnos, Eros...

—Has usado muy bien el tiempo verbal.

—Lo has echado todo a perder.

—¿Yo lo he echado todo a perder? ¿Cómo te atreves a hablar así?

—Yo tenía tantos planes... —Se echó el pelo rubio hacia atrás con una expresión de perro sin dueño que me indignó aún más.

—¿Solo tú? Violet, haznos un favor a los dos y vete.

—Tienes que perdonarme. —Se acercó a la mesa y se inclinó sobre ella—. No estaba pensando con claridad.

—Eso ya no es problema mío.

—Tu hermana me devolvió todas mis cosas.

—Todavía estoy en deuda con ella por eso.

—No puede ser así. —Golpeó la mesa con ambas manos.

—No estás en posición de exigir nada.

—Eros... —Ella empezó a llorar, pero sus lágrimas no me convencieron.

—Vete, Violet. —Le indiqué la puerta.

—No me iré hasta que me escuches. Kyle...

—¡Cállate! —Perdí la paciencia—. No quiero escuchar ninguna excusa barata que tengas para mí. ¡Se acabó!

—¡Es injusto!

—No hay nada más injusto que tú acostándote con otro horas antes de nuestra boda.

—Hay otra, ¿verdad? Por eso estás actuando así. Ya estás con otra. Fuiste directamente a buscar a otra mujer.

—Eso es mentira. —No había buscado a nadie exactamente y no podía decir que estaba con Graciela, ya que las posibilidades de volver a verla eran nulas. Sin embargo, lo que había pasado entre nosotros en el Caribe fue suficiente para que la cara suplicante de mi ex novia ya no tuviera ningún efecto sobre mí.

Había logrado cerrar esa etapa, y los momentos con Graciela me ayudaron a dejar atrás mi vida con Violet y a pensar que podía tener algo nuevo.

—Entonces podemos arreglarnos...

Miré por encima de su hombro y vi a Amber aparecer con unos guardias de seguridad, intercambiando miradas conmigo para ver si seguía adelante con la expulsión de Violet de mi empresa.

—Puedes irte por las buenas o por las malas. —Señalé a los hombres, haciendo que se diera la vuelta y se sorprendiera.

—No vas a hacerme eso.

—Si te quedas aquí, lo haré.

—Eros... —Volvió a lloriquear.

—Llévenla. —Les indiqué a los guardias de seguridad con un gesto.

—¡No me toquen! —les gruñó cuando se acercaron. Al darse cuenta de que no tenía otra alternativa, Violet acabó siendo acompañada por ellos fuera de la planta donde se encontraba mi agencia.

—¿Quiere que le pida al portero que no la deje subir más? —Amber me miró un poco incómoda.

—Por favor.

—Lo haré.

—Gracias, Amber.

—Ahora tiene la reunión.

—Lo sé. —Miré el contrato que no había tenido tiempo de terminar de leer debido a la inoportuna visita de Violet y resoplé.

—Puede terminarlo después.

—No habrá más remedio.

Estaba más molesto por la presencia de mi ex que por no haber podido hacer lo que quería antes de la reunión. Después de pasar momentos agradables y memorables en el Caribe, imaginaba que me habría librado de todo lo relacionado con mi antigua relación, pero parecía que me había equivocado.

Violet aún me causaría muchos dolores de cabeza.



GRACIELA

Capítulo veintidós

Tenía que contarle a mi hermano lo del embarazo, pero no sabía ni por dónde empezar.

Oye, hermano, me acosté con un turista al que nunca volveré a ver y estoy esperando un hijo. Eso sería horrible y lo pondría muy furioso.

Estaba sentada en el sofá, frente al televisor, viendo una telenovela, y me sobresalté cuando mi móvil vibró en mi mano.

María:

¿Ya se lo has contado?

Graciela:

No.

María:

¿Vas a esperar a que nazca el bebé?

Graciela:

Parece que ese es mi límite de tiempo.

María:

¿Crees que no se dará cuenta del embarazo?

Graciela:

Puedo intentar disimularlo.

María:

Amiga, ¿de verdad vas a tener ese hijo?

Graciela:

¡Sí! Soy totalmente responsable de lo que ha pasado.

María:

Entonces enfréntate a tu hermano. Cuanto antes tires del vendaje, menos te dolerá.

Graciela:

No estoy segura.

María:

Tú eres la responsable.

Graciela:

Ya lo sé.

María tenía razón, tenía que contárselo a mi hermano. Miguel era todo lo que tenía. Aunque fuera agobiante, era quien más se preocupaba por mí. No podía ocultarle algo tan importante.

Lo seguí con la mirada mientras se dirigía al pequeño refrigerador, tomaba una botella de cerveza y se sentaba frente al sillón.

—¿No te cansas de ver eso? —Señaló la telenovela.

—Es romántica.

—Siempre es lo mismo.

—¿Y los partidos de fútbol no?

Él resopló y se dio vuelta, sin discutir.

—Miguel. —Dejé el móvil a un lado en el sofá y me froté las manos mientras intentaba armarme de valor para hablar.

—¿Sí? —Se giró hacia mí.

—Necesito contarte algo.

—Puedes contármelo.

—¿Me prometes que no te enfadarás conmigo?

—¿Qué has estado haciendo, Graciela? —Puso cara de enfado, lo que me hizo sentir aún más temerosa de confesarlo. Si fuera posible, guardaría ese secreto para siempre.

—Prométemelo.

—¿Cómo quieres que te prometa algo si ni siquiera sé lo que has hecho?

—Por favor...

—Está bien. —Resopló mientras daba un trago a su cerveza.

—No me has convencido.

—¡Dilo de una vez, Graciela!

Di un salto en el sofá con su grito.

—Estoy embarazada —se me escapó.

—¿Qué? ¿Es una broma?

—No.

—¿Qué tontería es esa, Graciela Inês?

—Yo... Es que... Yo... —empecé a tartamudear.

—¿Quién es el padre? —Se levantó furioso del sillón—. Voy a buscar a ese cretino.

—Tranquilo, Miguel.

—¿Me acabas de decir que estás embarazada y quieres que me calme?

—Respira.

—¿Quién es?

—Un turista. —No pasaba nada malo por contárselo. El tipo estaba tan lejos que no sufriría la ira de mi hermano.

—¿Turista? ¿Ese hombre abusó de ti? Deberías habérmelo contado. La policía...

—Miguel, no me ha abusado. —Ni siquiera lo dejé terminar.

—¿Por qué lo hiciste?

—Porque yo quise.

—¡Te lo dije! ¿Cuántas veces te he dicho lo peligroso que es? Esos hombres se aprovechan de chicas ingenuas como tú, te dicen cuatro palabras bonitas y se acuestan contigo. Deberías haberme hecho caso, esto no debería haber pasado.

—Miguel...

—¿Sigue en el hotel?

Negué con la cabeza.

—Se fue hace bastante tiempo.

—¿Ves? Justo lo que quería evitar. Esos tipos no valen nada y te han utilizado como un juguete.

—Yo quería que pasara.

—¡Eres demasiado ingenua para saber lo que quieres!

—¡Soy adulta!

—Tan lista que acabaste embarazada.

Tragué saliva ante la ofensa que me golpeó como un puñetazo en el estómago. No podía decir que Miguel mintiera porque había demasiada verdad en su frase.

—Yo cuidaré del bebé.

—*Nosotros* cuidaremos del bebé —me corrigió, y supe que, a pesar de su enfado, estaba de mi lado—. ¿Al menos sabes quién es el padre?

Asentí con la cabeza.

—¿Quién es?

—Eros Bianchi. Me dijo que era de Canadá, de Toronto.

—¿Y tú fuiste tan tonta como para creerle? ¿Qué te prometió, que te llevaría allí?

—No me prometió nada.

—¿Te dio dinero?

—¡No me ofendas así!

—Solo intento entender por qué lo hiciste.

—Ya te dije que quería hacerlo.

—Pero es realmente una tontería.

—¡Ah, Miguel, cállate! —Me levanté del sofá enfadada y me fui a mi habitación.

A pesar de compartir la habitación con mi hermano, cerré la puerta de un portazo como si fuera mía y me encerré. Que me insultaran de esa manera no me hizo sentir mejor.

Había cometido un error, había quedado embarazada, pero aun así no me arrepentía de lo que había vivido con Eros.

—Graciela... —Miguel llamó a la puerta.

—¡Déjame en paz!

—Abre la puerta.

—¡No voy a abrir!

—No podemos gastar dinero en arreglarla si la derribo.

—Entonces déjame en paz.

—Ven aquí para que hablemos.

—Ya has dicho todo lo que tenías que decir.

—¿Le has dicho al tipo que estás embarazada?

—No.

—¿No se lo has dicho o te ha dicho que no va a asumir la paternidad?

—No se lo he dicho.

—Tienes que decírselo.

—No puedo.

—¿Cómo que no?

—No tengo ningún contacto. Ni teléfono ni nada.

—¿Pensabas no decírselo?

—Como tú mismo has dicho, él solo se aprovechó de la tonta que soy, ¿por qué iba a perder el tiempo?

—Aunque él sea tan idiota como para decir que no es suyo, tienes que contárselo.

—¡No tengo que hacer nada! Ni siquiera sé por qué te preocupas. —En posición fetal, apoyé la cara sobre mis muslos.

—Solo lo digo porque si me pasara a mí, querría saber que voy a ser padre.

Me quedé en silencio y Miguel acabó por rendirse.

—Está bien, hoy dormiré en el sofá.

Lo oí alejarse y seguí encogida. Afrontar ese embarazo parecía cada vez más difícil.



Capítulo veintitrés

—Si yo fuera tú, cambiaría la cerradura del apartamento. —Evelyn se sentó a mi lado y me entregó el cubo de palomitas de maíz.

—Buena idea. Debería haberlo hecho antes. —Llené la mano de palomitas y me las metí en la boca mientras veía fragmentos de la película de acción que deberíamos estar viendo.

—Si ya ha aparecido en tu oficina, apuesto a que no tardará en venir aquí. Y Kyle también tenía la llave, ¿no?

—No debería haber confiado en él.

—A veces es difícil saber qué esperar de la gente. —Evelyn suspiró y se recostó en el sofá.

—Sí... ¡Espera! —Me giré para mirarla mejor cuando me di cuenta de que no se refería solo a mi situación—. ¿Qué ha pasado?

—El imbécil de Dorian ha roto conmigo. —Cruzó los brazos, enfadada.

—¿Por qué?

—Dijo que teníamos objetivos diferentes en la vida. Apuesto a que lo diferente es la mujer con la que está saliendo.

—Al menos tuvo la decencia de romper contigo antes y no apareció fingiendo ser la víctima, como si fuera la principal perjudicada de la situación.

—Violet se portó muy mal.

—Ni me digas. —Agarré más palomitas.

—Ella y Kyle se merecen el uno al otro.

—Sí... —murmuré asintiendo, pero eso no hizo que doliera menos.

—Pero tú ya estás con otra. —Mi hermana me golpeó con el cojín y yo me quedé sin entender nada.

—¿A qué te refieres?

—Graciela, se llama así, ¿no? ¡Ni siquiera me has enseñado una foto! —Me dio una palmada en el hombro, mostrando su indignación.

—Solo fue un momento de la vida.

—Parecías muy feliz cuando estabas allí.

—Lo estaba.

—¿Por qué no puedes seguir?

—Estamos geográficamente muy lejos...

—¿Cuánto vas a ganar con este nuevo contrato?

—¡Vaya! —Abrí mucho los ojos—. Qué cambio de tema tan repentino.

—¿Cuánto?

—Millones... Nunca te ha preocupado mucho cuánto gano.

—Solo estoy pensando que mi hermano millonario puede comprarse un jet privado para visitar a su novia.

—No exageres, Evelyn.

—Siempre he querido un jet privado. Puedes tener uno. Piensa en las ventajas: sin facturación, sin conexiones ni esperas en la sala de embarque...

—No voy a comprar un avión solo para ver a una mujer, y menos después de todo lo que ha pasado...

—Ella puede ser mejor que Violet...

—Graciela fue solo una aventura. Las relaciones a distancia no funcionan. ¿Te has olvidado del francés con el que te vinculaste en la universidad? No duró ni seis meses después de que él volviera a casa.

—¡Ah, era un idiota! Pero él no tenía avión.

—¡Yo tampoco!

—Pero puedes comprarlo con tus millones. —Me guiñó el ojo de una forma que me hizo reír a carcajadas.

—Evelyn, eres terrible.

—Sé que te gustaba.

—Fueron unos días. Eso no significa que la quiera como novia ni que pretenda pasar el resto de mi vida a su lado.

—El resto de la vida es demasiado tiempo, Eros.

—Ya ves.

—Pero unos meses o unos años pueden estar bien.

—No me llenes la cabeza con tonterías, Evelyn.

—Quiero una foto de ella antes de decidir si tendrán hijos guapos.

—Come palomitas. —Llené mi mano y se la acerqué a la boca —. Mejor cállate y presta atención a la película.

—Pero...

—¡Come!

—Ok. —Evelyn giró el cuerpo y se concentró en la televisión. Sin embargo, dudaba que el tema hubiera quedado zanjado.

Los días que pasé con Graciela fueron increíbles, pero nuestras realidades eran demasiado diferentes como para que pudiera considerar la posibilidad de que funcionara.



GRACIELA

Capítulo veinticuatro

Levanté el cenicero y pasé el trapo por debajo, luego tiré las cenizas a la basura. Tosiendo por el polvo que se levantó. Odiaba cuando había fumadores en la habitación, porque parecía imposible quitar ese olor terrible que impregnaba las cosas. La limpieza tenía que ser mucho más profunda para que el próximo huésped no se quejara.

Tiré de la sábana para cambiarla cuando oí mi nombre, lo que me asustó.

—¡Graciela!

Me giré hacia la puerta y vi a mi hermano de pie, mirándome. No había vuelto a hablarme desde nuestra discusión, cuando le conté que estaba embarazada, y no esperaba que apareciera así.

—¿Qué haces aquí? —Apreté los dientes.

—Vengo en son de paz.

—¿No deberías estar trabajando?

—Te traje esto. —Entró en la habitación y me entregó un papel con unos números.

Me quedé mirándolo durante un buen rato sin entender nada.

—¿Qué es esto?

—El teléfono de ese tal Eros...

—¿Cómo lo conseguiste? —Me quedé boquiabierta.

—Mateus, el de recepción, me lo consiguió.

—¿No se puede meter en problemas por eso?

—Solo si alguien se entera. Lo cual no va a pasar. —Agitó el papel insistiendo en que lo tomara—. ¡Llámalo ya!

—Ahora estoy limpiando.

—Aprovecha el teléfono de la habitación, que hace llamadas internacionales, porque ni siquiera sé cuánto puede costar hacerlo desde el móvil.

—¿No nos van a regañar?

—Pensarán que ha sido el huésped. Para ellos está permitido. ¡Llama ya!

—Más tarde.

—¡Graciela!

Tenía miedo de decirle a Miguel que estaba embarazada, pero me aterrorizaba aún más pensar en cómo reaccionaría Eros. Pensé en lo que podría decir y las posibilidades me hicieron entrar en pánico. Había sido un tipo agradable conmigo, pero decirle que estaba esperando un hijo suyo podría cambiar completamente la situación.

Miguel perdió la paciencia, me quitó el papel de la mano, marcó el número y esperó el primer tono para entregarme el teléfono. Sostuve el aparato con la palma de la mano resbaladiza. Con cada tono era como si mi corazón fuera a dejar de latir. Sonó unas cuatro veces más hasta que se cortó y lo colgué.

—No ha contestado. ¿Estás seguro de que es ese número?

—Es el que escribió en el registro.

—Debe estar mal.

—Quédatelo —Miguel me devolvió el papel—. Luego vuelve a intentarlo.

—Está bien. Voy a seguir limpiando la habitación antes de que vuelva el huésped.

Mi hermano me dejó sola y me quedé con ese papel en la mano, ardiendo entre mis dedos con la posibilidad de volver a hablar con Eros.



Capítulo veinticinco

Estaba en medio de una reunión cuando mi teléfono empezó a sonar. Me sentí incómodo, pero lo apagué rápidamente y continué como si no nos hubieran interrumpido. Transmití algunos parámetros de actuación al equipo de desarrollo y solo volví a mi despacho cuando todas las dudas de mis subordinados habían sido resueltas.

En cuanto volví a mi oficina, tomé mi móvil de nuevo y miré la llamada que había recibido. Me extrañó el número y, sobre todo, el código del país, pero devolví la llamada, ya que podría ser un potencial cliente.

Sonó casi hasta el último tono, hasta que alguien respondió al otro lado.

—¿Eres de recepción? —El inglés parecía británico, pero no entendí su pregunta.

—¿Qué?

—¿Por qué me llamas?

—Recibí una llamada de este número y quería saber quién era.

—Yo no he llamado a nadie.

—¿Está seguro?

—Sí.

—Entonces me habré equivocado...

Ni siquiera tuve tiempo de disculparme antes de que el tipo al otro lado de la línea me colgara. Me molestó un poco, pero no le di importancia. Tenía mucho trabajo que hacer y no iba a perder el tiempo con un error.

Tomé el teléfono de la mesa y marqué el número de la extensión de mi secretaria.

—¿Señor?

—Ven aquí.

—Ya voy.

Esperé a que Amber entrara en la habitación y dejé de lado mis preocupaciones por la llamada.

—¿Qué pasa, señor?

—Necesito el informe de impresiones de nuestros cinco principales clientes. Voy a hacer algunos ajustes en la presentación para los nuevos. También quiero que informes a RR. HH. que necesito un nuevo diseñador web, nuestro departamento está un poco sobrecargado y quiero aprovechar la cuenta del fabricante de automóviles para expandirnos.

—Déjelo en mis manos, señor.

—Perfecto.

—¿Eso es todo?

—Por ahora, sí.

Ella asintió y salió de mi oficina. Volví a concentrarme en el trabajo, hasta que mi móvil vibró sobre la mesa.

Evelyn:

Tienes una cita el viernes por la noche.

Eros:

¿Cita? No recuerdo tener una cita.

Evelyn:

Te lo estoy informando ahora.

Eros:

Hermanita, no me vuelvas loco.

Evelyn:

Van a inaugurar un pub nuevo cerca del muelle y vamos a ir.

Eros:

¿Qué idea es esa? Nunca hemos salido a beber.

Evelyn:

Vamos a conocer gente, hermano. Beber puede ser solo una consecuencia. Estoy segura de que nos vendrá bien a ti y a mí también.

Eros:

¿Qué tal si nos quedamos en casa viendo una película?

Evelyn:

¿Mientras tu ex sale por ahí ligando con todo el mundo? Ni hablar.

Eros:

Esto no es una competición.

Evelyn:

Como si fuéramos a encontrar al amor de nuestra vida sentados en el sofá comiendo palomitas de maíz hechas en el microondas.

Eros:

Tampoco creo que sea en un pub.

Evelyn:

Es una forma de intentarlo.

Eros:

Te agradezco toda tu dedicación, hermana. En serio, pero estoy bien.

Evelyn:

Te estás ahogando en trabajo.

Eros:

Como si no lo hiciera antes.

Evelyn:

Tienes razón.

Eros:

¿Entonces vemos una película?

Evelyn:

Lo pensaré. No quiero convertirme en la tía de los gatos.

Eros:

Ni siquiera tienes gatos.

Evelyn:

Solo estoy analizando mis posibilidades.

Eros:

Jajaja. Déjame trabajar; y te aconsejo que hagas lo mismo.

Evelyn:

Aún no me he rendido.

Eros:

Hasta luego, hermanita.

Terminé la conversación sin darle a Evelyn la oportunidad de insistir. Sabía que estaba tratando de ayudarme, pero, para ser sincero conmigo mismo, ya ni siquiera sufría tanto por lo que había pasado con Violet y Kyle. Parecía haberme librado de ellos antes de caer en una trampa. Era Graciela la persona que no podía sacarme de la cabeza. No quería volver a involucrarme con otra mujer durante unos días y quedarme con ese vacío.

No era el tipo de chico efímero, por mucho que haberme involucrado con ella me hubiera ayudado a lidiar con el catastrófico final de mi compromiso, solo había conseguido sustituir un vacío por otro. Ir de flor en flor no era mi estilo, tampoco tenía prisa por encontrar a otra mujer, podía centrar mis esfuerzos en mi trabajo, que me reportaría muchos más beneficios.



GRACIELA

Capítulo veintiséis

Ese teléfono me quemaba los dedos, pero no me arriesgué a volver a llamar. Podrían llamarme cobarde, porque sí, tenía miedo. No tenía ni idea de si Eros se acordaba de mí o cómo reaccionaría cuando le dijera que estaba embarazada. No era el tipo de noticia que se daba así sin más.

Miguel me exigía que se lo contara. Para mi hermano, lo más probable era que Eros asumiera lo que habíamos hecho juntos. Por muy mal que me sintiera con respecto a todo, no podía decir que estuviera equivocado.

Suspiré profundamente mientras ponía la mano sobre mi vientre.

—¡Qué lío te he causado, hijo!

—¿Has vuelto a llamar? —Me sorprendió cuando Miguel apareció en el pasillo y casi se me cae el cubo al suelo.

—Estoy ocupada.

—¿Me vas a decir que no sabes quién es el padre? —Se puso las manos en la cintura y la pregunta me ofendió en lo más profundo de mi alma.

—¡Por supuesto que lo sé! ¿De verdad te preocupa o solo quieres ofenderme?

—¡Graciela!

—Porque, en serio, Miguel, así no me ayudas en nada.

—Entonces, ¿por qué estás huyendo del tipo?

—No estoy huyendo. Ya te dije que intenté llamarlo, pero ya estoy harta con que tú me ofendas y me hagas acusaciones terribles.

—Lo siento. —Mi hermano retrocedió al darse cuenta de que realmente había metido la pata—. Solo quiero que no tengas que criar a ese niño sola.

—¿Y qué crees que él va a hacer, mudarse de Canadá aquí y convertirse en pescador?

—Por supuesto que no, pero al menos puede enviar dinero.

—¡Ay, Miguel! —Suspiré profundamente, sintiéndome en una delgada línea entre el miedo y la comprensión.

—¿Vas a llamarlo?

—Lo haré.

—Nos las arreglaremos. —Abrió los brazos, esperando que me acercara a él, y realmente sentí un momento de comprensión desde que le había contado lo del embarazo.

—Gracias. —Apoyé la cabeza en su pecho—. Ahora ve a trabajar, yo también tengo que irme. —Le di unas palmaditas en la

espalda y me separé del abrazo.

—Hasta luego.

Tenía miedo, miedo de contárselo a Eros, pero lo que no podía prever era que el temor de ese momento sería completamente insignificante en comparación con lo que vendría después.



Capítulo veintisiete

Esa noche di vueltas en la cama reflexionando sobre lo que había sucedido durante el día. Pensé que él tendría la decencia de no volver a mirarme a la cara, pero mi ex mejor amigo apareció por la mañana, cuando estaba sacando el coche del garaje, y me detuvo.

En ese momento, cuando se cruzó delante de mi coche, lo único que quería hacer era atropellarlo. Se lo merecía, pero fui lo suficientemente racional como para pensar en el tiempo que podría pasar en la cárcel por descargar esa ira. Pensaba que estaba de mi lado, que siempre podía contar con él, pero el cabrón se estaba acostando con mi novia a mis espaldas.

Cuando me dijo que teníamos que hablar, tuve aún más ganas de atropellarlo. No había lugar para que él o Violet volvieran a mi vida. Un *«lo siento, amigo»* no era suficiente.

Después de darse cuenta de que no lo conseguiría, se apartó de mi lado y me dejó ir a trabajar, pero pasé todo el día pensando en ese incidente. Afortunadamente, había seguido uno de los muchos consejos de mi hermana y había cambiado la cerradura.

Resoplé mientras tiraba una de las almohadas fuera de la cama.

Pensaba que después del viaje y los momentos que había pasado con Graciela no tenía que preocuparme por esos dos que me estaban haciendo la vida imposible.

Graciela...

Habían pasado exactamente tres meses desde que había vuelto y todavía me preguntaba si estaría trabajando en el mismo resort, si tendría esa sonrisa encantadora y ese contoneo que me volvía loco. Mi hermana me había animado a ir tras ella; fueron buenos momentos, pero no necesitaba salir de un lío para meterme en otro.

¿Qué posibilidades había de que esa relación funcionara?

Ella era guapa, amable, carismática, pero su realidad estaba tan lejos de la mía que parecía más un sueño que algo que realmente hubiera vivido.

Mi teléfono empezó a vibrar y puse los ojos en blanco, debían ser al menos las dos de la madrugada y no se me ocurría quién podría estar llamándome a esa hora.

Pensé en no tocar el aparato, dejar que sonara hasta que se apagara, pero algo me impulsó a ver al menos quién era. De nuevo, un número extraño de otro país. No era el mismo que me había llamado hacía un rato. De hecho, tampoco era ninguno de los otros dos que llamaron después. Todas las veces había devuelto la llamada y me habían atendido desde una habitación de hotel, hasta que finalmente deduje que pertenecían al complejo turístico donde me había alojado.

Mi hermana me había dicho que podría ser Graciela buscándome, pero no quería alimentar falsas esperanzas. Solo que esa vez, la llamada finalmente se produjo a una hora en la que no estaba demasiado ocupado.

—¿Graciela? —me arriesgué al contestar.

—¡¿Eros?! —Su voz sonaba llorosa al otro lado de la línea.

—Hola. —Me senté en la cama y esbocé una sonrisa—. Estaba pensando en ti. —Me sentí cursi después de decirlo, pero se me escapó antes de que pudiera contenerme.

—¡Socorro!

—¿Qué pasa? —Me angustió su grito desesperado.

—Necesito ayuda.

—¿Qué está pasando?

—Han matado a mi hermano. He escapado por la ventana y he huido. Llevo más de un mes intentando ponerme en contacto contigo y no sabía si me atenderías.

—¿Entonces las llamadas eran tuyas?

—Sí. Ya me sabía el número de memoria de tanto llamar.

—¡Tranquila! Cuéntame qué ha pasado.

—Unos hombres irrumpieron en mi casa, mataron a Miguel y yo... Yo... Estoy embarazada...

Me soltó esa bomba y, de repente, se cortó la llamada, como si fuera una película de terror, y yo me quedé completamente aterrorizado.

—¡¿Graciela?!

Volví a llamar al mismo número y fue angustiante hasta que ella contestó.

—¿Eros?

—¿Por qué colgaste?

—Tenía una tarjeta y se me acabó el saldo.

—¿Qué es eso de que estás embarazada?

—No usamos condón en el mar.

—Me acuerdo, pero...

—No tenía a quién recurrir, tenía miedo de que le hicieran daño a María...

—Tranquilo, ¿qué pasó?



GRACIELA

Capítulo veintiocho

Apreté el teléfono público entre mis dedos mientras temblaba. No podía dejar de llorar. Escuchar por fin la voz de Eros debería haber sido reconfortante, pero él estaba demasiado lejos y nunca me había sentido tan terriblemente sola.

—Tranquila, ¿qué ha pasado?

—Miguel... —sollocé mientras las imágenes volvían terriblemente a mi mente como si estuviera viviendo todo de nuevo.

Estábamos en casa, después de volver del trabajo. Con el paso del tiempo, y tras mis intentos fallidos de contactar a Eros, mi hermano dejó de discutir conmigo y simplemente aceptó que el bebé que yo esperaba no tendría padre.

Era molesto la mayor parte del tiempo, pero también siempre se preocupaba por mí. A pesar de su forma asfixiante de hacerlo, Miguel lo intentaba.

Entré a nuestro pequeño baño después de un día agotador; solo quería darme una ducha para relajarme. Salí del baño y di un paso hacia la sala, pero me detuve al ver tres sombras reflejadas en la pared verdosa por el paso de los años. No avancé; me quedé inmóvil en el pasillo, en un ángulo desde el que ellos no podían verme.

—¿Dónde está nuestro dinero?

—No lo sé. —La voz de Miguel estaba tensa y me puso nerviosa.

—¿Has intentado robarnos, desgraciado?

—¿Por qué yo y no otro?

—Eres el único extraño del grupo.

—Ya te he dicho que no sé dónde está.

—Nos está mintiendo. —Oí una segunda voz que se unía a la primera y hacía que el ambiente fuera aún más aterrador.

—¿De verdad creen que si tuviera todo ese dinero seguiría viviendo en esta pocilga? —Miguel los provocó, lo que parecía una pésima idea.

—Eres más listo de lo que pensábamos.

—O más tonto... —El murmullo de mi hermano no me tranquilizó en absoluto.

—Te lo voy a preguntar una vez más, ¿dónde está?

—¡No lo sé, maldita sea!

—Mata ya a este imbécil —animó el segundo.

¿Qué? No podían hacerle daño a mi hermano. Di un paso más hacia la puerta, lo suficiente para ver el cañón del arma apuntando a

Miguel. No podía ver a los otros hombres, ni ellos a mí, pero él me vio y solo negó con la cabeza para que me quedara donde estaba.

—Miguel... —murmuré en voz baja mientras una lágrima resbalaba por mi mejilla.

—Ya te he dicho que no lo sé. ¡Ahora salgan de mi casa!

—Como no lo sabes, habrá una persona menos con quien compartir cuando encuentre lo que me han robado.

—Solo déjenme en paz.

Le acercaron el cañón del arma contra la cabeza a mi hermano y él se mantuvo firme. Por un momento pensé que no iban a disparar. ¿Quién sería tan cruel como para matarlo de esa manera? Sin embargo, pronto el disparo me ensordeció y la sangre salpicó la pared y una gota cayó en el suelo a unos centímetros de mi pie.

Mi cuerpo siguió al de mi hermano y caí de rodillas. Las lágrimas brotaron incontrolables y deseé estar soñando.

—Vamos a registrar la casa para ver si encontramos algo.

Vi a los hombres caminando hacia mí y me apresuré a levantarme. No tenía ni idea de por qué habían matado a mi hermano, pero mis instintos de supervivencia no querían que me pasara lo mismo.

Me levanté y salí corriendo hacia la habitación.

—Hay alguien más en la casa —dijo uno de ellos, y me di cuenta de que había notado el sonido de mis pasos.

Seguí corriendo hasta acercarme a la ventana. La abrí justo cuando aparecieron en la puerta de la habitación.

—¡Quédate quieta ahí!

Salté sin esperar otra orden y una bala pasó por encima de mi cabeza y alcanzó la pared de una casa enfrente. Empecé a correr, usando todo el aliento que cabía en mi pecho y esforzándome por

no caerme con mis chanclas gastadas. Vi a los hombres detrás mío y una de las balas alcanzó un poste no muy lejos.

Cada vez estaba más segura de que tendría el mismo destino que mi hermano mayor y eso me aterrorizaba.

Giré la cabeza y los vi detrás mío. Sentí un escalofrío recorrerme la espalda. Era el peor momento para mirar atrás.

No dejé de correr y ellos tampoco. Me persiguieron por las calles y callejones del pueblo. Entré en un callejón y me escondí detrás de un cubo de basura, porque me dolían mucho las piernas y ya no podía más.

Me abracé las rodillas e intenté contener los sollozos y el llanto para no desesperarme cuando vi que las sombras de los hombres se acercaban.

—Creo que la zorra se ha metido aquí.

—¿Y adónde ha ido? —Se acercaron más a mí y yo seguí escondida.

Oí el sonido de las sirenas y los hombres resoplaron.

—La policía viene tras nosotros.

—¡Maldición! ¿Y la mujer?

—Volveremos por ella más tarde, sino acabaremos siendo arrestados.

Salieron corriendo cuando el ruido de la patrulla se hizo aún más fuerte.

No pude respirar aliviada ni salir de detrás del contenedor de basura, porque tenía miedo de que me pillaran. Pasé mucho tiempo allí agachada, hasta que me empezaron a doler las rodillas y el olor de la basura me revolvió el estómago. Con el embarazo, fue prácticamente un milagro no haber vomitado antes, pero en ese momento de adrenalina, incluso esos impulsos quedaron relegados.

Salí de allí con dificultad y volví a correr en dirección opuesta a mi casa, porque sabía que sería el primer lugar donde me buscarían, pero no llevaba nada conmigo, excepto la ropa que llevaba puesta.

Seguí corriendo hasta que encontré un bar. Mi estado llamó la atención del dueño, que me ofreció un poco de agua y un lugar para sentarme, pero sentí que no podía quedarme allí mucho tiempo.

Me preguntó si necesitaba llamar a alguien y acepté la tarjeta telefónica que me había dado, pero solo me quedé el tiempo suficiente para poder volver a correr.

Mi primera opción para pedir ayuda era María, pero me daba miedo que fueran a buscar a mi mejor amiga y le pasara algo. Entonces intenté, esperando un milagro, llamar a Eros de nuevo.

—¿Graciela? —Eros me llamó al otro lado de la línea, recordándome que estábamos hablando, y volví a romper en llantos —. ¿Dónde estás?

—A unos tres barrios de donde vivo.

—¿Puedes contactar a la policía?

—No sé si debo...

—Tienes que ir a un lugar seguro.

—No puedo volver a casa.

—No lo hagas. Una comisaría puede ser un lugar seguro hasta que yo llegue allí.

—¿Vas a venir aquí?

—Sí.

Cuando le oí decir eso, sentí un enorme alivio y, al mismo tiempo, una gran incredulidad. Podría seguir estando dentro de la pesadilla y simplemente no conseguir despertar. Creer que Miguel estaba muerto era difícil y muy doloroso.

—Ve a una comisaría y busca un lugar seguro.

—Ok...

—¿Graciela?

—¿Sí?

—¿Es cierto lo que has dicho, realmente estás embarazada de mí?

—Sí. No quería contarlo así, pero estoy tan desesperada que simplemente se me escapó... —No pude controlar el llanto y pronto me estaba derrumbando en lágrimas de nuevo.

—Tranquila, por favor, tranquila. Todo va a salir bien.

—Y si me pillan...

—¿Llevas tus documentos?

—No, solo la ropa que llevo puesta.

—Necesito que me prometas que encontrarás un lugar seguro hasta que yo llegue. —La voz de Eros al otro lado de la línea también era angustiante y, mientras yo lloraba, solo lo desesperaba aún más.

—Lo intentaré.

—Necesito que estés bien.

—Está bien.

—¿Puedes seguir hablando conmigo y salir de ahí?

—No, estoy en un teléfono público.

—Busca refugio y llámame a cobro revertido en cuanto puedas.

—De acuerdo. Ven pronto...

—Iré.

Fue muy difícil, pero logré colgar. No podía quedarme allí mucho tiempo y temía que los delincuentes siguieran

persiguiéndome. Por mí y por mi bebé, tenía que seguir adelante.

Hice lo que me dijo Eros y decidí refugiarme en una comisaría. Necesitaba ayuda y quizá contar lo que había pasado a los hombres de la ley me garantizaría la seguridad y ellos detendrían a los responsables de lo que le había pasado a Miguel.

Me levanté aún tambaleante y, aunque tenía hambre y estaba cansada, seguí caminando. Lo peor era que no tenía ni idea de dónde estaba la comisaría más cercana.



Capítulo veintinueve

Tomé ropa y efectos personales y los metí en la maleta sin molestarme en doblarlos adecuadamente. Solo necesitaba salir lo antes posible. Como era de madrugada, solo dejé un mensaje a mi hermana y otro a mi secretaria. Los verían al día siguiente.

Amber tendría que reprogramar algunos de mis compromisos, pero esperaba volver pronto.

La llamada que había recibido de madrugada era una locura y, si no tuviera el registro en mi móvil, pensaría que había sido una pesadilla. La mujer con la que me había involucrado en otro país no solo estaba esperando un hijo, sino que se había metido en un lío enorme que ponía en peligro su vida.

Llegué al aeropuerto menos de una hora después de recibir la llamada, pero el vuelo más corto a Punta Cana no salía hasta dentro

de tres horas y me vi obligado a esperar. Desde luego, no era algo que pudiera hacer en ese momento.

Evelyn:

¿Cómo que te vas al Caribe?

Eros:

Graciela me llamó.

Evelyn:

Sabía que la echabas de menos, pero no hace falta que te vayas así, de madrugada. Puedes planificar el viaje. ¿Has pensado en traerla aquí? No sé qué opinará ella al respecto, pero Toronto tiene muchos más recursos.

Eros:

Han matado a su hermano y Graciela está sola y desesperada.

Evelyn:

¿Qué?

Mi hermana intentó llamarme, pero no contesté la llamada, pensé que era mejor no hablar en voz alta de lo que estaba pasando, porque, aunque fuera de madrugada, había varias personas a mi alrededor.

Evelyn:

¡Contéstame!

Eros:

Ahora no.

Evelyn:

¿Qué es eso de que han matado a su hermano?

Eros:

Aún no sé muy bien qué pasó.

Evelyn:

Tienes que llamar a la policía y no tomar un avión para ir en busca del peligro.

Te quiero mucho, hermano. Apoyo tus decisiones, pero no quiero que vayas allí bajo ningún concepto. ¿Qué les diré a nuestros padres si te hacen daño o algo peor?

Eros:

Tengo que ir.

Evelyn:

Déjame recordarte, príncipe azul, que no eres Superman.

Eros:

Ella me necesita ahora.

Graciela está embarazada.

Evelyn:

¡No lo puedo creer! Me despierto de madrugada solo para ver la hora y mi hermano me envía todas estas bombas. ¿Estás seguro de que ese bebé es tuyo?

Eros:

Tuvimos relaciones sexuales una vez sin condón.

Evelyn:

¿Solo una vez?

Eros:

Es una posibilidad.

Evelyn:

No puedes correr ese riesgo por un polvo.

Eros:

¡Ella necesita ayuda!

Evelyn:

Pensemos con calma antes de que cometas una locura.

Eros:

¿Y dejar que muera?

Evelyn:

No voy a convencerte de que te quedes, ¿verdad?

Eros:

No.

Evelyn:

Ay, mi hermano y su gran corazón...

Si no voy a conseguir que cambies de opinión, llamaré a algunas empresas de seguridad y contrataré a unos tipos para que te acompañen. Así estarás un poco más seguro.

Eros:

¡De acuerdo!

Pídeles que me encuentren en el aeropuerto.

Evelyn:

¿A qué hora prevés llegar?

Eros:

A las ocho de la mañana.

Evelyn:

Veré qué puedo hacer.

Eros:

Gracias, hermana.

Evelyn:

Manténme informada. Si no, me volveré loca.

Eros:

De acuerdo.

Evelyn:

Ahora voy a llamar a las empresas y te diré qué he conseguido.

Eros:

Gracias.

Guardé mi móvil después de terminar la conversación con mi hermana y volví a mirar la información de mi vuelo en el panel. En ese momento, la idea de ella de comprar un jet privado no me pareció tan descabellada. Si tuviera mi propio avión, no estaría a merced de los vuelos comerciales.

Estaba ansioso y muy preocupado por Graciela. Saber que iba a ser padre era una noticia que volvería loco a cualquiera, y en aquellas circunstancias era aún peor.



GRACIELA

Capítulo treinta

—Deje de llorar, señorita. —Un policía de una comisaría abierta las veinticuatro horas se acercó a mí y me entregó un vaso con agua.

Todavía temblaba y sollozaba, dominada por el pánico que me consumía. Solo podía decir la frase *«han matado a mi hermano»,* sin más explicación, y los policías seguían sin entender.

Solo quería poder quedarme en ese taburete bajo su protección hasta que llegara Eros. Si es que realmente iba a venir.

Tomé unos sorbos de agua, pero me temblaba tanto la mano que solo conseguí mojarme.

—Gracias. —Le devolví el vaso al policía.

—¿Ahora puede contarme lo que pasó? —Se acomodó en la silla a mi lado mientras me analizaba.

—Han matado a mi hermano. —Solo con decir eso sentí unas ganas enormes de volver a llorar y no pude contenerme.

El policía fue muy amable y se acercó a la mesa de recepción para traerme una caja de pañuelos de papel.

Me sequé los ojos y volví a mirarlo.

—¿Quién mató a su hermano, señorita?

—No lo sé.

—¿Cuando llegó ya estaba muerto o vio algo?

—Lo vi —sollocé.

—Tranquila, respira. ¿Me lo puede contar?

—Eran dos... Dos hombres... —Me costaba mucho hablar sin tartamudear—. Entraron en la habitación y empezaron a gritarle a Miguel.

—¿Qué dijeron?

—Preguntaron dónde estaba el dinero...

—¿Qué dinero?

—No lo sé.

—¿Su hermano estaba involucrado en algún tipo de actividad delictiva?

—¡No! —Salté de la silla al responder demasiado rápido—. Miguel era una buena persona.

—Este tipo de cosas no le pasan a quien no las busca.

—Lo digo en serio. Mi hermano siempre ha sido muy trabajador. Cuando nuestros padres murieron, tuvo que cuidar de mí él solo. Buscamos trabajo en uno de los complejos turísticos para poder mantenernos.

—¿Entonces no sabe el motivo?

Negué con la cabeza.

—¿Puede llevarme al lugar donde asesinaron a su hermano?

—¡No! ¡No! —Me abracé las rodillas—. Me quedaré aquí. Me perseguían y volverán a por mí.

—Puedo pedir que otro policía nos acompañe.

—Estaban armados.

—Tranquila, señorita, así no puedo ayudarla.

—Déjeme quedarme aquí.

—No puede quedarse aquí.

—También intentarán matarme a mí.

—Necesita ayudarme para que yo pueda ayudarla.

—Solo déjeme quedarme. —Volví a derrumbarme en lágrimas de miedo y desesperación.

—Sácala de aquí —murmuró otro policía—. Seguro que miente solo para tener un lugar donde dormir.

—¡Tranquilo, Julian! —Se giró hacia el otro en tono recriminatorio—. Está asustada, y pasar por un trauma así es muy difícil.

—O solo es una vagabunda que no tiene dónde pasar la noche —murmuró mientras se adentraba en la comisaría.

—No se preocupe por él. Es un idiota la mayor parte del tiempo.

—Le agradezco su amabilidad conmigo.

—Graciela, ¿no?

Asentí al confirmar mi nombre.

—¿Quiere un poco más de agua?

—Ahora no, pero ¿puedo usar su teléfono? —Señalé un aparato que estaba sobre la mesa de la recepción.

—¿A quién va a llamar?

—A mi... mi... —No sabía cómo llamar a Eros.

—¿Novio?

—Sí. —Me parecía más difícil explicar la loca situación en la que me había metido.

—Puedes, pero no tardes mucho.

Me levanté y fui al teléfono. Ya había intentado llamar a Eros tantas veces que había grabado en mi memoria el número de su móvil. Tenía miedo de no poder hacer la llamada desde ese teléfono, pero, afortunadamente, empezó a sonar.

—¡Graciela! —Contestó enseguida.

—¡Eros!

—¿Dónde estás? —Su voz sonaba tensa al otro lado de la línea.

—En una comisaría, como me sugeriste.

—¡Qué bien! Voy a tomar el avión ahora mismo. Aguanta unas horas más, que ya voy para allá.

—Gracias.

No pude decir mucho más, porque se cortó la llamada.

—¡Maldición! —murmuré en voz baja.

—¿Qué pasa? —me preguntó el policía.

—Se ha cortado —Me giré para volver a mirarlo.

—Mire, realmente quiero ayudarla, pero para eso necesito entender mejor este crimen. ¿Puede llevarme a su casa?

—¿De verdad tengo que ir? —Crucé los brazos delante del cuerpo, abrazándome a mí misma por estar muy tensa.

—¿Tiene miedo?

—Mucho.

Se acercó a la mesa, tomó un bloc de notas y un bolígrafo.

—Escríbame aquí su dirección y enviaré una unidad para comprobar el lugar.

—¿Entonces puedo quedarme aquí?

—Sí.

Tomé el bloc de sus manos y empecé a escribir mi dirección, devolviéndoselo en cuanto terminé.

—Se la pasaré a quien esté patrullando. Puede seguir esperando en la silla.

Solo quería poder estar a salvo allí, por muy incómoda y vergonzosa que me sintiera.



Capítulo treinta y uno

Me sentía un poco más tranquilo sabiendo que Graciela estaba esperando en una comisaría. Hasta que yo llegara, los policías podrían hacer su trabajo de protegerla, o al menos eso esperaba.

Solo deseaba que el avión volara más rápido, porque las horas que me separaban de mi destino me parecían interminables.

No tenía ninguna certeza de que el bebé fuera mío, ni era responsable de lo que le pasara a Graciela. Mi hermana me lo repetiría cien veces, pero aun así no me eximía de la necesidad que tenía de ir.

Pudo haber sido solo una relación de unos pocos días, pero fue memorable, y simplemente estuvo allí para mí cuando más necesitaba sentirla.

En cuanto aterrizó el avión, me apresuré a ser uno de los primeros en bajar, casi atropellando a los demás pasajeros. Estaba en la zona de desembarque, empujando mi maleta de mano, cuando volví a llamar al último número con el que habíamos hablado.

Tardó un rato en contestar alguien. La voz del hombre no era exactamente la que esperaba.

—¿Quién es? —preguntó, un poco malhumorado.

—Quiero hablar con Graciela, ¿sigue ahí?

—Ah, usted debe de ser el novio.

Yo no me daría ese título, pero bueno.

—¿Puedo hablar con ella?

—Voy a llamarla.

—¡Oh, qué genial!

Esperé un rato hasta que finalmente escuché su voz.

—¡¿Eros?!

—¡Hola, Graciela! —Solté un largo y profundo suspiro de alivio.

—¿Has llegado?

—Sí, estoy en el aeropuerto, necesito la dirección de la comisaría donde estás.

—Te la voy a dar. ¿Puedes anotarla ahora?

—Sí. —Puse el teléfono en modo manos libres y lo alejé de mi oído para que ella me diera la información mientras la anotaba en el bloc de notas—. ¡Listo!

—¿Vas a venir aquí ahora?

—Sí. ¿Estás bien?

—La policía fue a mi casa y encontró el cuerpo de mi hermano. —Su voz cambió de tono y me di cuenta de que había vuelto a llorar.

—Lo siento mucho.

—Ahora quieren que dé mi declaración.

—Tienes que contarles lo que pasó. Describe a los hombres que viste para que puedan encontrarlos.

—Es muy difícil.

—Tienes que esforzarte, pero todo irá bien.

—Espero que sí.

—Ahora mismo voy. ¿Conoces a algún abogado?

—No.

—Pensaré en cómo conseguir uno.

—Muchas gracias por venir, Eros.

—De nada. Quédate ahí, ya voy.

—De acuerdo.

Colgué el teléfono y continué hasta el final de la zona de desembarque. En cuanto pasé por las puertas automáticas, vi a un tipo sosteniendo un cartel con mi nombre. Me extrañó, pero me acerqué de todos modos.

—¿Señor Bianchi?

—Soy yo. —Examiné al hombre truculento con un tatuaje de escorpión en la nuca que lo hacía parecer aún más desagradable—. ¿Quién eres tú?

—Soy Afonso, el responsable del equipo de seguridad. Su hermana nos llamó y nos pidió que viniéramos a buscarlo al aeropuerto.

—¡Ah, claro! Gracias por venir.

—¿Sabe lo que ha pasado? —Me hizo un gesto para que siguiera caminando y se adelantó, con los otros hombres detrás mío.

Por mucho que mi agencia estuviera ganando cada vez más dinero, no estaba acostumbrado a ir acompañado de guardias de seguridad y no dejaba de resultarme incómodo.

—Unos delincuentes mataron al hermano de Graciela e intentaron hacer lo mismo con ella, pero no sé exactamente por qué —le conté.

—¿La policía está investigando el caso?

—Sí. Vamos a reunirnos con ella en la comisaría.

Llegamos a la zona exterior, donde circulaban los más diversos vehículos por la vía. Estaba a punto de levantar la mano y pedir un taxi, cuando Afonso señaló un SUV negro que estaba aparcado al otro lado de la calle.

—Vamos en ese coche.

—De acuerdo.

—¿Tiene la dirección de la comisaría donde está?

—Sí —le repetí la información que había memorizado y su intercambio de miradas con los otros hombres me hizo entender que conocían el destino.

Uno de ellos tomó mi equipaje y lo puso en el maletero, me acomodé en el asiento trasero y pronto todos estaban dentro del coche, yendo al encuentro de Graciela.

Por mucho que me alegrara volver a aquella ciudad después de los días que había pasado allí, no estaba precisamente planeando que fuera una misión de rescate que pudiera cambiar toda mi vida, poniéndola patas arriba.

Todavía estaba el tema del embarazo...

No podía creer que Graciela estuviera embarazada. Definitivamente, mi vida amorosa no quería tomarse un respiro después de la traición de Violet. Quería ser feliz, pero era difícil

luchar contra la angustia en medio de todo. Necesitaría un tiempo para asimilar esa sensación y simplemente respirar.

Atravesar esa ciudad era completamente diferente a Toronto y, sin el aire acondicionado encendido, ya estaba sudando. Ni siquiera recordaba que hiciera tanto calor.

—¿Está bien, señor? —preguntó Afonso.

—Solo estoy sudando un poco.

—Voy a encender el aire.

—Gracias.

Seguí mirando por la ventana hasta que me di cuenta de que nos habíamos acercado a una comisaría. En cuanto aparcamos en la puerta, tuve que esperar a que uno de los guardias de seguridad bajara antes de salir.

Me dirigí a la entrada del lugar, pero no fui solo. Me acompañaron; uno de ellos entró, pero el resto se quedó fuera, observándome para garantizar mi seguridad. No tenía ni idea de lo que Evelyn les había dicho, pero no creí que debiera preocuparme por eso en ese momento.

—¿Qué necesita? —Un policía se acercó a mí.

—Estoy buscando a Graciela.

—Eros... —Oí su voz y moví la cabeza, buscándola con la mirada hasta que la vi levantarse de una silla y correr hacia mí.

—¡Graciela! —La abracé y ella hundió la cabeza en mi pecho, entregándose a las lágrimas, lo que me apretó aún más el corazón.

—¡Has venido de verdad!

—Sí, he venido.

—Tenía miedo de que no... —Me apretó la cintura con toda la fuerza que pudo, dejándome un poco sin aire, pero dada la situación, no me importó en absoluto.

—Shhh, ahora estoy aquí...

—Tengo tanto miedo. —No dejaba de llorar y parecía difícil convencerla de que lo hiciera, pero me pregunté cómo reaccionaría si Evelyn fuera asesinada delante mío.

—Todo va a salir bien. —No podía prometerle eso, pero no se me ocurría otra forma de consolarla—. ¿Ya has prestado declaración?

—Sí.

—¿Tienes que seguir aquí?

—Creo que no. —Se aferró a mí.

—Está libre —añadió el policía—, pero no puede salir de la ciudad hasta que se cierre la investigación, es la principal testigo del crimen.

—¿No puedo llevármela a Toronto conmigo?

—Por ahora no.

Suspiré en voz baja al darme cuenta de que la situación sería mucho más complicada de lo que imaginaba. No podía simplemente irme y dejarla allí, y también sería muy difícil quedarme sin saber cuándo volvería.

—Vamos a un hotel, allí podrás descansar mejor. —Le puse la mano en la cintura para intentar llevarla hacia la salida.

—Necesito que me informen la dirección cuando decidan dónde se van a quedar —dijo el policía antes de que saliéramos de la comisaría y yo solo asentí.

—¿Quiénes son esos hombres? —Graciela se asustó aún más cuando vio a los tipos de mal aspecto que nos esperaban fuera de la comisaría.

—Van a garantizar nuestra seguridad, mi hermana los contrató.

—¿Es necesario?

—Sí. No sé con quién estamos lidiando ni si volverán a ir tras de ti.

—Tienes razón. ¡Gracias! —Me volvió a abrazar.

Graciela estaba tan traumatizada que cada vez estaba más convencido de que la decisión de ir allí era la más acertada. Ella me necesitaba y yo no podía abandonarla, sobre todo esperando un hijo mío.

—Llévanos a un hotel cómodo —le indiqué a Afonso mientras me acomodaba con Graciela en el asiento trasero, junto a uno de los hombres.

—Déjelo en mis manos, señor.

Ella seguía aferrada a mi pecho. Había dejado de llorar, pero aún temblaba.

Le acaricié el pelo e intenté que se sintiera mejor, por mucho que no pareciera nada fácil dada la situación.

—¿Tienes hambre?

Ella negó con la cabeza.

—¿Comiste algo en la comisaría?

—No.

—¿Cuándo comiste por última vez?

—No lo sé, antes de que mataran a Miguel.

—En el hotel tienes que descansar un poco y comer algo.

Ella asintió, acurrucada contra mí. No quería que Graciela se desmayara, pero también debía de ser difícil para ella pensar en comer con todo lo que estaba pasando. Solo que no podía dejar que se olvidara de que estaba embarazada y de que el bebé también necesitaba nutrientes.

Entramos con el coche en el aparcamiento de uno de los muchos hoteles de lujo que había en la ciudad. Ese estaba un poco

más alejado de la playa y supuse que los guardias de seguridad creían que era más seguro.

Dejé a los tres hombres vigilando a Graciela mientras yo iba a la recepción y hacía el check-in para que me dieran la llave de una habitación. Aproveché para pedir que le sirvieran una buena comida.

—¿Vamos a la habitación? —Le tendí la mano.

Ella asintió y entrelazó sus dedos sudorosos con los míos.

—Pueden quedarse en la habitación de al lado. —Les entregué la llave a los guardias de seguridad, que solo asintieron con la cabeza.

Fuimos al ascensor y subimos juntos. Graciela seguía con la cabeza gacha y sollozando, el trauma había sido grande y no había nada que yo pudiera hacer para liberarla de él.

Entramos en la habitación y cerré la puerta con llave.

—Aquí estarás a salvo. Pedí que trajeran comida. Mientras esperas a que llegue, puedes darte una ducha.

—No tengo nada para vestirme —dijo frotándose las manos—. Solo la ropa que llevo puesta.

—Debe haber batas en el baño. Puedes usar una de ellas, luego podemos volver a tu casa a buscar ropa y tus documentos.

—Tengo miedo de volver allí. —Una lágrima le resbaló por la mejilla y me encogió el corazón.

—Tranquila. —La volví a abrazar, tratando de consolarla—. Se lo pediré a uno de los guardias de seguridad. ¿Hay algo especial que quieras que te traiga?

—Mi móvil, si lo encuentran.

—De acuerdo. Todo va a salir bien. —Le besé en la frente.

—Gracias por estar aquí, Eros. —Graciela me abrazó con más fuerza y yo no dije nada más. Me resultaba complicado expresarme

en ese momento, pero no podía dejarla sola en una situación tan delicada.

—Anótame tu dirección y ve a darte una ducha.

Ella asintió, finalmente soltándose de mí, tomó el bloc con el bolígrafo de la mesita, garabateó la dirección y se fue al baño. En cuanto oí el sonido de la ducha, tomé el papel y llamé a la puerta de la habitación de al lado para pedir a uno de los guardias de seguridad que fuera a casa de Graciela y trajera el móvil, la ropa, los documentos y cualquier otra pertenencia personal que encontrara. Solo esperaba que la policía no montara un escándalo por la investigación.

Cuando uno de ellos salió, volví a la habitación y aún la oía duchándose. Me senté en uno de los sillones y tomé mi móvil. Estaba lleno de mensajes y llamadas perdidas de mi hermana. La había ignorado desde que había llegado y no era de extrañar que estuviera desesperada y preocupada.

Evelyn:

Espero ser tu principal heredera, porque si mueres al menos me quedaré con tus bienes.

¿Me puedes responder, Eros?

Cuando mamá dice que eres un embaucador, empiezo a pensar que es verdad.

¡Eros!

¿Te has muerto?

Eros:

Perdona la demora.

Evelyn:

Ya estaba pensando que tendría que ir allí para organizar tu funeral.

Eros:

No seas exagerada.

Evelyn:

¿Exagerada? ¿Desapareces después de todo lo que ha pasado y no quieres que reaccione así?

Eros:

Lo siento.

Evelyn:

¿Dónde está ella?

Eros:

Dándose un baño.

Fue un susto tremendo. No puede dejar de llorar cada vez que lo recuerda. Me destroza mirarla y pensar que no puedo hacer gran cosa.

Evelyn:

Fuiste tras ella, creo que hiciste más de lo que debías.

Eros:

No me regañes ahora.

Evelyn:

Solo estoy preocupada por ti.

Eros:

Estoy bien.

Evelyn:

¡Qué bien! Porque iba a resucitarte solo para volver a matarte.

¿Te encontraste con los guardias de seguridad de los que te hablé?

Eros:

Están en el hotel conmigo.

Evelyn:

Por favor, no te alejes de ellos por nada del mundo.

Eros:

Tendré cuidado, no te preocupes.

Evelyn:

Cuento con ello.

Eros:

Ahora la vigilaré.

Evelyn:

Manténme informada.

Eros:

No te preocupes.

Oí que llamaban a la puerta y me levanté para ver quién era. Por suerte, el servicio de habitaciones no tardó en traer la comida. Aunque había comido en el avión, Graciela no era la única que necesitaba comer.

—Puede dejar el carrito aquí, cerca de la mesa.

El hombre asintió, siguió mis instrucciones y luego salió de la habitación, poco antes de que Graciela saliera del baño con uno de las batas que proporcionaba el hotel.

—Siéntate aquí. —Tiré de una de las sillas y le indiqué que se acercara—. Come algo.

—Gracias.

Me senté a su lado y tomé uno de los panecillos.

Había salido de mi país y tomado el primer avión a otro solo para rescatar a una mujer con la que había estado involucrado durante unos días. Si no estuviera viviendo esa loca situación, probablemente no lo creería si alguien me lo contara.

—Toma un poco de zumo.

Graciela aceptó el vaso que le ofrecí.

Conseguí comer un poco antes de que mi móvil volviera a sonar. Pensé que podría ser mi hermana o alguno de los guardias de seguridad, pero me sorprendió mi secretaria.

—¿Amber?

—Señor, ¿por qué quiere que cancele todas sus citas? Hoy tiene una reunión muy importante con uno de los clientes en la que es imprescindible que participe. Vamos a cerrar el plan de marketing y las acciones para el próximo año.

—Estoy fuera del país.

—¿Fuera? —Pareció sorprenderse al otro lado de la línea.

—He tenido que viajar para resolver un asunto de vida o muerte. Pide al equipo que me envíe la presentación por correo electrónico y dile al cliente que nuestra reunión será por videoconferencia.

—¿Necesita ayuda?

—Yo me encargaré de todo aquí. Solo ocúpate de la agencia por mí. ¿Puedo contar contigo?

—Claro.

—Gracias. Envíame un mensaje cuando tengas la cita con el cliente y programa al equipo para que podamos hacerlo por videoconferencia.

—Déjelo en mis manos.

Le di las gracias a mi secretaria antes de colgar.

En cuanto dejé el móvil sobre la mesa, moví la cabeza y encontré la mirada de Graciela dirigida hacia mí.

—No quería entrometerme en tu vida.

Puse mi mano sobre la suya, haciendo que me mirara aún más profundamente.

—No es culpa tuya.

—Lo sé, pero... —Sollozó, volviendo a llorar.

—Todo va a salir bien. —Le acaricié la mejilla con el pulgar.

—Miguel ha muerto.

—Lo siento mucho y lamento aún más no poder hacer nada, pero ahora estoy aquí y voy a cuidar de ti.

—No sé cómo agradecerte por haber venido.

—Solo ponte bien. —Tomé una tostada de la cesta y se la acerqué a la boca. Graciela separó los labios y masticó el alimento que le serví.

—¿Y tu trabajo?

—Me las arreglaré como pueda por aquí hasta que la policía me permita llevarte conmigo a Canadá.

—¿Ir contigo? —Abrió mucho sus ojos marrones.

—No puedo quedarme aquí para siempre. —Apreté un poco más mi mano sobre la suya—. Tengo a mi hermana, a mis padres y a mi empresa en Canadá.

—Lo sé... —Bajó la cabeza y se quedó mirando un montón de servilletas que había en el carrito.

—¿No quieres ir?

—No es eso... —Graciela volvió a mirarme.

—Entonces, ¿qué pasa?

—Nunca imaginé tener que dejarlo todo y empezar una nueva vida en otro lugar. He perdido a Miguel, pero aún tengo algunos amigos y mi trabajo en el resort.

—Imagino que te debe dar miedo. Este lugar es precioso y admito que Canadá es mucho más frío y gris, pero allí puedo ofrecerte muchos más recursos. También lo hago por nuestro bebé.

Decir eso me hizo recordar una de las razones por las que había corrido tan desesperadamente hacia allí.

—Tienes razón.

Volví a acariciar su rostro y le di un beso en la frente.

—Gracias, Eros.

—¿Cómo te sientes ahora? —Extendí mi mano y la puse sobre su vientre, que aún no daba señales del embarazo.

—Creo que con más hambre. —Ella se rió.

—Puedes comer todo lo que quieras.

Graciela acercó un cuenco con fruta y esperé a que masticara un poco más antes de volver a hacerle preguntas.

—¿Te has hecho algún test?

—Solo un análisis de sangre, para confirmar el embarazo.

—¿No te hiciste una ecografía ni te hiciste un seguimiento ginecológico?

Ella negó con la cabeza.

—Intenté pedir cita, pero la sanidad pública tiene una lista de espera muy larga.

—Supongo que podemos buscar una consulta privada.

—Sí.

—Tenemos que hacerlo lo antes posible.

—¿No es peligroso salir? Aunque sea para ir al hospital.

—Tenemos a los guardias de seguridad con nosotros y puedo conseguir más guardias si es necesario. Además, la policía está buscando a los hombres que mataron a tu hermano. Espero que los encuentren lo antes posible.

—Yo también.

Oímos llamar a la puerta y Graciela tragó saliva, retrocediendo contra el respaldo de la silla. El trauma ante el momento que había vivido era algo con lo que yo también tendría que tener mucho cuidado.

Quienquiera que fuera, volvió a llamar y me levanté para ver quién era. Solo abrí cuando estuve seguro de que se trataba de uno de los guardias de seguridad.

—Afonso.

—Tomé las cosas que estaban más a la vista y las metí en esta maleta. Los policías y los forenses acababan de marcharse y el lugar estaba lleno de curiosos. Me costó explicar lo que estaba haciendo allí.

—El cuerpo...

—Ya lo habían trasladado al depósito de cadáveres.

—Manténganse atentos. —Tomé la maleta de su mano.

—No se preocupe, señor. —Asintió con la cabeza, comprobó algo dentro de la habitación y luego se alejó, permitiéndome cerrar la puerta y volver al interior de la habitación para prestar atención a Graciela.

—Aquí están tus cosas. —Levanté la maleta para que ella la viera.

Graciela se levantó de la silla y vino corriendo a recoger sus pertenencias. Abrazó la maleta y se quedó así durante un rato, lo que me alegró al oír su suspiro de alivio.

—Voy a resolver algunos asuntos del trabajo y a prepararme para una reunión importante con un cliente, pero si necesitas algo, dímelo.

—Muchas gracias, Eros.

Me incliné para darle un beso en la frente y me alejé, yendo hacia mi mochila para tomar mi ordenador portátil.

Me senté en un rincón de un pequeño escritorio mientras dejaba que Graciela se sintiera un poco más cómoda con sus pertenencias.

Si para mí estaba siendo difícil, no quería ni pensar en cómo lo estaba viviendo ella. Solo quería estar a su lado y poder ayudarla lo mejor posible.



GRACIELA

Capítulo treinta y dos

Puse la pequeña maleta sobre la cama y encontré algunas prendas que solía usar más. Además de productos de higiene y ropa interior. Con lo que había allí podría cambiarme y estar un poco más cómoda.

Mi cuerpo y mi mente aún se sentían extraños, tenía la sensación de que algo terrible podía suceder en cualquier momento, mientras que todo lo que había vivido parecía una terrible pesadilla. Incluso estando en esa habitación de hotel con Eros, pensaba que podría abrir los ojos en cualquier momento y estar de vuelta en mi habitación, con mi hermano refunfuñando con la televisión por el partido de fútbol o en la cocina preparando nuestro desayuno.

Me invadía una terrible ganas de llorar cada vez que pensaba que nunca volvería a ver a Miguel. Lo más difícil de ese momento

era salir de la negación y aceptar que había muerto de verdad y que nunca volvería a verlo.

Revisé la maleta un poco más y encontré algunas baratijas, entre ellas un collar relicario con una foto nuestra que mi hermano me había regalado unos días antes. Lo enrollé entre mis dedos y lo abracé contra mi pecho.

Era el recuerdo más reciente que tenía de él y haría todo lo posible por conservarlo para siempre.

Volví a revolver en la maleta. Encontré mi bolso de mano y mis documentos más importantes. Como nunca se me había ocurrido salir del país, el pasaporte no estaba entre ellos. Si Eros realmente me llevara a Canadá, tendría que conseguir uno.

Busqué incansablemente, pero no encontré mi celular por ningún lado, lo que me inquietó y Eros se dio cuenta.

—¿Está todo bien? —Se giró en la silla para mirarme mejor.

—¿Dejaron mi móvil allá? —Estaba a punto de volcar toda la maleta sobre la cama solo para asegurarme.

—¿No está ahí?

Negué con la cabeza.

—¿Puedo llamar a la habitación donde están los guardias y preguntarles?

—Sí —dijo, señalando el teléfono para animarme.

Marqué el número que probablemente daría con la habitación de los guardias y esperé un poco hasta que una voz grave y masculina respondió al otro lado.

—¿Quién es?

—Graciela... —Me contuve para no tartamudear.

—¿En qué puedo ayudarla, señorita?

—¿Fue usted quien recogió mis cosas?

—Sí.

—¿No ha encontrado mi móvil?

—Busqué por toda la casa y no lo vi. El equipo forense que estuvo en el lugar tampoco lo encontró. Estaban buscando teléfonos móviles para ayudar con el caso.

—¿Ni el de mi hermano? —Me pareció extraño.

—No había ningún móvil en la casa.

—¿Por qué?

—La teoría de la policía es que los delincuentes responsables de la muerte de su hermano se lo llevaron para intentar encontrar algo.

Tragué saliva, reviviendo las terribles imágenes de la muerte de Miguel.

Contuve el llanto, pero creo que mis sollozos resonaron en la línea.

—¿Está todo bien? —preguntó el hombre, preocupado por mí.

—Sí.

—Tengo el número de teléfono de la policía y estoy siguiendo el caso.

—Le agradezco toda su ayuda.

Por más que estuviera completamente devastada por todo lo que estaba pasando, no podía dejar de pensar en lo afortunada que era en cierto modo. Si no hubiera conocido a Eros y él no se hubiera preocupado por mí, podría estar en una situación aún peor.

Perdida, sola, asustada... Posiblemente muerta...

Volví a temblar.

—¡Graciela! —Sentí los brazos de Eros envolviéndome y su cálido abrazo me llenó de la forma más reconfortante y

tranquilizadora del mundo.

—No sé cómo agradecértelo. —Me giré hacia su pecho, dejando que el teléfono se me resbalara de la mano y disolviéndome en lágrimas de nuevo.

—¡Eh! —Tomó el aparato y lo colgó antes de volver a apretarme contra su pecho, acurrucándome—. Estoy aquí.

—Y te lo agradezco mucho.

—No voy a alejarme más de ti. —Me besó en la coronilla y dejé de llorar, quedándome solo con los sollozos.

—Siento haberte interrumpido en tu trabajo.

—Por suerte, vivimos en una época en la que se puede resolver prácticamente todo por Internet.

—Sí...

—Túmbate en la cama, descansa un poco. Mientras tanto, yo voy a trabajar. Cuando te encuentres mejor, iremos al hospital para que te hagan una revisión.

—Estoy bien.

—Tenemos que ver cómo están los dos... —Bajó la mano y me tocó la barriga.

No estaba sola y recordar a mi bebé me provocó una nueva oleada de desesperación. Tenía que cuidar de él y también quería asegurarme de que todo estuviera bien.

—¿Los guardias de seguridad vienen con nosotros?

—Sí.

—De acuerdo. —Exhalé con fuerza, tratando de liberarme del horrible peso que parecía estar presionando mis pulmones con toda la fuerza del mundo.

—Descansa.

Salí de los brazos de Eros y me fui a la cama. Él se sentó de nuevo frente al ordenador y yo intenté dejarlo trabajar.

Tuve que contenerme para no dar vueltas en la cama. Me costó un poco conciliar el sueño, pero por suerte al fin lo logré, pues estaba inevitablemente agotada por todo lo sucedido.



Capítulo treinta y tres

Tuve reuniones con clientes, leí informes y envié solicitudes a algunos equipos, todo ello desde la habitación del hotel mientras observaba a Graciela dormir. Ella, más que nadie, merecía relajarse un poco.

Después de colgar una llamada con mi secretaria, en la que acordamos los pasos de la campaña de una destilería, mi móvil volvió a vibrar y vi un mensaje de mi hermana.

Evelyn:

Solo quiero saber cómo estás.

Nuestros padres también están preocupados.

Eros:

¿Les has contado lo que pasó?

Evelyn:

Solo que te fuiste de viaje por una mujer.

Eros:

¿Creen que he perdido la cabeza tras romper mi compromiso?

Evelyn:

Me pareció mejor que aún no supieran que tu nueva novia está embarazada y que es testigo del asesinato de su propio hermano.

Eros:

Omite eso por ahora.

Evelyn:

Lo sé.

¿Cuándo vuelves a Toronto?

Eros:

No lo sé.

Evelyn:

Tienes que volver pronto. Mueve los hilos, consigue un visado y tráela contigo cuanto antes.

Eros:

La policía quiere que se quede hasta que tengan más detalles sobre el crimen.

Evelyn:

¿Entonces tú también te vas a quedar?

Eros:

No puedo abandonarla en esta situación.

Evelyn:

Mi hermano siempre tiene un corazón enorme. Solo espero que no vuelvas a decepcionarte con las mujeres.

Eros:

¿Así es como me animas?

Evelyn:

Sabes que siempre estoy de tu lado.

Eros:

Lo sé.

Evelyn:

No te alejes de los guardias de seguridad, por favor.

Eros:

No te preocupes.

Evelyn:

Si hay algo que pueda hacer, avísame.

Eros:

Gracias, hermana.

Dejé de intercambiar mensajes con mi hermana menor y cerré la tapa de mi computadora portátil. Al día siguiente seguiría trabajando, pero en ese momento estaba preocupado por cuidar a Graciela y saber cómo iba el embarazo.

Me levanté y me acerqué a la cama, sentándome en el borde, me incliné sobre ella y le aparté el pelo que se le había acumulado en la cara. Acaricié suavemente sus angelicales rasgos hasta que abrió lentamente los ojos para mirarme.

—Eros... —Mi nombre salió tembloroso de sus gruesos labios.

—¿Has podido descansar?

—Un poco.

—Me quedo más tranquilo, necesitabas dormir.

—¿Y cómo te fue en el trabajo?

—Hice lo necesario, todo salió bien.

—Qué bien. —Se movió hasta sentarse en la cama e inclinó la cabeza para apoyarla en mi hombro.

—¿Vamos al hospital ahora?

—Tengo miedo. —Retorció mi camisa entre sus dedos delgados.

—Todo irá bien. Los guardias de seguridad vendrán con nosotros y lo vigilarán todo.

Se quedó mirándome durante unos interminables segundos, hasta que, finalmente, asintió con la cabeza.

Quería asegurarle que no tenía nada de qué preocuparse, que siempre estaría a salvo, pero no tenía ni idea de en qué me estaba metiendo.

—Voy a avisar a los guardias de seguridad y pedir algo para comer mientras nos preparamos para salir.

—Está bien.

Quería besarla en la boca, recordar el dulce sabor afrodisíaco de sus labios, pero no era el momento ni la ocasión para hacerlo. Graciela necesitaba tiempo para recuperarse del trauma y yo debía estar a su disposición para lo que fuera necesario.

Usé el teléfono para hacer las dos llamadas y luego recogí ropa limpia para darme una ducha. Estaba tan preocupado que apenas me había dado cuenta de mi propio agotamiento. Serían días difíciles

y necesitaba estar en plena forma si quería cuidar de ella y seguir dirigiendo mi empresa a distancia.

Dejé la puerta del baño abierta. Graciela ya me había visto desnudo suficientes veces como para quedarse embarazada y, de esa forma, podría estar alerta y acudir en su ayuda si pasaba algo.

Salí solo en calzoncillos y me cambié de ropa. Poco después oí que llamaban a la puerta y fui a abrir para recoger nuestra comida. Ya era media tarde, pero almorzaríamos antes de ir al hospital. Estaba acostumbrado a la mejor asistencia médica en Toronto, pero allí tendría que conformarme con lo que hubiera disponible. Solo esperaba que, incluso en medio de todo ese caos, el embarazo de Graciela estuviera transcurriendo según lo previsto.

¡Yo iba a ser padre!

Me costó un tiempo asimilarlo y el impacto fue grande. Por mucho que me sintiera preparado para la paternidad y soñara con tener una familia, no era exactamente en esos términos en los que lo había imaginado.

Tampoco había previsto que mi prometida me traicionaría con mi mejor amigo y echaría por tierra nuestra relación de esa manera. Ya era hora de empezar a aprender que la vida podía contrariarme incluso cuando pensaba que todo estaba bajo mi control.

—Ven a comer. —Le hice un gesto a Graciela para que se acercara a la mesa.

Se arregló el pelo y el dobladillo de la blusa antes de tirar de una silla y agarrar el plato que estaba en el carrito.

Soltó una risita que me llamó la atención y me hizo inclinarme hacia ella para mirarla mejor.

—¿Qué pasa?

—Normalmente soy yo quien sirve a la gente.

—Probablemente no volverás a ser camarera.

—¿No? —Levantó sus cejas negras.

—A menos que quieras.

—Entonces, ¿qué voy a hacer?

Su pregunta me dejó en un aprieto. Sabía que podía ofrecerle el mundo, pero no había pensado en eso.

—¿Has ido a la universidad?

—No. —Agarró el tenedor y enrolló un poco de tallarines con salsa blanca, se lo llevó a la boca y puso una expresión de satisfacción ante el sabor.

—¿Has pensado alguna vez qué estudiarías si tuvieras esa oportunidad?

—Medicina, quizá veterinaria...

—¿Te gustan los animales? —Me sorprendió una vez más.

—Miguel nunca ha sido muy fan, pero si pudiera me llevaría a todos los animales de la calle a casa. Sería muy bonito poder cuidar de ellos.

—Creo que puedes estudiar. Imagino que los primeros meses con el bebé serán difíciles, pero a medida que crezca, todo se irá adaptando.

Graciela me miró, sollozó y volvió a llorar.

—¡Eh! —Me acerqué a ella y le sostuve la cara—. ¿Qué pasa?

—Estoy feliz de tenerte aquí y, al mismo tiempo, estoy muy triste por lo que le pasó a Miguel. No quería perder a mi hermano, Eros.

—Lo sé. —Le acaricié la mejilla con el pulgar—. Creo que lo entiendo. Tendrás que acostumbrarte a la idea y supongo que no será nada fácil cambiar toda tu vida de la noche a la mañana. Lidiar con la ausencia de tu hermano y acostumbrarte al clima frío de

Toronto será muy complicado para ti, pero haré todo lo posible para que te resulte más fácil.

—Gracias. —Ella echó los brazos sobre mis hombros y yo la atraje hacia mí. Nos abrazamos durante un rato hasta que me aparté para volver a mirarla a los ojos.

Tenía un poco de salsa en la comisura de la boca y pasé el pulgar para limpiarla, pero no pude resistir mi impulso e incliné mi cabeza hacia ella. Nuestros labios se unieron e imaginé que ella me apartaría, pero, por el contrario, Graciela abrió la boca y dejó que mi lengua se encontrara con la suya.

El beso, que comenzó casto y delicado, fue adquiriendo notas de ferocidad. Mi deseo era atraerla hacia mi regazo, calentar su cuerpo con el mío, pero me esforcé por comportarme y solo le sostuve la cabeza con ambas manos y exploré cada rincón de su boca hasta que ambos nos quedamos sin aliento. Entonces me aparté.

—Lo siento. —Volví a acariciar su rostro.

—Quería que me besaras.

—¿Entonces estuvo bien?

Ella asintió con la cabeza.

—Termina de comer. —Señalé su plato y tomé el mío—. Vamos a un hospital o a una clínica para conseguirte una consulta.

—Está bien.

Me comí los fideos con un poco de zumo y luego salí de la habitación para llamar a los guardias de seguridad, que ya estaban listos, esperando solo mi orden para salir.

Fuimos al garaje del hotel, donde estaba el coche, y dejé que nos llevaran a una clínica en la que confiaban. Como vivían en la ciudad, confié en su criterio.

Nos detuvimos en la puerta y tomé la mano de Graciela para entrar en la recepción. Uno de los guardias de seguridad se sentó en la silla, vigilando el lugar, mientras los demás se quedaron fuera.

Me acerqué al mostrador y llamé la atención de la recepcionista, que parecía distraída con una carpeta de fichas. No debería sorprenderme que aún no hubieran implementado un sistema más digitalizado.

—¿En qué puedo ayudarles?

—Quisiera una consulta con un obstetra y una ecografía —dije, mientras la observaba a ella y al panel con comunicados y folletos que había detrás de ella.

—¿Está embarazada? —Se volvió hacia Graciela.

—Sí.

—Veré si alguna de nuestras doctoras puede atenderla. Por suerte, han llegado en un día tranquilo aquí en la clínica.

—Lo antes posible, por favor. —No solía ser un tipo arrogante ni muy grosero, pero los últimos acontecimientos habían agotado un poco mi paciencia.

—Sí, señor.

La recepcionista se quedó mirándome y, cuando me alejé, vi que tomó el teléfono para hacer una llamada. Definitivamente, yo no era de allí y esperaba que mi aspecto de extranjero me ayudara en ese momento.

Me senté con Graciela en la recepción y le tomé sus manos entre las mías. Solo quería que estuviera segura de que la protegería.

No sé cuánto tiempo pasó hasta que la recepcionista se levantó y se acercó directamente a nosotros.

—¿Pueden acompañarme, por favor?

Giré la cabeza hacia Graciela y ella asintió con un breve movimiento.

Miré rápidamente al guardia de seguridad, que me indicó que se quedaría vigilando, y seguimos a la recepcionista por un pequeño pasillo blanco hasta un consultorio. Dentro había una doctora que parecía tener poco más de cuarenta años.

—¡Buenas tardes! —Nos saludó con una sonrisa.

—Buenas tardes —respondí.

La recepcionista esperó a que entráramos antes de cerrar la puerta y salir al pasillo.

—Tiene un acento diferente. —La doctora se fijó en mi tono de voz.

—Soy canadiense.

—¡Ah!

—Siéntate —Acerqué una silla a su mesa y ayudé a Graciela a acomodarse.

La doctora se sentó detrás de la mesa y dejó de mirarme con curiosidad para centrar su atención en quien realmente era el motivo de la consulta. Por muy tensa que estuviera Graciela desde que nos habíamos reencontrado, creía que por fin estaba empezando a confiar en que estaría a salvo a mi lado.

—¿Entonces estás embarazada? —La doctora sacó el tema.

—Sí —respondió Graciela, colocando la mano sobre su vientre, como si ya pudiera sentir al bebé que se estaba formando allí.

Tenía que admitir que la noticia aún me caía como una bomba. Por mucho que supiera que era mi deber e incluso estuviera emocionado con la idea de ser padre, había llegado en un momento más que inoportuno.

—De unos dos meses —continuó Graciela en voz baja.

—¿Te has hecho alguna prueba?

—Solo un análisis de sangre para confirmarlo.

—¿Tomas alguna medicación de forma habitual?

Graciela negó con la cabeza.

—¿Bebes o fumas?

—Tampoco.

—Pareces una mujer muy sana, a pesar de tu aspecto asustado. La idea de ser madre realmente asusta cuando nos pilla por sorpresa, pero es muy probable que todo salga bien.

No era precisamente por el embarazo por lo que Graciela estaba tan asustada, pero ese era un detalle que no íbamos a contarle a la doctora.

En el fondo, solo esperaba que la policía la liberara pronto y yo pudiera llevarla conmigo a Canadá y mantenerla a salvo y cómoda en mi país.

Sabía que mis padres me dirían que estaba siendo precipitado, que estaba actuando demasiado rápido al comprometerme con otra mujer después de haber terminado un compromiso. Sin embargo, ya quería a Graciela antes de saber del embarazo y tener un hijo en camino me parecía una señal de que ella era la persona adecuada para mí.

—Quiero que le haga todas las pruebas necesarias —le dije a la doctora.

—Puede estar tranquilo, su novia está en buenas manos.

No le había puesto un nombre a nuestra relación, ni habíamos hablado de cómo íbamos a afrontar todo esto, pero «novia» debería servir por el momento.

—¿Puedo examinarte?

Graciela asintió.

Esperé mientras ella se cambiaba de ropa siguiendo las instrucciones médicas y se tumbaba en la camilla para que la obstetra la examinara. A pesar del susto que había sufrido y del trauma por la muerte de su hermano, parecía estar bien, pero quería estar seguro.

Me quedé junto a la camilla y le tomé la mano, atrayendo la mirada de Graciela hacia mí. Ella movió los labios en un *«gracias»* y yo le besé cariñosamente el dorso de la mano. Más que una obligación, sentía que no había otro lugar en el que debiera estar que no fuera a su lado.

—Parece estar bien —dijo la doctora, alejándose y quitándose los guantes de látex—. Voy a pedir un análisis de sangre y una ecografía que pueden hacer aquí mismo.

—Estupendo.

—Pero ya voy a recetarle algunas vitaminas que son importantes al principio del embarazo.

Después de entregarnos la receta, la doctora nos acompañó a la parte del laboratorio de la clínica. Primero le sacaron sangre a Graciela y luego nos dirigieron a otra doctora que le haría la primera ecografía.

Ella volvió a la camilla mientras hablábamos con la otra doctora.

Graciela me apretó la mano cuando le insertaron el aparato y me incliné para darle un beso en la frente antes de girarme para ver la imagen en la pantalla. No sabía qué tamaño tenía, pero supuse que era mucho más pequeño que la palma de mi mano, pero ya podía ver la cabeza y el cuerpecito que se estaba formando, incluso las manitos.

A Graciela se le llenaron los ojos de lágrimas e imaginé que, al igual que yo, se había emocionado al ver la imagen.

Yo iba a ser padre...

Sentí una oleada de conmoción, euforia, desesperación y felicidad, todo al mismo tiempo, lo que hizo que me temblaran las piernas. Estaba listo, pero no sabía si sería suficiente para satisfacer sus necesidades y las del bebé. Era desesperante, pero estaba seguro de que quería a ese niño más que a nada en el mundo.

Cuando pude escuchar el corazón del bebé a través del aparato, fue como si algo nuevo y completamente emocional hubiera nacido dentro mío.

—Es nuestro hijo. —Le sonreí, conteniéndome para no dejar escapar las lágrimas.

—O hija —corrigió la doctora.

—¿Ya podemos saberlo?

—Todavía es pronto para detectarlo en la ecografía, el bebé solo tiene ocho semanas, pero podemos hacer un análisis de sangre si quieren.

Miré a Graciela, captando su atención.

—Podemos esperar.

Su respuesta fue suficiente para contener mi curiosidad. En unos meses descubriríamos el sexo de nuestro bebé y, con suerte, ya habríamos empezado a preparar una habitación en mi apartamento para recibirlo.

—¿Está sano?

—Sí, sigan las recomendaciones médicas para que todo salga bien.

—No se preocupe —le aseguré, sabiendo que haría todo lo posible por ello.

La doctora le dio permiso a Graciela para que se vistiera. Afortunadamente, todo salió bien durante las consultas y pude volver al hotel más tranquilo.



GRACIELA

Capítulo treinta y cuatro

Puse las manos sobre mi vientre mientras estaba acomodada en el asiento trasero del coche de vuelta al hotel donde me alojaba con Eros.

Saber que mi bebé estaba bien me tranquilizó. Ya había perdido a mi hermano y me desesperaba solo pensar que algo pudiera pasarle a la vida que crecía dentro mío.

Contuve las lágrimas al pensar en lo mucho que deseaba que Miguel estuviera allí y viera a Eros cuidando de mí y de nuestro hijo. Quería que mi hermano viera que se había equivocado con respecto al extranjero y que yo no había sido solo un juguete para él.

Eros se preocupaba por mí. Estaba cuidando de mí.

Tenía miedo de quedarme terriblemente sola sin mi hermano, pero afortunadamente estaba equivocada.

Recosté la cabeza en su hombro y Eros me besó la frente antes de empezar a acariciarme los hombros.

Con él allí, protegiéndome, cuidándome y siendo cariñoso conmigo, me invadían sentimientos contradictorios. Al mismo tiempo que me sentía triste y desesperada por todo lo que le había pasado a Miguel, estaba extremadamente feliz.

Paramos en el aparcamiento del hotel y volvimos a la habitación acompañados por los guardias de seguridad. La presencia de ellos dejó de ser incómoda cuando recordé que estaban allí para garantizar que los hombres que habían matado a mi hermano no se acercaran a nosotros.

Nos quedamos solos en la habitación y Eros cerró la puerta con llave antes de girarse hacia mí.

—¿Hay algún servicio de entrega de medicamentos aquí?

—Sí.

—Voy a comprar lo que te recetaron y pediré que lo entreguen en recepción.

—De acuerdo.

Lo vi sacar la receta de un sobre y colocarla sobre el cuaderno que había dejado en la mesa de la habitación.

—¿Estás bien? —Se acercó a mí y me acarició la cara con la mano.

—Sí. —Giré la cabeza para besar sus dedos.

—Voy a pedir algo para comer.

—Eros... —Le agarré la mano antes de que se alejara.

—¿Qué pasa? —Volvió su atención hacia mí.

—Todavía es un sueño tenerte aquí.

—Va a ser tu realidad. —Extendió la mano para tocarme la barriga—. Ahora que vamos a tener un hijo, no te podrás librar de

mí.

—Es una buena noticia. —Levanté la cabeza y lo miré con una sonrisa.

Eros volvió a sostener mi rostro y yo di un paso hacia él, acabando con la distancia que había entre nosotros y finalmente nos besamos.

Echaba de menos su boca y fue maravilloso descubrir que sus labios tenían el mismo sabor que recordaba. En cuanto su lengua se deslizó dentro de mi boca, supe con certeza que quería mucho más que solo ser protegida por él.

Subí mis manos por sus hombros y rodeé su cuello, hundiendo mis dedos en su suave cabello rubio. Eros rodeó mi cintura con sus brazos e intensificó aún más el beso, pero sin apretarme demasiado, probablemente por precaución debido al embarazo.

Me mordió el labio inferior y todo mi cuerpo se calentó. Recordé nuestros momentos juntos, el sexo en la playa donde probablemente habíamos concebido a nuestro bebé, y mi cuerpo se calentó aún más.

Empecé a frotarme contra él y mis manos bajaron por su espalda, levantándole la camiseta polo. Eros levantó los brazos y me dejó quitársela. Cuando la prenda cayó al suelo, se dio cuenta de que yo quería algo más que un beso.

Le echaba de menos y quizá estaba un poco desesperada por poder estar en sus brazos.

Eché la cabeza hacia atrás cuando su boca se dirigió hacia mi cuello, provocándome escalofríos y haciéndome retorcerme por dentro.

Bajó las manos y pensé que me quitaría la blusa, pero sus manos fueron directamente a mi culo, apretándolo y haciendo que me frotara contra el bulto de sus pantalones. La erección despertó

aún más mi deseo y me hizo llevar la mano hasta ella, sintiéndola latir entre mis dedos y arrancándole un gemido a Eros.

Cuando volvió a besarme en la boca, finalmente me quitó la blusa y yo le ayudé a quitársela antes de volver con la mano a su miembro bajo la tela de los jeans. Abrí la cremallera y lo toqué directamente. Mientras tanto, Eros me desabrochaba el sujetador y me vi obligada a soltarlo para terminar de quitarme la ropa interior.

Podría parecer una locura, pero nada parecía más seguro que entregarme a ese momento con él.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo? —Temeroso, se apartó para mirarme—. No quiero que te sientas obligada...

—Eros... —Su nombre salió jadeante de mis labios—. No hay nada que desee más que estar contigo.

No tuve que decir nada más antes de que él me tirara de la nuca y volviera a besarme. Esta vez hubo más fervor en el contacto y dejó a un lado su reticencia, entregándose a un impulso que también había dentro de él.

Le quité los pantalones y el resto de la ropa acabó en el suelo. Eros me tomó en brazos y se tumbó conmigo en la cama, acomodándose sobre mí. Volvimos a besarnos mientras me envolvía la deliciosa presión de su cuerpo sobre el mío.

Sus manos firmes y pesadas subieron por mis muslos, presionando mi piel y aumentando aún más el deseo que crecía entre ellas. Quería sumergirme en ese sueño y dejar que mi mundo se redujera a Eros, a mí y a nuestro bebé. Sabía que eso no sería posible para siempre, pero al menos quería disfrutar del momento.

Él me agarró las nalgas y yo me arqueé en la cama, hundiendo la cabeza en la almohada y cerrando los ojos mientras su verga se frotaba contra mi vulva. Las pulsaciones se hicieron cada vez más intensas.

—Eros... —susurré.

Él sonrió y bajó con la lengua por mi cuello, dejando un rastro húmedo que me provocó aún más efectos.

Sentí su mano deslizarse por la parte interna de mi muslo, alimentando aún más mi necesidad por él, y solté un gemido de placer cuando su dedo tocó el punto de mayor placer de mi cuerpo.

Apreté la sábana retorciéndola entre mis dedos cuando Eros introdujo un dedo dentro mío, haciéndome mojarme aún más. Presioné mis párpados, cerrando los ojos con más fuerza para sumergirme en esas sensaciones.

Eros volvió a besarme, recorriendo mi cuello, mi mentón y mi boca con los labios hasta que finalmente apartó la mano y cambió su dedo por algo más grande y grueso. Me invadió una intensa sensación de éxtasis cuando empezó a moverse dentro mío.

Lo abracé con mis piernas y mis brazos, pegando mi cuerpo al suyo y haciendo que mis sensibles tetas se frotaran contra su pecho en medio de los movimientos. Bajé con mis uñas por su espalda y busqué su boca, para que nuestras lenguas siguieran chocando mientras mi cuerpo buscaba el éxtasis.

No dejó de moverse ni de besarme hasta que sentí que el orgasmo se acercaba cada vez más. Eros se apartó un poco para poner una de sus manos entre nosotros y aumentó mi estimulación mientras se movía más rápido.

Solté un gemido más agudo cuando la tensión explotó en mí, bañando todo mi cuerpo en una ola deliciosa y hormigueante que me dejó sin reacción durante unos segundos.

Él siguió moviéndose hasta que sentí su líquido llenarme y me di cuenta de que se había unido a mi orgasmo. Se quedó quieto un momento, mientras se recuperaba, hasta que salió de mi cuerpo, rodó hacia un lado y me atrajo hacia sus brazos.

Eros me abrazó y cerré los ojos al sentir su beso en mi frente.

—Qué bueno que estás aquí...

—Estoy aquí y no me iré hasta que puedas venir conmigo.

Oírle decir eso me hizo sentir mucho más segura. Sentía un dolor enorme por haber perdido a Miguel, pero ya no temía lo que pudiera pasarme, porque Eros me protegería.



Capítulo treinta y cinco

Me desperté por la mañana, dejé a Graciela en la cama y fui al baño. Cuando volví a la habitación, tomé mi móvil, respondí algunos mensajes de Amber sobre el trabajo y acepté participar en la reunión que comenzaría en dos horas. Tendría tiempo para comer algo y prepararme. El equipo de marketing ya estaba bien coordinado, era bastante autónomo, pero parecía que cuando yo no estaba era cuando más me necesitaban.

Estaba a punto de llamar a la policía para preguntar por el progreso del caso cuando mi móvil vibró con un mensaje de mi hermana. Lo peor era que no podía culparla por estar preocupada por mí.

Evelyn:

¿Cuándo vuelves a casa?

Eros:

Aún no lo sé.

Evelyn:

Mamá te llamará o le dará un ataque. Lo que ocurra primero...

Eros:

Pensé que no se lo dirías.

Evelyn:

No se lo he dicho.

Eros:

No es lo que parece.

Evelyn:

No sé, las madres sienten las cosas. Todavía no soy madre para saberlo, pero ella no quiere que estés tan lejos solo por una aventura.

Eros:

Graciela es especial para mí y tú lo sabes.

Evelyn:

Solo quiero que no salgas herido.

Eros:

No lo haré.

Evelyn:

Hablando de preocupaciones, ¿sabes quién vino ayer a mi casa preguntando por ti?

Eros:

Ya me lo imagino. ¿Qué quería Violet?

Evelyn:

Eres bueno adivinando...

Eros:

Si fuera otra persona, no crearías tanto suspenso.

Evelyn:

Tiene lógica...

Creo que fue a buscar a mamá y estuvieron hablando de ti. Está arrepentida y parece que Kyle incluso se mudó de Toronto.

Eros:

Es una pena que ella no se haya ido con él.

Evelyn:

Se me ha escapado algo...

Eros:

¿Qué?

Evelyn:

Que vas a ser padre.

Eros:

Ahora entiendo por qué mamá quería llamarme. ¡Maldita sea, Evelyn!

Evelyn:

No es algo que se pueda ocultar así nomás.

Eros:

Ya tengo muchos problemas que resolver aquí, no necesito uno más.

Evelyn:

No creo que Violet se convierta en un problema más.

Eros:

Tampoco esperaba verla acostándose con mi mejor amigo.

Evelyn:

Lo siento.

Eros:

No pasa nada. Voy a llamar a mamá.

Evelyn:

Te hará bien.

Respiré hondo y me pasé la mano por el pelo rubio, echándomelo hacia atrás mientras deseaba que mi ex novia no se convirtiera en un problema más en la vida de Graciela.

Marqué el número de mi madre y no tardó mucho en contestar.

—Tu hermana me ha dicho que estás en México.

—No, mamá. Debes de estar confundida.

—Entonces solo quería asustarme y tú no has viajado, solo estás ocupado con el trabajo, como siempre. —Pareció respirar aliviada.

—Estoy en República Dominicana.

—Persiguiendo mujeres...

—Mamá...

—Acabas de romper tu compromiso, hijo. Creo que deberías haberte tomado las cosas con más calma. ¿Vas a decirme que al menos lo del embarazo es mentira?

—Te va a encantar ser abuela.

Ella respiró hondo.

—¿Cuándo la conoceré?

—Pronto, mamá.

—Violet todavía cree que tiene alguna oportunidad.

—¡Nunca! —Apreté los dientes. Solo recordar lo que me había hecho me enfurecía.

—Eso es lo que intenté decirle. Lo que hizo no estuvo bien.

—Ya lo creo... —Definitivamente no quería hablar de eso. Sabía que mi madre solo estaba preocupada por mí, pero no era el mejor momento—. Mamá, tengo que colgar. Tengo una reunión dentro de poco.

—Está bien, hijo. Buen trabajo.

—Gracias.

Colgué el teléfono y, cuando miré directamente hacia la cama, Graciela estaba sentada mirándome.

—¿Ha pasado algo? —Parecía tensa. Esperaba que la noche anterior la hubiera ayudado a relajarse, pero los últimos acontecimientos no podían borrarse así como así.

—Solo era mi madre preguntando cómo estoy.

—¿Sabe algo de mí? —Se encogió, temerosa.

—Mi hermana se lo contó.

—¿Eso es bueno o malo?

—Es imposible que no le caigas bien.

—Eso espero. —Se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja, torpemente, y yo me acerqué. Me senté a su lado.

Puse una mano sobre su muslo y Graciela siguió mirándome.

—Eres un angelito caído del cielo, a nadie podrías caerle mal...

—¡Qué exagerado! —Se rió y me empujó el pecho, y me alegré al darme cuenta de que había conseguido lo que quería: hacerla sonreír.

Le toqué la cara y me quedé mirándola. Me di cuenta de algo que tal vez ya llevaba mucho tiempo dentro mío. Esa conclusión me conmovió y me llenó de sentimientos contradictorios que iban desde el temor hasta la euforia.

—Eros... —susurró mi nombre al darse cuenta de que no dejaba de mirarla.

—Graciela... —Le acaricié la cara con la punta del dedo.

—¿Qué pasa?

—Te amo.

Ella abrió mucho los ojos y se quedó boquiabierta por unos instantes.

—¿Es porque estoy embarazada? —Por reflejo, se llevó las manos al vientre, recordándome al niño que crecía allí dentro.

—No... Por supuesto que estoy feliz de saber que voy a ser padre, pero esa no es la causa de mis sentimientos por ti. Aparecieron cuando estuvimos juntos por primera vez y, cuando volví a Toronto, no podía dejar de pensar en cuándo nos volveríamos a encontrar.

—¡Ah, Eros! —Se inclinó hacia mí y tocó mis labios con los suyos.

Seguí sosteniendo su cabeza y la besé con más fervor. Había pasado mucho más tiempo con Violet, pero lo que sentía por Graciela era más intenso y diferente.

Interrumpí el beso y seguí mirándola un poco más. Tenía que trabajar, pero quería disfrutar cada minuto con ella.

—Quiero salir contigo más tarde.

—¿Salir? —Ella se estremeció.

—Tenemos a los guardias de seguridad, y la policía está buscando a los hombres que mataron a tu hermano. No creo que debamos quedarnos en esta habitación de hotel para siempre.

—Necesito un nuevo móvil. Desde que pasó lo de Miguel, no he hablado con mi mejor amiga, debe de estar preocupada. También tengo que avisar al resort sobre Miguel y ver cómo va a quedar mi situación.

—¿Quieres usar mi móvil?

—¿Puedo?

—Claro. —Me levanté para tomar el aparato y se lo di a Graciela.

—Gracias.

—Más tarde saldremos y compraremos uno nuevo.

Graciela asintió con la cabeza y le di un beso en la frente antes de alejarme. Quería protegerla, cuidarla y ofrecerle lo mejor de mí. Saber que iba a ser padre no hacía más que reforzar ese sentimiento. Mi familia podría pensar que estaba loco, pero yo me sentía completamente lúcido.



GRACIELA

Capítulo treinta y seis

Cuando Eros se alejó, primero llamé al resort, luego marqué el número de María y esperé a que contestara. Tardó tanto que pensé que ni siquiera iba a contestar, hasta que finalmente escuché su voz al otro lado de la línea y el sonido fue reconfortante.

—¿Quién es?

—¡Graciela!

—¡Oh, Dios mío! ¡Estás viva! —Se rindió a una mezcla de sorpresa y euforia al otro lado de la línea—. Me enteré de lo que le pasó a tu hermano y desapareciste, vaya, estaba muy preocupada.

—Estoy bien, al menos ahora estoy bien.

—¿Qué número es este?

—Es de Eros.

—Eros... ¿El extranjero con el que te acostaste?

—Sí.

—Eso significa que...

—Él está aquí.

—¡Vaya! Así que finalmente lograste hablar con él. Te diría "qué bueno", pero después de todo lo que pasó, no sé si puedo decir eso.

—Fue la primera persona a la que pensé en llamar después de que mataran a Miguel. Lo había intentado tantas veces que ni siquiera creía que fuera a contestar.

—Menos mal que te atendió en el momento adecuado.

—Sí. —Solté un suspiro de alivio.

—Pero, ¿cómo estás? Ay, amiga mía, estaba tan preocupada...

—¿Aparte del trauma? Bien.

—¿Y el bebé?

—Está aquí. —Me incliné y volví a acariciar mi vientre—. Eros me llevó al médico y me hice algunas pruebas, también estoy tomando la medicación necesaria durante el embarazo.

—Al menos una buena noticia. Si él ha venido aquí es porque va a cuidarte.

—Sí, lo está haciendo.

—Te mereces al menos eso.

—Dijo que me llevará a vivir con él a Toronto cuando la policía me libere por la investigación de la muerte de mi hermano.

—¿Ya lo has podido enterrar?

—Todavía no.

—Siento mucho todo lo que ha pasado, pero ¿de verdad quieres irte a Toronto?

—Sin Miguel aquí, siento que quizá sea bueno empezar de nuevo. Allí también será mejor para mi hijo.

—Tienes razón. Te deseo lo mejor, Graciela.

—Muchas gracias, María.

—Si necesitas algo, solo tienes que decírmelo.

—De acuerdo.

—Dile a Eros que te enviaré mensajes para saber cómo estás.

—Estoy por comprarme un nuevo teléfono móvil. Te avisaré cuando ya lo tenga.

—Hecho. No desaparezcas, me preocupo por ti.

—Te mantendré informada.

—Hasta luego, Graciela.

Colgué y me alegré de haber hablado con mi mejor amiga y saber que estaba bien. Además de mi hermano, ella era la única persona con la que tenía más confianza y a la que echaría de menos cuando me fuera de República Dominicana.

Eros ya estaba sentado frente al ordenador cuando me levanté para devolverle el móvil.

—Gracias.

—De nada. —Me acarició la mano—. ¿Tu amiga está bien?

—Solo preocupada por lo que pasó.

—Es normal.

Asentí con la cabeza.

—He pedido nuestro desayuno. Imagino que tendrás hambre.

—Así es. —Me reí torpemente mientras me ponía las manos en el vientre.

—¿Te sientes mareada?

—Creo que mi cuerpo no ha tenido tiempo para marearse en los últimos días.

—Todo volverá a la normalidad cuando estés en Toronto.

—¿Normalidad? —Apreté los labios al preguntarle. Sería difícil pensar en algo parecido a la normalidad en un lugar nuevo que era muy diferente al lugar donde había crecido.

—Te gustará estar allí.

—Espero que sí.

—Oye, ¿qué pasa? —Eros se levantó para mirarme a los ojos.

—Tengo miedo —confesé, bajando la cabeza, pero antes de que mis ojos se posaran en el suelo, él me sujetó el mentón.

—Todo saldrá bien, ya lo verás. Puedes empezar la universidad y trabajar en lo que quieras.

—¿Puedo?

Él asintió con la cabeza.

—Te diría que puedes quedarte en casa y preocuparte solo de cuidar al bebé, pero creo que es importante que construyas tu propia autonomía.

—Gracias.

Eros me acercó a él y me dio un beso, pero antes de que profundizara en el intercambio de caricias, oímos llamar a la puerta.

Era el servicio de habitaciones con nuestro desayuno.

Comimos un poco y él se fue a trabajar. En uno de los descansos, le oí llamar a la policía. Le dijeron que liberarían el

cuerpo de mi hermano para el entierro al día siguiente, pero que, por desgracia, aún no tenían muchas pistas sobre los criminales.



Capítulo treinta y siete

Después de terminar mi jornada laboral, apagué el ordenador y me fui a dar una ducha. Pensé en llevarme a Graciela conmigo, pero ella todavía estaba tensa, sobre todo después de mi conversación con la policía. Quería poder sacarla de esa pesadilla, pero parecía que todo lo que estaba haciendo aún no era suficiente.

Cuando salí del baño, fui a mi maleta, tomé una camiseta polo blanca y luego me acerqué a ella, sentada en el borde de la cama, con la mirada perdida y al mismo tiempo preocupada.

—¿Y si nunca atrapan a los responsables de lo que le pasó a Miguel?

—En Toronto estarás a salvo.

—Solo quiero saber por qué mataron a mi hermano. —Suspiró profundamente—. Miguel nunca se había involucrado con ese tipo de

gente.

—Lamento no tener las respuestas que necesitas. —Le acaricié la mejilla con el pulgar.

—No podría exigirte eso. Ya es increíble solo saber que estás aquí. —Ella giró la cara y me besó la mano.

—Supongo que no tienes un plan funerario.

Ella negó con la cabeza.

—Mis padres fueron enterrados en un cementerio público, pero no sé si podría conseguir un lugar cerca.

—Yo me encargaré de los detalles por ti.

—Gracias.

—¿Te parece bien si es en otro cementerio?

—Creo que podríamos incinerarlo y esparcir las cenizas sobre la tumba de mis padres. Miguel estaría feliz de estar con ellos.

—¿Es eso lo que quieres?

—Sí.

—Entonces lo haremos así.

Se giró hacia mí y me abrazó con fuerza. Escuché los sollozos de su llanto y pensé que era mejor no decir nada, solo abrazarla. Era un momento muy difícil para Graciela y afrontarlo requeriría mucha fuerza.

—Ve a darte una ducha y arréglate, vamos a salir.

—¿Al centro comercial?

—Te vendrá bien distraerte un poco.

—Tienes razón. —Me besó rápidamente en los labios y luego se levantó, siguiendo mi sugerencia.

Mientras la esperaba, terminé de arreglarme y tomé mi móvil, sorprendiéndome con un mensaje de alguien que tenía que ser muy descarada para intentar ponerse en contacto conmigo.

Violet:

Me enteré de que la otra se quedó embarazada.

Eros:

Eso no es asunto tuyo.

Violet:

Fue muy rápido. Si hubiera sabido que tanto deseabas ser padre, habría dejado de tomar mis pastillas.

Eros:

¿Y luego deberíamos haber hecho una prueba de ADN y ver si era de Kyle o mío?

Violet:

Involucrarme con él fue un error.

Eros:

Por suerte, lo descubrí antes de casarnos.

Violet:

Deja de jugar a los noviecitos con esa camarera y vuelve conmigo, amor. Ella no es la mujer que necesitas.

Eros:

Definitivamente, la mujer que necesito no es una que se acuesta con mi mejor amigo.

Violet:

Podemos superar esto.

Eros:

No quiero superar nada.

Violet:

¿No me dirás que estás enamorado de ella?

Eros:

Lo estoy, y por eso te quiero aún más lejos.

Violet:

Solo dices eso porque está embarazada y tu corazón blando se está derritiendo por el bebé.

Eros:

Si es así, no es asunto tuyo.

Violet:

Yo también puedo darte hijos.

Eros:

Esto no es una subasta, y definitivamente no tienes más oportunidades conmigo.

Violet:

Estoy segura de que cambiarás de opinión.

Dejé de responder a sus mensajes y la bloqueé para que no insistiera en el tema. Aunque no me hubiera enamorado de Graciela y no fuéramos a tener un hijo, nunca perdonaría a mi ex novia por lo que había pasado. Quería tenerla a ella y a mi falso amigo lo más lejos posible de mí. Afortunadamente, Kyle me conocía lo suficientemente bien como para saber que no lo perdonaría y ni siquiera perdió el tiempo intentándolo.

—¿Va todo bien? —Graciela salió del baño y se quedó mirándome, dándose cuenta de mi expresión.

—Sí. —Guardé el móvil en el bolsillo. Con todos los problemas que estaba afrontando y el trauma de la pérdida de su hermano, definitivamente no tenía por qué preocuparse por mi ex queriendo perturbarme.

—Voy a peinarme y luego nos vamos.

—No hace falta que te apures.

Ella sonrió y fue a buscar un peine que estaba entre sus cosas. Estaba ansioso por sacarla de ese país y darle una vida completamente nueva, pero necesitaría un poco más de paciencia.



GRACIELA

Capítulo treinta y ocho

Ni siquiera recordaba la última vez que habíamos estado en un centro comercial como ese. Nunca había tenido mucho dinero y mis prioridades me mantenían alejada de cualquier lugar consumista. Comprabamos ropa y otros artículos de primera necesidad en tiendas más populares, principalmente en el centro de la ciudad.

Después de llamar al resort y acordar que no volvería a trabajar allí, era difícil pensar en ir de compras sin ninguna fuente de ingresos. Sin embargo, Eros no parecía preocuparse por eso. Sabía que él tenía dinero, no sabía exactamente cuánto, pero era una realidad muy diferente a la mía.

Me tomó de la mano y me llevó a una tienda de teléfonos móviles. Yo seguía tensa y moví la cabeza hacia atrás, asegurándome de que los guardias de seguridad nos seguían de cerca. El padre de mi bebé no parecía muy preocupado, pero yo

había visto a los hombres que mataron a mi hermano y no podía dejar de pensar que podrían venir por nosotros.

Eros entrelazó sus dedos con los míos y me dedicó una sonrisa amable, lo que me relajó un poco cuando un vendedor se ajustó el cuello de la camisa verde y se acercó, deteniéndose frente a nosotros.

—¡Hola, buenas noches! ¿En qué puedo ayudarlos?

—Venimos a comprar un móvil para mi novia.

—¿Tienen algún modelo o marca en mente? Tenemos Android y también otros sistemas operativos como Windows e iOS.

—Algo sencillo y no muy caro. —Me sentí incómoda.

Sabía que comprar por Internet era mucho más barato, pero no era el momento de discutir eso con Eros, ya que se había ofrecido a llevarme allí.

—Tenemos algunos modelos más sencillos y antiguos con un coste más bajo, pero no tienen las mismas prestaciones y asistencia técnica que los dispositivos más nuevos.

—Veamos los más recientes.

—Eros... —Le tiré de la mano.

—¿Qué pasa, Graciela?

—Estos móviles son muy caros.

—No te preocupes.

—Pero...

—Yo lo pagaré —me interrumpió.

—Ya has hecho tanto por mí que me siento incómoda.

—No te preocupes. —Se giró y me acarició la cara con cariño, haciendo que cerrara los ojos durante unos segundos—. Esto es solo una pequeña parte de lo que puedo ofrecerte.

Habían pasado tantas cosas malas en mi vida que no podía creer que ese hombre fuera real.

—Bueno, si el hombre va a pagar, vamos a aprovecharlo, ¿no, señorita? —El vendedor se emocionó y yo me reí sin gracia.

—Llévanos a ver los modelos —animó Eros.

—Síganme, por favor.

Caminamos por la tienda hasta un mostrador donde había varios aparatos de diferentes marcas y modelos, y el vendedor comenzó a presentarme cada uno de ellos.

Siempre había ahorrado mucho y hecho innumerables pagos en cuotas para comprar un móvil sencillo en alguna promoción por Internet. Poder elegir simplemente lo que quería sin preocuparme por el precio o por cómo lo iba a pagar era extraño...

—¿Estás bien, Graciela? —Eros me tomó de la mano al ver mi cara.

—Sí.

—¿Estás segura?

—Sigo pensando que me estoy abusando. Tú estás aquí, has tenido que descuidar tu trabajo y además vas a gastar más dinero conmigo.

—¿Nos das un momento? —Se giró hacia el vendedor, que asintió y dio unos pasos atrás, alejándose para darnos privacidad—. Graciela...

—Sé que quieres ser amable conmigo, pero...

—Amor...

Mi corazón latió más rápido cuando dijo esa palabra.

—¿Por qué me llamas así?

—Pensé que te gustaría.

—Y me gusta —admití con el corazón latiendo cada vez más rápido y con más fuerza—. Estoy tan feliz de tenerte aquí que empiezo a pensar...

—¡Oye! —me interrumpió—. Estoy aquí. He venido por ti... Cuando pase todo este lío, te irás a mi casa, prepararemos la habitación del bebé y planearemos nuestra vida juntos. Hay miles de cosas que puedes hacer en Toronto, empezando por estudiar.

—No tendré que levantarme temprano, ¿verdad?

—No. —Me acarició la cara y me atrajo hacia él.

Estaba sintiendo la deliciosa presión de los labios de Eros sobre los míos cuando oí un grito que me heló la sangre y me llenó de pavor.

—¡Ahí está!

Moví la cabeza en dirección a la voz y vi a los hombres que habían matado a mi hermano corriendo hacia nosotros. Llevaban armas y la gente de la tienda empezó a gritar.

Uno de los guardias de seguridad se interpuso entre nosotros y Eros me agarró del brazo, apartándome del camino y llevándome en otra dirección.

Oí el sonido de un disparo y mi corazón se aceleró aún más.

—Nos van a matar. —Empecé a temblar y a llorar.

Mis piernas se quedaron inmóviles y, por mucho que Eros tirara de mí, no conseguía moverme del sitio. El pánico me había paralizado y parecía más fuerte que mi instinto de supervivencia.

—¡Graciela! —Me obligó a mirarlo.

—¿Eh?

—Confía en mí, tenemos que salir de aquí para protegernos a nosotros y a nuestro bebé.

Mi bebé... Puse la mano en mi vientre y recordar al bebé fue suficiente para que recuperara las fuerzas. No podían hacerle daño.

Eros me hizo rodear la tienda y nos alejamos, acompañados por uno de los guardias de seguridad, mientras los demás mantenían a raya a los ladrones. A pesar de los gritos y la desesperación de las demás personas, no nos detuvimos hasta estar dentro del coche. El hombre que nos acompañaba se apresuró a sacarnos de allí.

—¿Y los otros dos? —pregunté, preocupada por lo que pudiera pasarles a los que me estaban protegiendo.

—Nos encontrarán en el hotel.

—¿Qué es lo que tanto quieren de ti? —preguntó Eros.

—No lo sé. —Hundí la cabeza en su pecho mientras sollozaba.

—Tranquila, estás a salvo. Yo te cuidaré.

—Gracias.

Eros me besó en la frente, pero solo me tranquilicé cuando volvimos al hotel y nos encerramos en la habitación. Creía que allí nadie podría hacerme daño. Al menos, esa era la ilusión que me estaba creando.



Capítulo treinta y nueve

Me sentí como un idiota al darme cuenta del riesgo al que había expuesto a Graciela. Me llevó una eternidad calmarla, pero aún sentía que estaba asustada. No era de extrañar después de haber sido atacados por esos criminales. Incluso mi propio corazón latía aceleradamente y, afortunadamente, los guardias de seguridad que mi hermana había contratado hicieron un buen trabajo.

—¿Será que ellos...? —Graciela ni siquiera pudo terminar de hablar al pensar en los hombres que nos estaban protegiendo.

—Estarán bien. —Era una promesa que no debía hacer, pero la hice de todos modos—. Estás a salvo. —Le acaricié la cara con la punta del dedo y le sequé una lágrima—. Eso es lo que importa.

—Pero ellos...

Apenas terminó de formular la pregunta cuando oí sonar mi móvil y lo saqué del bolsillo. Era el número de Afonso y no dudé en contestar.

—¿Cómo están?

—Bien.

—¡Qué buena noticia! —Solté un suspiro de alivio y se lo conté a Graciela, que también se tranquilizó—. ¿Y los criminales?

—Hemos disparado a uno de ellos. La policía lo ha llevado al hospital y seguramente le hará algunas preguntas, el otro ha conseguido escapar.

—Vuelvan aquí.

—Tomamos un coche y estamos de camino.

—De acuerdo. Los espero aquí.

Por mucho que odiara lo que había pasado, saber que uno de los hombres estaba detenido era una buena noticia. La policía tenía a uno de los asesinos del hermano de Graciela y pronto podría atrapar al otro. Eso significaba que ella estaría a salvo y que podríamos poner fin a este asunto.

Tenía cada vez más planes para nuestra vida juntos y eso me emocionaba.



GRACIELA

Capítulo cuarenta

Con el arresto de uno de los responsables de la muerte de mi hermano, me sentía un poco más aliviada. Ese castigo no traería de vuelta a Miguel, pero vengaría un poco lo que le había sucedido.

Al día siguiente, todo estaba organizado para el funeral. Los guardias de seguridad estaban en sus puestos y la policía también acompañaba la ceremonia. Estaban de guardia, esperando que el otro tipo apareciera y también fuera capturado.

Por mucho que viera motivos para sentirme segura, seguía tensa. Apreté la mano de Eros con más fuerza y él se giró hacia mí, dedicándome una discreta sonrisa. Tras la autopsia del cuerpo de mi hermano y todos los trámites necesarios, finalmente habían liberado el cuerpo para su cremación y en ese momento yo estaba abrazada a una urna.

Mi hermano, siempre tan protector, trabajador y decidido, había quedado reducido a un puñado de cenizas.

El clima ese día estaba nublado, a pesar de que el sol era una presencia constante en la ciudad. Era como si las nubes, al igual que mis ojos, estuvieran tratando de contener las lágrimas y no llorar aún más.

Junto a Eros, seguí caminando por el cementerio hasta que nos detuvimos frente a las pequeñas lápidas que marcaban las tumbas de mis padres. Las placas eran sencillas, hechas a toda prisa y sin mucho esmero, pero era lo que un joven adulto y una adolescente habían conseguido del ayuntamiento.

Afortunadamente, cuando nuestros padres murieron, Miguel ya era mayor de edad y podía hacerse responsable de mí, de lo contrario nuestra vida podría haber sido aún peor. Por muy agobiante que fuera a veces, sabía que mi hermano había hecho todo lo posible por mí, lo que hizo el momento aún más triste.

Abrí la tapa de la urna y tomé un poco de cenizas, comenzando a esparcirlas sobre los restos de mis padres.

—Descansa en paz, hermano —murmuré en el instante en que Eros me agarró por los hombros y me acarició.

Solté un profundo suspiro cuando las lágrimas volvieron a brotar de mis ojos, de alguna manera sentía que mi hermano, incluso muerto, seguía cuidando de mí. Había intentado contactar con Eros antes y lo conseguí en el momento en que más lo necesitaba.

Sinceramente, no sabía qué habría sido de mí si ese hombre no hubiera salido de Toronto y hubiera venido a rescatarme.

El viento esparcía las cenizas aún más a medida que las soltaba. No era un gran funeral, pero creía que Miguel podría encontrar la paz de esa manera.

Eros miró a ambos lados antes de llamar mi atención.

—¿Lista para irnos?

Asentí con la cabeza. Por mucho que supiera que, en parte, ese momento fúnebre también era una trampa para el asesino de mi hermano, que aún estaba en libertad, no quería exponerme demasiado tiempo, porque tenía miedo.

Eros me guió de vuelta al coche y los guardias de seguridad nos siguieron. Los policías nos acompañaron con la mirada hasta que nos fuimos.



Capítulo cuarenta y uno

En cuanto Graciela se despidió de su hermano, la traje de vuelta al hotel y la acosté en la cama para que pudiera descansar un poco. Si yo estaba agotado, ni quería pensar en cómo estaría ella.

Había sido un momento muy tenso, que ninguna embarazada debería pasar, y solo quería que terminara para poder cuidar de ella y de mi hijo lejos de allí.

Mi celular empezó a sonar y fui a contestarlo lo más rápido posible para no despertar a Graciela.

—Hola.

—¿Señor Bianchi?

—Soy yo.

—Lo llamo desde la comisaría. Soy el inspector encargado de la investigación de la muerte de Miguel Rodríguez.

—¿Hay noticias sobre el segundo asesino?

—Por desgracia, no. Hemos vigilado toda la ceremonia y el delincuente no ha aparecido, supongo que la presencia de la policía lo ha ahuyentado.

—Tienen que atrapar a ese tipo.

—Estamos trabajando en ello.

—¡Trabajen mejor, carajo! —Dejé que mis sentimientos me hicieran sonar grosero, pero ya estaba harto.

—Estamos haciendo todo lo posible.

—¿Hasta cuándo tendremos que soportar esto, sobre todo Graciela? No tiene ni idea de lo difícil que está siendo para ella.

—Me lo imagino, señor, y precisamente por eso lo llamo. Sé que desea volver a su país y llevarse a la señorita Rodríguez con usted.

—¿Cuánto tiempo más tendremos que quedarnos?

—Si firman un documento en el que se comprometen a volver si la investigación lo requiere, creo que puedo darles permiso para ir a Canadá.

—¿Cuándo?

—Prepararé la documentación para el final de la tarde.

—¡Estupendo! Iré a la comisaría con Graciela. Gracias por la buena noticia, inspector.

—De nada.

Colgué el teléfono y me senté en un sofá de la habitación, recostándome aliviado por al menos esa buena noticia.

Mi hermana pareció intuirlo, porque enseguida recibí un mensaje suyo.

Evelyn:

¿Cómo va todo por ahí?

Eros:

Graciela acaba de esparcir las cenizas de su hermano.

Evelyn:

¿Está bien?

Eros:

«Bien» sería un gran eufemismo.

Evelyn:

¡Maldita sea!

Eros:

Pero tengo buenas noticias, si todo sale como la policía prometió, podré volver a Canadá.

Voy a llamar al consulado y asegurarme de que ya han tramitado el visado de Graciela.

Evelyn:

¡Qué maravilla! No sabes lo aliviada que me siento.

Eros:

Somos dos.

Evelyn:

¿Necesitas que haga algo?

Eros:

Comprueba que mi apartamento esté limpio y que esté todo en orden.

Evelyn:

¿Puedo llevar algunas cosas femeninas que creo que ella podría necesitar? Ya que la última vez me deshice de todo lo que no era tuyo.

Eros:

Por supuesto.

Evelyn:

Te enviaré la factura más tarde.

Eros:

De acuerdo.

Evelyn:

¿Qué piensa ella sobre el cambio?

Eros:

Todavía no le he contado lo que dijeron los policías.

Evelyn:

Entendido.

Eros:

A veces siento que no sé qué hacer para que ella se sienta bien.

Evelyn:

Lo estás haciendo muy bien.

Eros:

¿De verdad?

Evelyn:

Por supuesto. Estás cuidando de ella y del bebé. Ese es tu papel ahora.

Lo que ha vivido ha sido muy traumático, pero necesitará tiempo para superarlo.

Eros:

Tienes razón.

Evelyn:

Los espero aquí. Quiero conocerla pronto.

Eros:

No tardaremos mucho más.

Evelyn:

Buen viaje de vuelta.

Eros:

Gracias.

Dejé de intercambiar mensajes con mi hermana y me senté frente al ordenador para revisar algunas cosas de la agencia, sobre todo los asuntos más urgentes. Pronto volvería a Toronto y podría ocuparme del resto.

Ya había caído la noche cuando vi a Graciela darse la vuelta en la cama y sentarse. Cerré la tapa de mi ordenador y giré la silla para mirarla.

—¿Has podido descansar?

—Pensé que acabaría durmiendo hasta mañana.

—No te culparía por ello. —Le sonreí y ella me devolvió la sonrisa.

—De hecho, tengo un poco de hambre. —Se sintió incómoda al ponerse la mano sobre el vientre.

—El bebé necesita nutrientes. Voy a llamar a la cocina para ver qué tienen para nosotros.

—Gracias.

Hice el pedido para nuestra cena antes de sentarme en la cama y poner mi mano sobre el muslo de Graciela, llamando su atención.

—Tenemos que hablar.

—¿Hablar? —Tragó saliva.

—No es nada malo, al menos eso espero.

—Me estás poniendo nerviosa.

—Lo siento. —La acaricié—. Uno de los policías me llamó y me dijo que si firmas un documento comprometiéndote a volver si es necesario para la investigación, él podrá liberarte para que vayas a casa conmigo.

—¿Ya no soy sospechosa?

—Nunca debiste serlo.

Ella soltó un suspiro.

—¿Tenemos que ir a la comisaría?

—Dentro de un rato. Primero vamos a comer, a ducharnos y luego nos vamos.

—¡De acuerdo!

Atraje a Graciela hacia mí y ella se acurrucó contra mi pecho. Solo deseaba que, tan pronto como llegáramos a Toronto, toda esa pesadilla terminara de una vez por todas en su vida.

Graciela se merecía que mi hijo creciera en un lugar seguro y cómodo.



GRACIELA

Capítulo cuarenta y dos

Cuando Miguel y yo éramos niños y mirábamos las estrellas, yo hacía planes, tenía sueños y muchos objetivos. Algunos eran descabellados e inalcanzables, pero en ningún momento me imaginé aterrizando en el aeropuerto de una ciudad de Canadá.

Eros iba a ser solo una aventura, un sueño loco que acabó haciéndose realidad y del que no quería despertar.

Tenerlo cuidándome, protegiéndome y resguardándome era más de lo que podía desear.

Esa había sido la primera vez que yo viajaba en avión e imaginaba que las novedades en mi vida no terminarían ahí. La camarera de Punta Cana había quedado atrás y solo quedaba por descubrir la persona que yo sería en Toronto.

Primero tenía que aprender el idioma. Sabía que Canadá tenía dos idiomas oficiales: el inglés y el francés. Con el primero me atrevía un poco gracias a mi experiencia con los turistas, pero del segundo no sabía nada. Ese sería uno de los muchos retos.

Agarramos nuestras maletas de la cinta transportadora y nos dirigimos a la zona de desembarque. Estaba angustiada y tenía un poco de frío, aunque Eros me había recomendado que me pusiera una sudadera nada más bajar del avión. Tendría que acostumbrarme al clima de la ciudad.

—Vamos por allí —Eros me guió, poniendo su mano en mi espalda.

Leí un cartel y me di cuenta de que nos dirigíamos a la zona de desembarque.

—No te asustes, Evelyn puede ser un poco ruidosa.

—¿Tu hermana? —Fruncí el ceño. Recordaba haber oído hablar de ella en alguna de nuestras conversaciones, pero no sabía en cuál.

—Sí.

—¿Está aquí?

—Ha venido a recogernos.

En cuanto pasamos por dos puertas de cristal, oí un grito antes de ver a una mujer rubia saludándonos con la mano.

—¡Eros!

Físicamente se parecía mucho a él. Eso me hizo sentir un poco más cómoda.

Seguimos caminando hasta que llegamos a su alcance y ella abrazó a su hermano y luego a mí.

—Encantada de conocerte, Graciela.

—Gracias. —Me coloqué un mechón de pelo detrás de la oreja, sin saber muy bien qué hacer.

Afortunadamente, estaba logrando entender lo que decía en inglés, pero no sabía si sería por mucho tiempo.

—Podríamos haber ido a mi apartamento en taxi —le dijo Eros.

—Quería venir a recogerlos. Deja de quejarte.

—¿Dónde está tu coche?

Empezaron a hablar en inglés más rápido y, de repente, ya no entendía nada de la conversación, así que dejé que me guiaran hasta un vehículo pequeño y muy femenino que estaba aparcado en una plaza.

Solo una de las maletas cabía en el maletero, pero no me importó tener la otra a mi lado en el asiento trasero.

Cuando la hermana de Eros nos sacó del aeropuerto y empezó a conducir por la ciudad, me sentí como si estuviera en otro planeta. Por mucho que hubiera visto fotos y películas de lugares extranjeros, incluso de la propia Toronto, nada se comparaba con estar allí.

Las construcciones estaban perfectamente alineadas y los edificios eran muy altos. Algunos tenían formas y arquitecturas muy distintas que destacaban en el horizonte.

—¿Qué es eso? —Señalé un edificio muy alto que tenía una parte ovalada que me recordaba a las naves espaciales.

—La Torre CN —respondió Eros—. Durante treinta y dos años fue el edificio más alto del mundo.

—¡Genial!

—Más tarde te llevaré a explorar la ciudad —se ofreció Evelyn, arriesgándose a hablar en español.

—Gracias.

—Deja que primero se instale. —Eros contuvo a su hermana.

—De acuerdo.

Evelyn siguió conduciendo un rato más hasta que entramos en el garaje de un edificio muy bonito y se detuvo cerca del ascensor.

—Gracias por traernos —dijo Eros.

—De nada. —Se giró para darle un beso en la mejilla—. Voy a dejar que se acomoden y que Graciela se adapte un poco. Si necesitan algo, llámenme.

—Claro.

Primero me ayudó a salir del coche y luego tomó las maletas.

—¡Hasta luego! —Evelyn se despidió de nosotros y se marchó con el coche.

—Es simpática —le dije a Eros.

—La mayor parte del tiempo. —Él hizo una mueca y yo me eché a reír—. ¿Subimos?

Asentí con la cabeza, dejé que Eros me guiara hasta el ascensor y subimos a su piso.

Estaba un poco tensa y, al mismo tiempo, muy curiosa por conocer el lugar donde viviría a partir de ese momento.

—Ya hemos llegado. —Abrió la puerta y me hizo un gesto para que entrara.

El apartamento era precioso y estaba tan limpio que parecía sacado de una revista. Desde los cojines del sofá hasta la decoración de la mesa de centro, todo estaba perfectamente en su sitio.

—¡Qué bonito!

—¿Te gusta?

—Sí.

—Entremos. —Me empujó un poco hacia dentro y yo lo seguí hasta que llegamos al pasillo.

Eros abrió otra puerta y vi una habitación. Era exactamente como me lo imaginaba. Ropa de cama gris, lámparas blancas, todo bien organizado.

—Puedes descansar.

—Gracias.

—La puerta más cercana a la ventana es el baño. Luego haré espacio en el armario para que guardes tus cosas.

—De acuerdo.

Se acercó a mí y me dio un beso, luego se alejó, volviendo a la sala y dejándome acomodarme en el lugar.

Me senté en la cama y apoyé ambas manos sobre la suave colcha.

Me fijé en cada detalle y en la decoración sencilla, pero a la vez muy sofisticada. Solo el tamaño de esa habitación era casi como toda mi casa; espaciosa como las del hotel, pero no sabía cómo sería estar allí sin sentirme como una camarera.

Abrí mi bolso y saqué mi celular. Después de todo el lío, solo pude comprar uno en el aeropuerto, pero lo había configurado en la sala de espera. Era una tarjeta SIM global que solo funcionaría durante unos días, pero Eros dijo que compraríamos un número canadiense cuando llegáramos.

Solo me preocupaba hablar con María; de todas las partes de mi vida que había dejado atrás, ella era la única que echaría de menos.

Graciela:

Ya estoy en su casa.

María:

¿Ya? ¡Qué buena noticia!

Graciela:

Todo ha ido bien en el viaje.

María:

No sabes lo aliviada que me siento.

Graciela:

Estoy un poco tensa.

María:

¿No es como te lo imaginabas, como un palacio?

Graciela:

Su apartamento es precioso. Enorme, cómodo, bien decorado. Incluso tiene baño en la habitación, casi como si estuviera en un hotel.

María:

Entonces, ¿cuál es el problema?

Graciela:

No sé si encajo allí.

María:

¡Ya basta! No me vengas con eso.

Graciela:

Ni siquiera sé hablar bien su idioma.

María:

¡Apréndelo!

Graciela:

¿Y si todo sale mal?

María:

No empieces con eso. ¡En serio!

Él es guapo, rico, encantador. Deja de buscarle defectos y disfrútalo. Además, no olvides que estás embarazada y que van a tener un bebé juntos.

Graciela:

Tengo que pensar en mi hijo.

María:

¡Exacto!

Graciela:

Es aterrador pensar que voy a tener que empezar de cero.

María:

En realidad, vas a empezar ahora. Siempre has estado a la sombra de Miguel. Que en paz descanse, pero tu hermano era controlador y no podía ofrecerte mucho.

Graciela:

Hizo lo mejor que pudo.

María:

Lo sé, pero no podrás traerlo de vuelta.

Graciela:

No.

María:

Tienes la oportunidad de una nueva vida.

Graciela:

Él cree que debería ir a la universidad.

María:

¿Ves? ¡Vaya! Imagínate tener una amiga abogada. Voy a ser muy presumida.

Graciela:

No exageres.

María:

Te deseo lo mejor.

Graciela:

Lo sé.

María:

Disfrútalo.

Graciela:

Gracias por todo.

María:

Hablamos luego.

La conversación con mi amiga me tranquilizó. Tenía miedo. Miedo de que si me lanzaba de cabeza todo pudiera salir mal, pero si dejaba que todo ese temor siguiera deteniéndome, no podría disfrutar de la vida junto a Eros.

Me recosté y hundí la cabeza en la almohada, relajándome un poco y disfrutando de la suavidad de la sábana.

No había nada más que pudiera hacer por mi hermano. Tenía que centrarme en mí y en el niño que estaba gestando.



Capítulo cuarenta y tres

Le dije a Amber que había vuelto y que al día siguiente iría a la agencia para ocuparme de la empresa. Sabía que había descuidado mis negocios, pero había sido por una razón importante y pronto todo volvería a la normalidad.

Me había preparado para casarme meses atrás. Estaba listo para tener una mujer en mi casa, solo que no esperaba que fuera en esas circunstancias. Pero necesitaba pensar en las cosas buenas, en cómo me sentía cuando estaba con Graciela y en que pronto tendríamos un hijo.

Sentí unas manos delicadas deslizarse por mis hombros y levanté la cabeza, encontrando sus ojos marrones.

—¡Hola! —Sonreí—. ¿Ya te has acomodado?

—Tu cama es muy cómoda.

—Me alegro de que te guste. —Le besé el dorso de la mano—. Ahora es *nuestra* cama.

—Me gusta oir eso.

—Me alegro.

—Hablando de lo nuestro... —Contuvo la respiración, lo que me hizo fruncir el ceño y preocuparme un poco.

—¿Qué pasa?

—Estaba pensando en usar el baño para darme una ducha. Estoy agotada por el viaje.

—Puedes hacerlo cuando quieras.

—Bueno... —Se mordió el labio inferior—. ¿No quieres venir conmigo?

—¿Ir contigo?

—A menos que estés ocupado. Ya te he molestado tanto en el trabajo...

—¡Graciela, tranquila! —Me levanté para tocarle la cara y hacer que me mirara—. Me encantará darme una ducha contigo. —Le acaricié la cara con el pulgar y la atraje hacia mí para besarla.

Rozé lentamente mis labios con los suyos, arrancándole un gemido antes de presionar mi lengua, pidiendo paso para explorar su boca. La atraje hacia mi pecho, con cuidado de no apretarle el vientre, e intensifiqué aún más el beso.

Estaba feliz de tenerla allí y esperaba que pudiéramos comenzar nuestra vida juntos de la mejor manera posible.

Bajé mi boca, besándole el cuello y haciendo que cerrara los ojos, absorbiendo cada una de las sensaciones que provocaba en su cuerpo. Entonces me incliné y la tomé en brazos, llevándola conmigo a mi habitación y poniéndola de pie sobre la alfombra delante de la ducha.

Volví a besarla mientras le quitaba la ropa y Graciela hacía lo mismo conmigo. Pronto todas las prendas acabaron en el suelo y abrí la puerta de cristal para que entrásemos en el pequeño espacio debajo de la ducha.

Seguí besándola mientras mis manos recorrían las curvas de su cuerpo bronceado. Seguí bajando. Besé la base de su garganta, el valle entre sus tetas y lamí uno de sus pezones, haciendo que soltara un gritito de placer. Bajé más, llegando al vientre donde crecía nuestro hijo, hasta detenerme con la cabeza frente a su vulva.

—¡Eros! —gimió mi nombre cuando acerqué mi aliento a su intimidad.

Besé su monte, notando cómo se contoneaba ligeramente contra la pared alicatada, y le agarré los muslos, separándolos un poco para poder colocar mi cabeza. Bajé con la lengua por sus grandes labios vaginales, saboreando su gusto hasta tocar su clítoris. Graciela me agarró del pelo y me apretó la cabeza, animándome a seguir cuando empecé a estimularla. Mientras trazaba movimientos circulares, provocando cada vez más sonidos de placer, subí con la mano y la penetré con un dedo.

Sus gemidos se hicieron más fuertes y me animaron a continuar hasta que noté que su respiración se alteraba y me di cuenta de que había llegado al clímax. Le di unos besitos antes de levantarme y volver a mirarla.

Graciela puso sus manos sobre mis hombros y yo incliné la cabeza para envolver su boca de nuevo. En medio del beso, la atraje hacia mí, levantando una de sus piernas y colocándola en mi cintura.

Mi verga estaba rígida cuando la froté por fuera. Estimulé su humedad hasta que la sentí lista para mí. Cuando me introduje en su canal, ambos gemimos juntos. Con una mano me equilibraba en la pared y con la otra le sujetaba la cintura, atrayéndola hacia mí e intensificando los movimientos.

El vaivén era delicioso y darme cuenta de que ella estaba disfrutando aumentaba mi placer.

Interrumpimos el beso cuando nos quedamos sin aliento, pero no dejé de moverme y apoyé mi frente en la suya para poder mirarla mientras lo hacíamos. Con cada contracción que su canal ejercía sobre mi verga, me sentía más cerca del orgasmo.

Presioné sus tetas con mi pecho y aumenté aún más la velocidad. Mi piel chasqueaba al chocar con la suya y no pude contenerme más, llegando al orgasmo y eyaculando dentro. Empujé unas cuantas veces más hasta disfrutar de todo mi clímax.

Di un paso atrás, todavía jadeando cuando salí de ella y la besé de nuevo, llevando mi mano al interior de sus muslos. Busqué su clítoris y me esforcé hasta llevarla a otro orgasmo.

—Eros... —Ella se estremeció, cayendo sobre mí.

—¿Llegaste al orgasmo?

El brillo de su mirada y la sonrisa que me dedicó fueron respuestas suficientes.

La sostuve con un brazo y utilicé la otra mano para abrir el grifo de la ducha y dejar que el agua caliente cayera sobre nosotros.

Graciela se acurrucó contra mí durante varios minutos hasta que se atrevió a romper el silencio.

—¿Hablabas en serio?

—¿Sobre qué?

—Sobre que fuera a la universidad.

—Sí. —Me sorprendió aún más su pregunta—. Creo que estudiar es algo importante.

—¿Y puedo hacer lo que quiera?

—¡Por supuesto, Graciela! ¿Ya sabes lo que quieres hacer?

Ella negó con la cabeza, lo que me arrancó una carcajada.

—Apenas logré terminar la enseñanza básica...

—Ahora puedes pensar en varias posibilidades.

—Sí...

—Imagino que cuando nazca el bebé será un poco difícil seguir con los estudios, pero con el tiempo todo se arreglará.

—Todo se va a arreglar. —Ella puso la mano sobre su vientre, que aún no había cambiado mucho, y no pude contener el impulso de tocarlo también.

Esperaba que el caos en el que la había encontrado finalmente se hubiera disipado y pudiéramos preocuparnos solo por el niño que estaba en camino.

—Tenemos que encontrar una buena obstetra para que te acompañe. Y redecorar la habitación de invitados.

—Solo necesitamos una cuna.

—Quiero un empapelado con animalitos o princesas.

—¡Eros! —Ella entrecerró los ojos y me dio un golpe en el pecho con la mano, salpicándome un poco de agua.

—¿Qué dije de malo?

—No hace falta exagerar.

—No creo que sea exagerado. Solo es decoración, muebles, juguetes...

—Yo no tuve nada de eso. —Ella frunció los labios.

—La situación es diferente...

—Sí...

—No tengas miedo de las cosas buenas que puedes tener ahora.

Ella respiró hondo y me miró fijamente.

—Si es una niña, podemos comprar una casa de muñecas.

—¡Sí, podemos!

—Siempre he querido tener una.

—Tendrá una casa de muñecas, ropa para las muñecas y muchas muñecas.

Graciela cerró los ojos acariciándome la cara y yo la atraje hacia mí para besarla de nuevo. Sabía de la infancia humilde y la vida difícil que había tenido, pero a mi lado sería diferente.



GRACIELA

Capítulo cuarenta y cuatro

Eros salió por la mañana para ir a trabajar y me dejó una tarjeta de crédito, el teléfono de los principales restaurantes y la farmacia más cercana, pero me aseguró que si lo necesitaba, haría lo posible por aparecer allí lo antes posible.

No quería seguir entorpeciendo su trabajo y tenía que arreglármelas sola.

Después de desayunar lo que él había pedido para nosotros, lavé los platos, los guardé en el armario y me acerqué a la ventana.

Estábamos muy altos y ver los pequeños coches abajo me provocó un poco de vértigo, haciendo que diera un paso tambaleante hacia atrás. Esperaba que con el tiempo me acostumbrara a todas las diferencias del lugar en el que había vivido toda mi vida.

Fui a la sala y tomé mi móvil. Con acceso al wifi del apartamento, había descargado algunas aplicaciones de idiomas y me dedicaría a estudiar mientras Eros pasaba el tiempo fuera. Tenía que acostumbrarme al inglés lo antes posible si quería valerme por mí misma.

Me acomodé en el espacioso sofá y comencé la primera lección, pero me costaba concentrarme mientras mi mente divagaba de un lado a otro.

Necesitaba conectarme y sentirme menos perdida.

El teléfono fijo empezó a sonar a mi lado y me asusté al darme cuenta.

Me pregunté si debía contestar o no, pero luego pensé que Eros podría estar intentando hablar conmigo.

—¡Hola!

—¿Quién es? —La voz femenina al otro lado no era la que esperaba.

—Graciela.

—¡Ah, sí! La latina. Entonces mi hijo realmente ha vuelto a casa.

—¿Hijo?

—Supongo que no te habrá hablado mucho de mí —empezó a hablar en español para que pudiera entenderla mejor—, pero Eros es así. Se esconde en su burbuja y Evelyn es la única que puede entrar en ella.

—Lo siento.

—Ah, querida, no te preocupes por eso. Solo estoy aliviada de saber que mi hijo ha vuelto a Canadá.

—Llegamos ayer. —No sabía si debía darle esa información, pero se me escapó antes de que pudiera contenerme.

—Llevo toda la mañana intentando llamarlo y no he podido. Por eso he probado con el número fijo del apartamento.

—Me dijo que hoy tendría varias reuniones.

—Ahora lo entiendo.

La llamada se quedó en silencio durante unos segundos y volví a ponerme tensa. No era exactamente así como esperaba conocer a la madre de Eros.

—¿Estás bien?

—Sí.

—Te llamas Graciela, ¿verdad?

—Sí, ¿y usted?

—Cloé.

—Encantada.

—El placer es mío. Imagino que te estarás adaptando y acomodando, pero si necesitas ayuda con algo, solo tienes que pedírmelo.

—Le agradezco su disponibilidad.

—No hay de qué. Espero que Eros pueda traerte a mi casa para que podamos conocernos en persona.

—Así es.

—Que tengas una buena tarde.

Cuando la mujer colgó el teléfono, yo todavía estaba un poco tensa, pero recordé toda mi conversación con María sobre perder el miedo y disfrutar de la vida que estaba teniendo allí. Por muy aterrador que hubiera sido hablar por teléfono con la madre de Eros, ella había sido amable y me había tratado bien. No tenía por qué tenerle miedo, al menos eso esperaba.

Después de ese momento de tensión, tomé algo para comer de la nevera y volví a estudiar el idioma. Si realmente quería empezar la universidad, tenía que estar preparada para seguir las clases lo antes posible.



Capítulo cuarenta y cinco

Estaba agotado cuando llegué a casa después de pasar el día en la agencia. Por mucho que hubiera intentado resolver la mayoría de los asuntos pendientes mientras estaba fuera, me habían dejado muchos inconvenientes para cuando volviera y trataron de manifestármelos todos de una sola vez. Me dolía la cabeza de tantos problemas, reuniones e informes. Clientes que querían hablar conmigo por la simple necesidad de atención o empleados que no habían hecho exactamente lo que yo esperaba. Sin embargo, en cuanto abrí la puerta del salón y mis ojos se encontraron con los de Graciela, una sonrisa inusual me apareció y fue como si el dolor de cabeza hubiera desaparecido. Esto me permitió concentrarme en los planes que había hecho para nosotros.

—¡Hola! —Se pasó la mano por la cara morena un poco torpemente.

—¡Hola! —Dejé mis llaves sobre un mueble cerca de la puerta y solté mi maletín, acercándome a ella y acomodándome en el sofá antes de inclinarme para darle un beso.

—¿Qué tal el trabajo?

—Ajetreado. —Hice una mueca y ella se rió—. ¿Y tu día? —Le acaricié la cara con la punta de los dedos y ella cerró los ojos para sentir mi contacto.

—Estudié y hablé con tu madre.

—¿Con mi madre? —Abrí los ojos sorprendido por esa información.

—Llamó. —Graciela señaló el teléfono fijo—. Dijo que había estado intentando hablar contigo todo el día y no había podido.

—¿Pero llamó por algo importante?

—Creo que solo quería saber cómo estabas.

—¿Dijo que quiere conocerte?

Graciela asintió con la cabeza.

—No vas a poder escapar de eso. —Hice una mueca y Graciela me dirigió una sonrisa pícara, como quien se está divirtiendo.

—¿Debería tenerle miedo?

—Quizás solo deberías tener un poco de valor.

—Entonces no es tan grave.

—Sí. —Le levanté el mentón y le di otro beso. Tenerla allí conmigo me hacía sentir mejor hombre, más feliz. Siempre había querido tener una familia, pero Violet nunca había sido la mujer adecuada. Graciela sí lo era.

Esperaba que mi familia se diera cuenta de lo importante que era ella para mí y la apreciaran de la misma manera.

Me sentía cada vez más enamorado de ella y podía ser feliz.

—¿Tienes hambre?

—Un poco.

—Vamos a arreglarnos y te llevaré a cenar.

—Podemos pedir una pizza.

—¿Por qué vamos a pedir solo una pizza si puedo llevarte a uno de los mejores restaurantes de Toronto?

—¡No exageres! Ni siquiera tengo ropa para ir a un sitio así.

—Ahí hay otra cosa que tenemos que hacer. Comprarte ropa nueva, sobre todo ropa de abrigo, ya que vienes de un lugar mucho más cálido.

—Eros...

Le agarré el mentón a Graciela, impidiéndole seguir hablando, y le di otro beso, capturando sus palabras.

—Déjame cuidar de ti.

—No quiero ser una carga.

—No eres una carga, eres mi felicidad.

Graciela abrió la boca varias veces, pero no pudo decir nada más, mis palabras la habían desconcertado. Sin embargo, no solo estaba tratando de hacerla feliz, era la pura verdad. Desde que Graciela entró en mi vida, me sentía un hombre mejor, más feliz.

A diferencia de mi ex novia, que quería lo máximo de mí, regalos, mimos y atención, Graciela no intentaba absorberme todo el tiempo, al contrario, me ofrecía mucho más de lo que ella podía percibir.

—Eros, no sé cómo agradecerte todo lo que has hecho por mí.

—Solo sé tú misma y preocúpate por cuidar de nuestro hijo. —Bajé una de mis manos para tocar su vientre—. Por cierto, mañana mismo voy a buscar una nueva doctora para que te haga el seguimiento aquí.

—Gracias.

—Ahora vámonos. —Me levanté del sofá y tiré de su mano para que me siguiera—. Voy a darme una ducha rápida mientras tú te cambias para salir. Además, será una buena oportunidad para conocer un poco la ciudad. También tenemos playa, ¿sabías?

—¿Ah, sí?

—No se puede comparar con lo que estás acostumbrada, pero puede hacerte sentir un poco más como en casa.

—Me encantará conocerla.

—Me lo imaginaba.

Le solté las manos cuando ya estábamos en la habitación y empecé a desvestirme. Me quité la corbata que me había estrangulado todo el día y el traje gris, y luego entré en el baño. Quería arreglarme rápido para que pudiéramos aprovechar mejor la noche.

Estar con ella me dio energía, a pesar de estar tan cansado. Quería enseñarle la ciudad, hacer que se divirtiera y, sobre todo, dejar atrás todo lo malo de su antigua vida.

A mi lado sería diferente.



GRACIELA

Capítulo cuarenta y seis

No tenía ropa adecuada para ir a un restaurante elegante de Toronto, pero a Eros no parecía importarle y, cuando me vio con unos jeans viejos y una camiseta de flores, junto con una sudadera, esbozó una amplia sonrisa que me animó. A pesar de ser un tipo rico, era evidente que no le importaba mi origen.

Cada vez más, me decía a mí misma que tenía que dejar de lado mis miedos y permitirme vivir a su lado. Podría ser feliz y proporcionar una buena vida a mi bebé. La posibilidad de estudiar me llevaría más allá de cualquier destino que pudiera encontrar en la ciudad donde nací.

Aún estaba analizando mis opciones, pero estaba decidida a intentar ingresar a la carrera de Derecho. Tendría que esforzarme para aprobar la universidad, pero era una oportunidad que no había tenido antes.

Salimos del apartamento tan pronto como estuvimos listos y nos dirigimos en el coche de Eros al restaurante que él había elegido.

Seguía mirando con admiración la ciudad, fijándome en los edificios altos, los letreros tecnológicos y toda la modernidad. Toronto era una ciudad fría, pero al mismo tiempo se mostraba acogedora. Después de que Eros me dijera que tenía playa, supe que podía enamorarme de ese lugar.

Nos detuvimos en la puerta del restaurante y Eros dio la vuelta, me tendió la mano y luego le entregó la llave a un aparcacoches.

Solo había estado en un lugar tan lujoso antes, y fue también con él. El piso de madera, la decoración ostentosa con lámparas de cristal... todo era tan elegante que me sentí fuera de lugar, sobre todo cuando tuve la sensación de que todos me estaban mirando.

Sin embargo, cuando me entraron ganas de salir corriendo, casi escuché la voz de María resonando en mi cabeza:

No les debes nada. Estás con un chico guapo que te ama y quiere hacerte feliz. ¡Disfrútalo!

—¡Buenas noches! —Una mujer en la entrada nos miró y sonrió.

No había desprecio en su mirada y eso me tranquilizó. Quizás toda esa ansiedad era cosa mía.

—He hecho una reserva para dos personas.

—¡Señor Eros! Bienvenidos, por favor, acompáñenme.

Nos guió hasta una mesa cerca de la ventana y me acercó una silla para que me sentara.

—Señorita.

—Gracias.

Eros se sentó frente a mí y la mujer nos entregó un menú a cada uno.

—Ella es muy amable —le comenté.

—Me alegro de que te sientas bienvenida.

—Creo que gran parte del miedo está en mí —tuve que confesar.

—Quiero que te sientas bien aquí.

—Sé que te estás esforzando por ello.

—Por supuesto que sí. —Eros se movió y sacó algo del bolsillo; cuando se levantó, mi corazón se aceleró.

—Eros...

—Graciela, quiero que vivas conmigo, que seas feliz a mi lado y que construyamos una vida duradera juntos.

Realmente no me lo esperaba cuando se arrodilló junto a la mesa y abrió una caja con un anillo.

Estar con él, vivir juntos, ya era mucho más de lo que podía soñar, pero Eros estaba yendo más allá.

—¿Quieres casarte conmigo?

Era como si se me cerrara la garganta, la sorpresa era tanta que no podía hablar ni respirar bien.

Moví la cabeza discretamente y me di cuenta de que todo el mundo en el restaurante me estaba mirando, pero no por mi aspecto o mi ropa, sino esperando que diera una respuesta.

—¡Responde ya, muchacha! —exclamó una señora que estaba sentada a unas mesas de distancia.

—¡Sí! —grité, y mi voz resonó en todo el salón—. Quiero.

Eros esbozó una enorme sonrisa de alivio al levantarse, me puso el anillo en la mano y me dio un beso.

—Te amo, Graciela.

—Yo también te amo, Eros. —Le acaricié la cara un poco antes de alejarnos. Todavía me costaba creer que esto estuviera pasando.

—¿Champán para celebrar? —Me di cuenta de que un camarero estaba detrás de nosotros.

—No —respondió Eros—. Nada de alcohol, está embarazada.

—¿Tiene zumo de naranja? —pregunté sin saber muy bien qué decir.

—Se lo traeré. —El camarero me sonrió.

—También puede traer nuestros entrantes —dijo Eros.

Volví a acomodarme en la silla mientras observaba el anillo en mi mano. Era precioso, con bandas de oro que sostenían una gran piedra que debía de haber costado unos cuantos miles. Sin duda, era el símbolo de mi nueva vida.

—Gracias, Eros —dije, tocando suavemente su mano sobre la mesa.

—Quiero hacerte feliz.

—Puedes estar seguro de que lo estás haciendo.

—Me alegro de saberlo. —Se inclinó para acariciar mi rostro, pero se apartó cuando el camarero se acercó con una bandeja con nuestra ensalada de entrada y los vasos de zumo de naranja.

Todavía estaba triste por lo que le había pasado a mi hermano y por las razones que me habían llevado a abandonar mi país, pero sentía que cada vez tenía más motivos para estar feliz.

Eros y yo íbamos a tener un bebé y nos íbamos a casar.



Capítulo cuarenta y siete

En cuanto terminamos de cenar, me quedé mirando a Graciela y me di cuenta de lo radiante que estaba.

Me gustaba ese brillo en su mirada, la alegría con la que me miraba, y quería que siempre estuviera así.

Estaba a punto de pedir la cuenta para llevarla a casa cuando mi móvil vibró en el bolsillo. Quise ignorarlo, pero su insistencia me confirmó quién era.

Evelyn:

¿Dijo que sí?

¿Le ha encantado el anillo que le he elegido?

Cuéntame, estoy ansiosa.

Eros:

Dijo que sí.

Evelyn:

¡Genial!

Mi hermano se va a casar otra vez.

Eros:

¡Otra vez no! En realidad me casaré por primera vez.

Evelyn:

¡Sí! Te deseo mucha felicidad.

Eros:

Gracias.

Evelyn:

Sabes que tienes que presentársela a nuestra madre antes.

Eros:

Lo sé.

Pero primero quiero prepararla.

Evelyn:

No es como si nuestra madre fuera una bruja.

Eros:

Graciela ya ha pasado por muchas cosas.

Evelyn:

Tienes razón.

Eros:

Estoy con ella en el restaurante. Hablamos luego.

Evelyn:

Ok.

Guardé el móvil en el bolsillo y me di cuenta de que Graciela me estaba mirando fijamente.

—¿Algo del trabajo? —Se mordió el labio inferior al atreverse a preguntar.

—No. —Le sostuve la cara, acariciando su suave rostro—. Solo Evelyn queriendo saber tu respuesta a mi propuesta de matrimonio.

—Tu hermana es un encanto.

—La mayor parte del tiempo. —Hice una mueca y mi prometida se rió.

—¿Puedo suponer que ella te ayudó a elegir el anillo?

—Tuvo una pequeña participación. ¿Te gusta? —Me puse tenso mientras esperaba su respuesta.

La sonrisa de Graciela se amplió aún más.

—Me encanta.

—¡Qué bien! —Le agarré el mentón y le di un rápido beso—. ¿Quieres comer algo más?

—Estoy llena.

—Entonces vamos a casa.

Ella asintió y llamé al camarero para pagar la cuenta. Luego la acompañé fuera del restaurante, donde algunos clientes que habían visto mi propuesta de matrimonio me felicitaron.

Graciela estaba tensa cuando entramos, pero al salir, me di cuenta de que estaba mucho más relajada. Finalmente, después de la propuesta, ella entendió lo importante que era para mí y cuánto deseaba que estuviéramos juntos.

El aparcacoches me entregó la llave de mi coche. Me encantaba el deportivo, pero cuando naciera el bebé necesitaría otro con más espacio para poder meter una silla infantil y otras cosas del bebé.

—Eros... —Graciela parecía inquieta cuando se acomodó en el asiento del copiloto a mi lado.

—¿Qué pasa? —La miré mientras arrancaba el coche.

—Sé que puede ser pedir demasiado... —Empezó a jugar con el dobladillo de su blusa y me di cuenta de lo avergonzada que estaba.

—Dime, amor. —Usé un tono cariñoso para animarla.

—Me gustaría que María estuviera aquí, que viniera a nuestra boda. No sé si será posible, pero ella es todo lo que me queda y me gustaría que esté presente.

—Encontraré la manera de traerla.

—¡Gracias!

—No tengas miedo de decirme o pedirme cosas, Graciela.

—No quiero ser una molestia para ti.

—Puedo asegurarte que no lo eres.

Ella extendió la mano y tocó la mía sobre el volante, lo solté para agarrarla y llevé su dorso a mi boca, besándola con cariño.

—Eres un sueño.

—Soy muy real.

Admito que la forma en que Graciela reaccionaba ante mí también me hacía feliz. Mientras que Violet tuvo la indecencia de traicionarme con mi mejor amigo, mi nueva prometida me miraba como si realmente fuera alguien especial e importante para ella. Así quería sentirme.

Era tarde y las tiendas estaban a punto de cerrar. Decidí dejar las compras para otro día y llevarla a casa.

Teníamos motivos para celebrar y pasar una buena noche juntos.

En cuanto aparqué en el garaje, di la vuelta al coche y le abrí la puerta.

—Voy a acabar malcriada.

—Será por una buena razón. —La atraje hacia mí, rodeándole la cintura, y acerqué su boca a la mía.

Graciela separó sus labios y correspondió al beso con la misma intensidad. Sumergí mi lengua explorando cada rincón de su boca y la empujé contra el lateral de mi coche.

—Eros, estamos en el garaje... —Ella subió sus manos por mis hombros y enredó sus dedos en mi chaqueta.

—Ya hemos tenido sexo en otros lugares públicos antes. —Deslicé mis manos por sus muslos, rodeando su cuerpo y haciéndola reír nerviosamente.

—Pero allí no había cámaras.

—Es un buen argumento. —Le mordí el cuello, haciéndola estremecerse—. Ven. —Me agaché para tomarla en brazos y la llevé al ascensor.

Graciela movió el cuerpo solo para pulsar el botón de mi piso y volvió a rodearme el cuello.

Disfrutaba del dulce sabor de sus labios cuando se abrieron las puertas metálicas y la llevé en brazos hasta mi apartamento.

La dejé en el suelo solo para sacar la llave de los bolsillos y entramos juntos.

—Ahora no hay cámaras —le dije al oído.

—¿Y debería tener miedo? —Se estremeció.

—Quizás un poco. —Le mordí el mentón, arrancándole un gemido y haciendo que echara la cabeza hacia atrás.

Graciela tenía un cuerpo precioso que me provocaba y excitaba desde que nos conocimos. Más que dulce, amable y simpática, era muy sexy, y solo con rozarme contra ella, mi verga se ponía dura y latía dentro de mis pantalones.

Subí con las manos, rodeando el costado de su esbelto cuerpo hasta agarrar sus tetas de tamaño moderado. Ella gimió y yo apreté con un poco más de fuerza mientras mi boca bajaba hacia su cuello.

La mordí, la besé y la presioné con la lengua, animado por los sonidos que le provocaba y por sus manos recorriendo mi espalda.

Cada vez estaba más feliz con ella y convencido de que podríamos tener una buena vida juntos, a pesar de que sus orígenes diferían mucho de los míos.

Le bajé la cremallera de la sudadera y la tiré al suelo mientras mi boca se dirigía hacia su cuello. La mordí y la besé mientras sujetaba el dobladillo de su camiseta y apartaba la cara solo para quitársela, haciendo que Graciela levantara los brazos para que pudiera quitarle la prenda.

Volví a besarla, sumergiendo mi lengua en su boca, usando los dedos para palpar su sujetador, apretando sus tetas y haciendo que se frotara contra mí mientras la tocaba. Mi verga estaba cada vez más rígida, palpitando dentro de mis pantalones. Graciela me ponía muy caliente y las ganas de estar dentro de ella eran cada vez mayores.

La llevé conmigo al sofá y la hice sentarse, aprovechando el momento para quitarle los pantalones y las bragas. Ella se movió hacia delante y me desabrochó el cinturón. Dejé que me quitara los pantalones mientras me preocupaba por la camisa. Tiré mis zapatos de cuero lejos y pronto estaba desnudo como ella.

Me senté a su lado en el sofá y la atraje hacia mi regazo, haciendo que se sentara encima mío. Su vagina quedó sobre mi

verga y ella se movió ligeramente, frotándose contra mí y demostrando su humedad.

—Eros...

La atraje hacia mí por el cuello y le soplé en la oreja, haciéndola estremecerse antes de susurrar su nombre:

—Graciela.

La excitación la hizo frotarse más contra mí y mi deseo también latía con más fuerza. Estaba loco por penetrarla y no tuve más ceremonias antes de agarrarla por la cintura y levantarla un poco para que mi verga encajara en su entrada.

Gemí al deslizarme en su canal húmedo y apretado y, tan pronto como me acomodé, sus paredes se contrajeron, aumentando aún más mi placer.

La animé a poner los brazos sobre mis hombros y la agarré por la cintura, haciendo que empezara a moverse. Yo la ayudaba, pero era ella quien dictaba los movimientos, balanceándose, subiendo y bajando con mi verga clavada en su interior.

Quité una de mis manos de su cintura y volví a llevar su boca a la mía, rendida en un beso mientras el ritmo de nuestros cuerpos se hacía más intenso.

Mi placer comenzó a acercarse y me contuve para no llegar al clímax antes que ella. Apreté su culo y la froté más contra mí. Graciela gimió contra mi boca y supe que iba por buen camino.

Continuamos así durante unos minutos más, con esa deliciosa fricción, con ella moviéndose sobre mi regazo hasta que Graciela alcanzó el orgasmo y yo me uní a ella, dejando que el placer fluyera en una intensa ola que me dejó exhausto.

Jadeando, mantuve mi frente apoyada en la suya hasta que nos recuperamos de la explosión.

—Mi prometida... —Le acaricié la cara.

—Así es… —Graciela esbozó una amplia sonrisa antes de volver a besarme.



GRACIELA

Capítulo cuarenta y ocho

Hice una foto de mi anillo de compromiso y se la envié a mi mejor amiga. Me había pasado toda la mañana mirando esa pieza de metal y aún no podía creer que fuera real.

María:

¡¿Te ha pedido matrimonio?!

Graciela:

Sí, lo ha hecho, jejeje.

María:

¡Vaya! Y tú que tenías tanto miedo de que no saliera bien.

Graciela:

Todavía me cuesta creerlo.

María:

Pues créetelo. Daría un brazo por estar en tu lugar.

Graciela:

No exageres.

María:

Es verdad. Sé feliz, amiga. Te lo mereces.

Graciela:

Gracias. Quiero que vengas a la boda. Se lo he pedido a Eros y me ha dicho que se encargará.

María:

Por supuesto que iré, no me lo perdería por nada del mundo.

Graciela:

Hablamos luego.

Dejé de intercambiar mensajes con mi mejor amiga cuando vi a Eros abrir la puerta de la sala, tomándome por sorpresa.

—¡Hola! —Sonreí ampliamente cuando mis ojos se encontraron con los suyos.

—¡Hola!

—¿No es un poco pronto para que llegues? —Miré la hora en la pantalla de mi móvil y aún no eran más de las cinco de la tarde.

Dejó el maletín en el sofá y empezó a quitarse la corbata.

—Le dije a mi secretaria que tenía que llegar antes a casa porque tenía una cita contigo.

—¿Conmigo? —Mis mejillas se sonrojaron.

No es que no estuviera interesada en acostarme con él. Simplemente no lo esperaba a esa hora.

Me arrastré por el sofá hasta acercarme más a él y le toqué la cara, atrayéndolo hacia mí para que nos besáramos. Mi prometido respondió, pero me sorprendió aún más cuando se apartó.

—Vamos a salir. —Me acarició la mejilla.

—Pero ya salimos a cenar ayer.

—Los planes para hoy son diferentes.

—¿Cuáles? —Levanté las cejas, sorprendida.

—Te llevaré al médico para saber cómo está el bebé y hacerte un seguimiento aquí en Toronto, y luego iremos de compras.

—De acuerdo.

—¿En serio? —Se sorprendió.

—Sí. Quiero saber cómo está el bebé. —Puse la mano sobre mi vientre, buscando sentirlo. Era cierto, realmente estaba preocupada por nuestro hijo.

—¡Genial!

Ante su sonrisa, me levanté del sofá para cambiarme. Me puse algo que me pareció más presentable y Eros se cambió el traje por una ropa menos formal antes de salir de casa.

Condujo hasta un enorme hospital con una fachada de cristal y letras que destacaban en el horizonte. Creía que había buenas clínicas y centros médicos en la ciudad donde nací, pero nada comparado con aquello.

Me esforcé por dejar de hacer comparaciones y martirizarme. Ahora era diferente, toda mi vida había cambiado. Eros y yo nos íbamos a casar y Toronto sería mi hogar.

—Qué bonito hospital —dije cuando salimos del coche en el aparcamiento.

—Es muy bello —respondió Eros, tendiéndome la mano.

Caminamos hasta la recepción y él informó que tenía una consulta con una obstetra. Rellenaron mis datos en un formulario y esperamos un poco hasta que mi nombre apareció en los monitores, indicando la consulta a la que debía acudir.

Eros me acompañó y nos recibió una mujer rubia, de unos cincuenta años, con una amplia sonrisa.

—¿Tú debes de ser Graciela?

—Sí, doctora Miller.

—Bienvenida. —Hizo un gesto para que entrásemos y cerró la puerta del consultorio—. Estás embarazada, ¿verdad?

Asentí con la cabeza.

—¿Tiene alguna prueba previa?

—He traído algunos exámenes que le hicieron en una clínica de República Dominicana —respondió Eros.

—¡Genial! Voy a echarles un vistazo y también pediré algunos nuevos que se pueden hacer hoy mismo aquí en el hospital.

—De acuerdo.

—¿Te puedo examinar?

Asentí con la cabeza y ella me entregó una bata de hospital, indicándome la puerta del baño para que pudiera cambiarme.

La doctora fue muy amable mientras me examinaba. Tuve que pedirle que repitiera algunas cosas, porque todavía me estaba acostumbrando al inglés, pero fue paciente y aclaró varias de mis dudas como madre primeriza.

Después de la consulta, con algunas recetas en la mano y solicitudes de pruebas, Eros me llevó a que me sacaran sangre y luego fuimos a la ecografía. Cuando entramos en la sala y vi a un

hombre, di un paso atrás con miedo, pero Eros me sujetó por los hombros.

—Tranquila.

—Es un hombre. —Miré a mi prometido, hablando en español.

—Está de guardia.

—Pero me va a ver desnuda. —Apreté los dientes con incomodidad—. ¿No te molesta?

Eros negó con la cabeza.

—Solo es un médico, cariño.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—¿Todo bien? —me preguntó el médico y tuve que lidiar con mi miedo para mirarlo a los ojos.

Había sido criada por un hermano sobreprotector y aún me costaba darme cuenta de que no tenía por qué tener ciertos miedos.

—Creo que ya podremos saber si es niño o niña —dijo Eros en voz baja, dándome una excelente razón para querer hacerme esa prueba.

—Voy a cambiarme —le dije al médico.

—La bata está en el baño, póntela con la abertura hacia delante y puedes dejar tus pertenencias allí.

—De acuerdo.

Entré en la habitación y me cambié rápidamente, por más que tenía vergüenza, estaba muy ansiosa por saber el sexo de mi bebé. Esto aumentaría aún más mi expectativa por su llegada.

Volví a la sala y Eros me ayudó a tumbarme en la camilla. El médico me colocó una sábana sobre las piernas y me pidió que las mantuviera abiertas.

Miré a mi prometido y él me tomó la mano. Su expresión serena me indicaba que todo iba bien y conseguí relajarme un poco. Apreté sus dedos cuando sentí el aparato y Eros me lanzó un beso.

—¿Está todo bien? —murmuró.

—Sí —dijo el médico, haciendo que lo mirara—. Su bebé está bien. Imagino que querrán saber el sexo.

—Por favor —respondió Eros.

—Es una niña.

—¿Una niña? —Miré al médico y luego a mi prometido.

—Así es, una niña.

—Será tan guapa como tú—. Eros me besó el dorso de la mano y me sentí muy cohibida.

Me habría alegrado cualquiera de los dos sexos, pero poder imaginar a nuestra hijita me hizo aún más feliz.

Mi esperanza creció y finalmente pude ver lo que María tanto comentaba. Solo necesitaba permitirme disfrutar de una etapa con más alegrías.



Capítulo cuarenta y nueve

Una niña...

Mientras acomodaba a Graciela en el asiento del coche, pensaba en nuestra hija y la imaginaba corriendo por mi apartamento incluso antes de haber nacido.

A pesar de conocer a varios tipos de personas que llevarían una vida completamente diferente con la fortuna que yo tenía, yo quería esos momentos y la sencillez de una vida en familia. Nunca tuve vocación de mujeriego, tal vez por eso Violet me había tomado por tonto. Sin embargo, Graciela me estaba dando la vida que realmente quería, una esposa amable y hermosa, e hijos.

—¿Vamos al centro comercial? —Me giré hacia ella mientras me abrochaba el cinturón y arrancaba el coche.

—¿Podemos comprar ropa para el bebé?

—Estaba pensando en comprarte ropa a ti.

—Lo sé, pero...

—También me gustaría ir a una tienda de bebés.

—¡Qué bien!

Su entusiasmo me alegró aún más.

—¿Ya has pensado en algún nombre? —Maniobré para salir del estacionamiento y tomé la avenida, recordando el camino para llegar al centro comercial.

—Pensé que lo decidiríamos juntos.

—Y lo haremos. ¿Qué sugerencias tienes?

—¿Magdalena?

—¿Estás bromeando? —Fruncí el ceño.

—No...

Me quedé callado hasta que ella misma se dio cuenta de mi opinión.

—Ok, no es un buen nombre —dijo.

—¿Esperanza?

—Esperanza... —Se quedó pensativa durante unos instantes.

—Va bien con tu nombre.

—Creo que me gusta. ¿Y qué tal Sophia?

—Por mí, sí.

—¿De verdad? —Parecía emocionada.

—Un nombre bonito para una princesa.

—Entonces nos quedaremos con ese. Sophia...

Graciela inclinó la cabeza pensativa y se giró hacia un lado, observando el tráfico mientras cruzábamos la calle.

—¿Qué pasa? —le llamé la atención.

—Nada... —Suspiró y supe que había algo.

—Sabes que puedes hablar conmigo, ¿verdad?

—Solo estaba pensando en cómo sería si Miguel estuviera aquí.

—Imagino que, de alguna manera, lo está.

—Gracias.

Le sonreí y aparté una mano del volante para acariciarle el muslo. Graciela la cubrió con las suyas y me acarició.

Nos quedamos así un rato hasta que tuve que maniobrar para entrar en el aparcamiento del centro comercial. Detuve el coche y bajamos juntos, caminando hacia las puertas automáticas.

No lo recordaba bien, tal vez porque nunca le había prestado atención, pero había una tienda para bebés justo en la entrada. En cuanto la vio, los ojos de Graciela brillaron y me arrastró hacia dentro.

Me gustó ver su entusiasmo y la animé.

En cuanto entramos en el establecimiento, una vendedora sonriente se acercó a nosotros.

—¡Bienvenidos! ¿En qué puedo ayudarles?

—Vamos a tener una niña —dijo Graciela, poniéndose la mano sobre el vientre.

—¡Felicitaciones!

—Gracias.

—¿Buscan algo en concreto?

—Hemos entrado para echar un vistazo a la tienda —respondí yo.

—Puedo mostrarles los artículos que más les gustan a los clientes.

—Por favor. —Agarré a Graciela por la cintura para guiarla por la tienda detrás de la vendedora.

Tenía pensado comprar ropa para mi prometida, pero salimos con muchas más cosas para la bebé que para ella. Sin embargo, verla feliz también me hizo feliz a mí.



GRACIELA

Capítulo cincuenta

—¡Ah, estás aquí! —Di saltitos de alegría sin moverme del sitio cuando abracé a mi mejor amiga al salir por la puerta de *llegadas* del aeropuerto.

—¡Ah, Graciela, estás tan hermosa!

—¡Gracias! —Me sentí incómoda mientras ella me miraba de arriba abajo.

La vida en Canadá estaba cambiando poco a poco mi estilo y haciéndome dejar atrás a la chica que había sido. Sin embargo, los cambios habían sido para mejor y no podía negar lo feliz que estaba.

Incluso conocer a la familia de Eros no había sido tan terrible como imaginaba. Su madre estaba un poco recelosa, pero me recibió bien cuando fuimos a almorzar allí y fue ella quien me

acompañó a recoger a mi amiga al aeropuerto, ya que Eros y Evelyn estaban en sus respectivos trabajos.

—María —di un paso hacia un lado para que viera a la mujer que estaba detrás mío—, ella es Cloé, la madre de Eros.

—Hola, encantada, señora. —Mi amiga se sintió un poco incómoda, pero esbozó una sonrisa.

—El placer es mío. Bienvenida a Toronto.

—¡Gracias!

—¿Vamos, Graciela? —Cloé se giró hacia mí—. La prueba del vestido será en breve y no debemos llegar tarde.

—¡Ah, el vestido de novia! —Maria volvió a emocionarse, pero se contuvo al ver la mirada de mi futura suegra—. Lo siento —se encogió.

—No pasa nada. —La mujer mayor sonrió y nos indicó el camino.

Volvimos al aparcamiento del aeropuerto y tomamos un taxi que nos llevaría a la tienda de vestidos.

Como toda chica, yo ya había soñado con cómo sería mi boda. Me había inspirado en algunas películas y telenovelas, pero lo que no podía imaginar era que realmente tendría una celebración digna de una princesa.

Tener a Eros a mi lado me hacía pensar que podría tener mi cuento de hadas. Era increíble, pero estaba sucediendo.

—¿Cómo está esa niña? —María extendió la mano para tocarme la barriga.

—Creciendo fuerte.

—Qué buena noticia.

—Estoy deseando ver a mi nieta —comentó Cloé.

—Tienes que ver la habitación que Eros y yo hemos empezado a preparar. Incluso tiene empapelado en las paredes —le dije a mi mejor amiga.

—Vi algunas fotos que me mostraste. Va a quedar muy bonito.

—Sí... —suspiré.

Yo había tenido una vida difícil, pero no dejaba de pensar que mi hija tendría un destino diferente y lo bueno que era eso.

Bajamos frente a la tienda de ropa y las tres entramos. María se quedó boquiabierta y me dio unos codazos. Sabía muy bien lo fácil que era deslumbrarse con todo.

—¡Buenas tardes, señora Bianchi! —Una mujer se acercó a la madre de Eros y la saludó con un beso en la mejilla.

—Hannah, esta es mi futura nuera, Graciela. Como te comenté por teléfono, quiero que encuentres el modelo perfecto para ella.

—Déjelo en mis manos. —La mujer de mediana edad, con aire de estilista, me puso la mano en el hombro.

Por la forma en que ella y la madre de Eros estaban hablando, parecían muy íntimas, pero no me atreví a preguntar el motivo.

—Tenemos aquí a una novia preciosa.

—Gracias.

—Y embarazada...

—De cuatro meses.

—Tenemos que pensar en un vestido que no le quede ajustado en el momento de la boda debido a la barriga.

—Probablemente uno más holgado —comentó mi suegra a la vendedora.

—Encontraremos el vestido perfecto. —La mujer me puso la mano en la espalda y me guió hacia una zona con varios percheros y muchos vestidos.

—¡Te vas a ver maravillosa! —Maria saltaba detrás mío, visiblemente más emocionada.

Deseaba mucho esa boda, convertirme en la esposa de Eros, pero no podía evitar la tensión. Todo lo que había dejado atrás y el miedo a no ser digna de una nueva vida.

Eros era increíble y yo lo amaba. Además, íbamos a tener una hija juntos y eso era todo lo que tenía que preocuparme.

—¿Qué te parece este? —La vendedora me entregó un vestido.

—No sé... —Fruncí los labios mientras lo pensaba.

—No le gusta. ¡Vamos con otro! —respondió mi suegra por mí y yo esbocé una sonrisa forzada.

—No quiero ser demasiado exigente.

—Es tu boda, cariño. Tienes derecho a ser exigente.

—¡Gracias!

—¡Ya ves! —Maria me miró fijamente—. Es tu boda. Sé la princesa que te mereces ser.

—Tienen razón.

—¿Qué te parece ese? —Señalé uno que estaba al final del perchero.

—Puede que te quede ajustado, dependiendo de cuánto crezca tu barriga hasta la boda.

—La boda es pronto y estoy segura de que puedes arreglarlo para que le quede perfecto —le dijo mi suegra.

—Sí, podemos. ¿Quieres probártelo?

—Por favor.

Sacó el vestido del perchero y me llevó a un biombo donde pudiera cambiarme.

Pasé la mano por la tela, sentí las piedras, los bordados y respiré hondo cuando vi el precio.

Es tu día de princesa, Graciela, me dije a mí misma en mis pensamientos y me reí. Tenía muchas ganas de ser feliz con él y todo lo que necesitaba era permitírmelo, porque incluso mi futura suegra estaba siendo amable.

Salí del biombo y me ayudaron a abrocharme el vestido por detrás.

—¡Te queda perfecto! —exclamó emocionada la madre de Eros.

—Mírate aquí. —Me llevaron a un espejo de cuerpo entero.

—¡Vaya! —Me quedé deslumbrada mientras analizaba la prenda. Los pequeños cristales, las perlas y todo el refinamiento—. ¡Es maravilloso!

—Yo también opino lo mismo —dijo María, muy emocionada.

—Quiero este. —Volví a mirar mi imagen en el espejo.

—¿No quieres ver otros? —preguntó la madre de Eros.

—Este es perfecto. —Me agarré la cintura, hinchando ligeramente el pecho.

Estaba sonriendo sin motivo aparente cuando el reflejo de una mujer rubia apareció en el espejo detrás mío y me hizo abrir los ojos como platos.

—¿Quién eres tú? —Me giré rápidamente.

—No puedo creer que Eros se haya enamorado de esto... —Ella frunció los labios con arrogancia.

—Violet... —En cuanto Cloé susurró ese nombre, supe exactamente quién estaba delante mío.

—No sé qué haces aquí, pero será mejor que te vayas. —Apreté los dientes y gruñí a la ex novia de Eros.

—Tengo una amiga que trabaja en la tienda de enfrente. Cuando me dijo que había visto a mi suegra entrar aquí con otras mujeres, no le creí. Pensé que Eros estaba bromeando, pero parece que se volvió lo suficientemente loco como para ponerte un anillo en el dedo.

—Violet, vete —se impuso Cloé.

—¿De qué lado estás, suegra?

—Del lado de mi hijo. —La señora hinchó el pecho, como si no le impactara el espectáculo que Violet estaba montando delante de todos.

—Eros se merece mucho más...

—Para empezar, merece una mujer que no lo traicione.

—Kyle me sedujo. —Comenzó a llorar, como si estuviera desconsolada, pero esas lágrimas de cocodrilo no convencían a nadie—. Solo fui una víctima.

—¿Víctima? —Maria se echó a reír.

—No saben por lo que he pasado...

—No me importa. —Me sorprendí a mí misma con mis propias palabras. Solía ser más altruista, pero esa mujer había hecho sufrir tanto a Eros que no sentía ninguna pena por ella.

—¿Qué?

—Eros es un hombre increíble y aun así lo lastimaste. Fuiste una cretina con él y ¿crees que mereces perdón?

—Me lo merezco. Se cansará de ti y te mandará de vuelta al agujero de donde saliste. Estoy segura.

—¡Lo dudo! —Por reflejo, me puse las manos sobre el vientre.

—¡No es posible! —Se quedó boquiabierta—. Has sido muy rápida. Enseguida has encontrado la manera de quedarte embarazada para atraparlo.

—A diferencia de ti, yo quiero una familia con Eros.

—No sabes nada sobre mí. —Dio un paso hacia mí, pero la madre de Eros y mi mejor amiga se pusieron delante mío para protegerme—. Cloé, ¿no ves lo que está haciendo esta estafadora?

—¿Estafadora? —Me enfadé por la forma en que se refería a mí.

—Sí. Le tendiste una trampa a Eros y él está cayendo como un idiota.

—Mi hijo es feliz —Cloé tenía razón al responder.

—No me creo esa historia.

—No tienes por qué creer nada. —Podría sentirme insegura respecto a muchas cosas, pero la aparición de la ex novia de Eros me hizo darme cuenta de que no quería renunciar a él por nada del mundo. Violet ya había tenido la oportunidad de quedarse con él y la había desperdiciado, ese era mi momento.

—Ten cuidado de cómo me hablas, tú...

—¡Fuera de aquí! —gruñí antes de que siguiera ofendiéndome.

—No puedes hacer eso.

—Señorita... —La mujer de la tienda intentó hablar con ella.

Estaba a punto de decirle algo más cuando vi a alguien entrar en el local. Se me heló la sangre y fue como si la presencia de Violet se volviera insignificante.

—¿Cómo...? ¿Cómo...?

—Por fin te encontré. —Me miró con un aire sombrío.

—Espera un momento. ¿Quién eres tú? —Violet le puso la mano en el pecho.

—¡No me toques, puta de mierda! —La empujó.

—¿Puta? ¿Con quién crees que estás hablando? —Violet le dio un puñetazo en el pecho. Esa loca engreída no tenía ni idea de con quién estaba tratando.

Mi corazón se aceleró cuando vi al hombre sacar la pistola de la funda y apuntar a la cabeza de Violet.

—¿Qué broma es esta? —Ella tragó saliva, pero no perdió su arrogancia.

—¡Cállate!

—Nadie me manda callar.

Todo sucedió muy rápido, casi como un flash. En un momento, la ex novia de Eros estaba enfrentándose a un criminal y, al instante siguiente, él apretó el gatillo. Oí el estruendo del disparo y fue casi como revivir el trauma: ver a mi hermano morir ante mis ojos.

Cloé gritó de terror y María se quedó paralizada como yo, completamente presa del pánico.

El criminal empujó el cuerpo sin vida de Violet a un lado y se dirigió hacia mí, apuntándome con el arma.

—Por favor...

No quería morir, no solo por mí, sino también por la bebé que crecía dentro mío.

—¿Dónde está el dinero? —Me agarró del pelo y me tiró hacia delante, casi cayendo de rodillas.

—¿Qué dinero?

—El que tu hermano nos robó y tú usaste para venir aquí.

—¡No usé nada!

—¡Mentirosa! —Sentí el frío cañón de la pistola presionándome la sien y no sabía si gritar o llorar.

El pánico me consumía y tenía mucho miedo de que me hiciera lo mismo que le había hecho a Violet.

—¿Dónde está el dinero?

—Te juro que no lo sé...

—¿Crees que me vas a engañar? —Me tiró del pelo con tanta fuerza que pensé que me lo iba a arrancar. El dolor era intenso y alimentaba mi pánico.

—No lo haría.

—Por favor, déjanos en paz —pidió la madre de Eros, llamando la atención del criminal.

Él apartó el arma de mi cabeza y apuntó hacia ella.

La madre de Eros abrió mucho sus ojos azules y levantó las manos, sin saber muy bien qué hacer.

—¿Dónde está el dinero? —preguntó de nuevo, y cada vez que oía eso mi desesperación aumentaba.

Mi angustia se convirtió en lágrimas amargas. Sentía que el próximo disparo iría dirigido a mi cabeza y que mi cuento de hadas con Eros llegaría a su fin antes incluso de que nos casáramos. Estar vestida de novia lo hacía todo aún más trágico.

—¿Cuánto necesitas? —preguntó Cloé, recomponiéndose—. Mi hijo tiene dinero, puede dártelo para que nos dejes en paz.

—Su hermano me robó mucho. Atracamos un banco juntos, pero nos traicionó y se quedó con todo el dinero.

No podía creer que Miguel hubiera hecho algo así. Siempre había sido un hombre honesto y justo. Sin embargo, tampoco habría muerto por nada.

—El dólar canadiense vale mucho más que el peso dominicano —dijo María, abriendo la boca y llamando la atención del bandido.

—¿Cuánto consigues? —La propuesta de Cloé logró despertar el interés del delincuente.

—Voy a buscar mi móvil —dijo ella, señalando su bolso.

—¡Cuidado! —Agitó el arma que le apuntaba—. Si intentan llamar a la policía, las mataré a todas.

—Solo voy a llamar a mi hijo y decirle que no involucre a la policía. Él le traerá el dinero.

—Dile que se dé prisa.

Cloé asintió.

Había ganado tiempo, pero yo seguía sin poder respirar con el nudo que se me había formado en la garganta. *¿Cómo había podido Miguel hacer algo así?*

Enredarse con delincuentes, atracar un banco y luego robarles a los tipos. Era como si ya no pudiera reconocer a mi hermano.



Capítulo cincuenta y uno

Estaba analizando un anuncio que había recibido por la mañana. La edición había quedado interesante, pero tenía algunas observaciones que señalar al departamento. Después de los ajustes, el anuncio podría pasar a emitirse en televisión.

Acababa de escribir el correo electrónico, pero antes de que pudiera hacer clic en enviar, mi celular vibró sobre la mesa, llamando mi atención.

Era mi madre y sabía que había ido con Graciela a probarse el vestido de novia. Estaba agobiado con el trabajo y la posibilidad de que ella llamara para quejarse de mi novia no me gustaba nada.

Pensé en no contestar, pero algo me impulsó a hablar con ella de todos modos.

—Hola, mamá. Estoy ocupado.

—Eros, necesitamos dinero.

—¿Qué? No te entiendo. ¿A qué te refieres, mamá? Graciela tiene una tarjeta de crédito, pueden usarla para pagar el vestido, es ilimitada.

—Necesitamos dinero en efectivo, mucho dinero.

—¿Es alguna clase de broma, mamá?

Estaba completamente confundido. Por muy exitoso que fuera y por mucho que mi agencia me hubiera convertido en millonario, mi familia nunca me había pedido dinero, al menos no de esa manera.

—No, cariño. Ven con el dinero a la tienda de vestidos. Trae unos cien mil dólares.

—Mamá...

—Por favor, Eros.

—¿Qué está pasando? Un vestido de novia no cuesta tanto.

—No es para el vestido. —Su voz tensa al otro lado de la línea me alarmaba aún más.

—Mamá.

—Solo trae el dinero, Eros.

—No voy a llevar nada si no me dices qué está pasando —fui enfático, porque ya estaba empezando a sentirme angustiado por esa situación.

—Un amigo de Graciela ha venido aquí y está pidiendo el dinero que parece que se quedó su hermano.

—Uno de los delincuentes. —Se me heló la sangre en ese instante.

Nunca imaginé que ese tipo pudiera seguirnos hasta Canadá. Estaba seguro de que aquí Graciela estaría a salvo, pero me equivoqué.

—Por favor, date prisa.

—Voy para allá.

—No traigas a la policía. —Escuché una voz masculina con acento latino al otro lado de la línea antes de colgar.

¡Graciela!

Me sentí desesperado al pensar en lo que podría pasarle a mi prometida y a mi hija por nacer.

Salí de mi oficina lo más rápido posible y me dirigí al banco.



GRACIELA

Capítulo cincuenta y dos

—¡Quietas! —El ladrón apuntó con el arma alternativamente a la cabeza de cada una de nosotras.

Nos había obligado a quedarnos en el fondo de la tienda y nos amenazaba con el cañón de su revólver de una manera que me aterrorizaba cada vez más.

Encogida y abrazada a mis piernas, intentaba proteger mi vientre a toda costa. Tenía la tonta esperanza de que, pasara lo que pasara, no le haría daño a mi bebé. La niña que llevaba dentro era demasiado importante como para sacrificarla, independientemente del motivo. Mi hija aún no había nacido y sabía que era capaz de hacer cualquier cosa por ella.

—No hace falta que nos hagas daño —dijo Cloé en voz baja—. Mi hijo llegará enseguida y tendrás el dinero.

—Está tardando demasiado.

—Ya sabes cómo son los bancos con los grandes retiros.

—Si llega aquí con la policía, tú serás la primera en morir.

Mi futura suegra tragó saliva.

—Vendrá solo.

—Más vale que así sea. —Le apuntó con la pistola a la cabeza y la mujer palideció aún más.

Después de ese terrible incidente, dudaba que ella siguiera estando a favor de mi matrimonio con su hijo.

Desvié la mirada y vi el cuerpo de la ex novia de Eros sobre el reluciente suelo blanco de la tienda. La herida había formado un charco de sangre alrededor de su cabeza y temía que me pasara lo mismo.

—¿Dónde está su hijo? —El bandido empezaba a impacientarse.

—Espera un poco más.

—Me están mintiendo para ganar tiempo.

—Por favor, tendrás tu dinero... —Tragué las lágrimas para que no irritaran aún más al tipo.

—Estoy aquí. —Todos nos giramos al oír la voz de Eros—. Déjalas ir. —Dejó una maleta negra en el suelo y levantó las manos.

—¿Dónde está el dinero?

—Aquí está. —Pateó la maleta en dirección al bandido, que se alejó de nosotros para comprobarlo. Se agachó para abrir la maleta y se vio obligado a apartar el arma de nosotros.

—¿Cuánto hay?

—Lo suficiente para hacer lo que quieras.

—¿Quién me lo garantiza?

Grité cuando vi una bala atravesar la cabeza del tipo y caer sobre la maleta con el dinero. María me abrazó y yo empecé a temblar de pánico.

—¡Graciela! —Eros vino corriendo hacia nosotros.

—¿Qué ha pasado? —Cloé estaba tan conmocionada como yo.

—Un francotirador de la policía.

—Dijo que no llamáramos a la policía —dijo mi suegra, golpeándose el pecho con las manos, en una mezcla de conmoción y desesperación.

—Solo iban a actuar si era seguro.

—Podría habernos matado.

Eros giró la cabeza y vio el cuerpo de Violet.

—Por suerte, están bien. —Me atrajo hacia él y me envolvió en sus brazos.

—No sé qué ha pasado. —Sollozaba y lloraba.

—No tengo ni idea de cómo llegó al país, pero probablemente siguió a tu amiga.

—Te juro que yo no traje a este tipo aquí —dijo María con los ojos muy abiertos.

—No dije que lo trajiste intencionalmente, pero es posible que... —Eros dejó de hablar cuando los policías entraron en la tienda y comenzaron a acordonar el lugar, empezando por los dos cadáveres.

Todavía estaba confundida con respecto a todo lo que podría haber pasado: mi hermano, las palabras del bandido y ese momento de pánico.

Miré su cuerpo en el suelo una vez más. Esperaba que esa muerte acabara finalmente con toda la pesadilla.



Capítulo cincuenta y tres

Después de prestar declaración a la policía, por fin pude llevarme a Graciela. Ella todavía estaba un poco asustada y no era la única, porque dejé a mi madre en casa en estado de shock, y a mi padre a cargo de ella y de la amiga de mi prometida.

Abrí la puerta de la sala y entré con Graciela.

—¿Quieres un vaso de agua? —le pregunté a mi prometida.

Ella asintió con la cabeza.

—No sé cómo pasó esto...

—Tranquila, cariño. —Le acaricié el hombro—. No fue culpa tuya.

—Violet...

—Estaba en el lugar equivocado, en el momento equivocado.

Sentí una gran incomodidad al pensar en mi ex novia muerta. No me gustaba lo que me había hecho, pero tampoco era ese el destino que yo deseaba para ella.

Senté a Graciela en un sofá de la sala.

—Ahora todo va a salir bien. —Me senté junto a mi prometida —. La policía investigará lo que pudo haber pasado y cualquier posible fallo en la aduana.

—¿Robar un banco? ¿Por qué mi hermano haría algo así?

—No lo sé. Quizás nunca lo sepamos, pero lo importante es que los ladrones están muertos y que tú y nuestra hija están a salvo.

Graciela extendió los brazos hacia mí y la abracé contra mi pecho, acurrucándola de manera que se sintiera cómoda. Yo todavía estaba espantado por lo que podría haberles pasado a ella y a mi madre, pero tenía que mantenerme firme por ella.

—¿Tu madre estará bien con María?

—Iremos a buscar a tu amiga en un ratito, solo quería que respiraras un poco.

—¿De verdad crees que el ladrón la siguió? —Se apartó para poder mirarme a la cara y analizar mi reacción ante esa pregunta.

—No estoy acusando a tu amiga, ni mucho menos. Solo creo que la estaban vigilando. Sabían de la cercanía entre ustedes dos y la utilizaron para saber dónde estabas. Cuando ella se fue de viaje, él la siguió, pensando que podría encontrarte, y lo consiguió.

—Tiene sentido.

—Hablé con la policía. Todo va a salir bien. —La atraje hacia mi pecho y la abracé con más fuerza.



GRACIELA

Capítulo cincuenta y cuatro

En el fondo, sabía que sí. Confiaba en Eros más que en nada, además, los dos criminales estaban finalmente muertos e incluso después de la desafortunada sorpresa que tuve el día de la prueba de mi vestido, imaginaba que nunca volverían a venir a por mí.

Lo único que aún no tenía ningún sentido era que mi hermano se hubiera involucrado con ellos. A pesar de todas las dificultades que había pasado, Miguel siempre se había mostrado un hombre íntegro y honesto.

—Quiero darme un baño. —Me levanté del sofá y me separé de los brazos de Eros.

—De acuerdo.

Ni siquiera se ofreció a acompañarme, probablemente Eros se dio cuenta de que era un momento en el que necesitaba estar sola

para ordenar mis pensamientos. Fui al dormitorio y rebusqué entre mis cosas queriendo hallar ropa para cambiarme.

Encontré el collar relicario con una foto mía y de Miguel que mi hermano me había dado unos días antes de su muerte. Lo toqué como si ese gesto pudiera apaciguar la nostalgia que sentía por él y la tristeza por lo ocurrido. Hasta que sentí que había algo diferente en el objeto que no era solo la foto. Lo aparté y vi una pequeña tarjeta de memoria, como las de los teléfonos móviles.

Me asusté y necesité un tiempo para procesar lo que podía ser. Luego me di cuenta de que Miguel me lo había dado por una razón.

Volví a la sala y vi a Eros sentado en el sofá, jugando con su celular.

—¿Qué pasa? ¿Has decidido no ducharte?

—Encontré esto en un relicario que me dio Miguel.

—¿Una tarjeta de memoria? —Mi prometido frunció el ceño al levantarse y acercarse para verla de cerca. Giró el objeto en mi mano antes de volver a mirarme—. ¿Crees que fue Miguel quien la puso ahí?

Asentí con la cabeza.

—¿Puedes abrirla para ver qué hay dentro?

—Sí, vamos a verlo en mi ordenador.

Fui con Eros hasta la mesa del salón, donde abrió el portátil e insertó la tarjeta de memoria. Lo único que había dentro era un vídeo.

—¡Hola, Graciela! —Se me llenaron los ojos de lágrimas cuando vi la imagen de mi hermano intentando ajustar la cámara del móvil para que lo viera mejor—. Estoy grabando esto porque quizá nunca tenga el valor de contarte la mierda que hice. Siempre hemos sido solo nosotros dos y he hecho todo lo posible por cuidar de ti. Fueron tiempos difíciles y nunca tuvimos mucho, pero nos las

arreglábamos. Pero me desesperé y acabé tomando una decisión terrible. Un día estaba sirviendo mesas en el bar del resort y escuché a unos tipos hablando. Planeaban robar un banco. Yo había descubierto que estabas embarazada y no dejaba de pensar en cómo sería eso. Así que me ofrecí a participar en el golpe con ellos. Pensé que así podría darte a ti y a mi sobrino una vida mejor. Entramos con armas, le pedimos al cajero que llenara unas maletas y salimos de allí con más dinero del que ganaríamos en toda nuestra vida, pero ni siquiera habíamos doblado la esquina y ya me arrepentía...

Me quedé completamente boquiabierta mientras escuchaba el vídeo. De todo lo que podía esperar que mi hermano hiciera en la vida, nada se acercaba a eso.

—Teníamos una vida difícil, pero era honesta, y ¿qué ejemplo le daría a ese niño haciendo las cosas de esa manera? No podía quedarme con ese dinero. Cuando los delincuentes se distrajeron, lo tomé todo y le pedí a un niño que pasaba por la puerta del banco que entrara y lo devolviera. Pensé que así podría librarme del delito. Espero no ser arrestado por eso algún día y que tú me perdones. O que nunca veas este vídeo, lo que ocurra primero. —Se rió.

—Tu hermano no tenía ni idea de en qué se había metido —comentó Eros después de que termináramos de verlo.

—Estaba intentando hacer lo correcto. —Mis ojos se llenaron de lágrimas de nuevo.

—¡Eh! —Eros me abrazó y me apretó contra su pecho, acariciándome el pelo—. Todo va a estar bien ahora. —Me besó en la coronilla haciéndome sentir segura.

Dondequiera que estuviera mi hermano, imaginaba que estaría feliz de ver a mi prometido cuidando tan bien de mí.

—Tenemos que entregar este vídeo a la policía, ¿no? —pregunté con la cabeza aún hundida en su pecho.

—No te preocupes, yo me encargaré de eso, pero hoy no es nuestra prioridad. Ve a darte una ducha y yo llamaré a mi madre. Para saber cómo están ella y tu amiga, y si quieren almorzar con nosotros.

—Debe de estar furiosa conmigo...

—La señora Cloé sabe que no es culpa tuya. Este vídeo aclara muchas cosas y mi madre lo entenderá.

—Gracias por todo, Eros. —Lo abracé con más fuerza.

—Siempre estaré aquí para ti, mi amor. —Me besó con cariño.

—¡Uy! —Me asusté al sentir un movimiento en mi vientre.

—¿Qué pasa? —Le extrañó mi reacción.

—Creo que es ella.

—¿Ella?

Le tomé la mano y la puse sobre mi vientre para que él también sintiera cómo se movía nuestra hija.

—Creo que también tiene hambre.

Me reí de la forma en que lo dijo.

—Voy a darme una ducha. —Me puse de puntillas para darle un beso.

Aún necesitaría tiempo para recuperarme del susto y de todo el trauma, pero el mensaje de Miguel me había tranquilizado. Había cometido un error y las consecuencias habían sido desastrosas, pero al final solo estaba tratando de hacer lo mejor para mí, como siempre había hecho.



Capítulo cincuenta y cinco

Fueron momentos difíciles para Graciela y para el resto de nosotros. Mi madre estuvo a punto de verse envuelta en el fuego cruzado, pero al ver ese altar y la alfombra roja, tuve la certeza de que todo estaba bien.

—¿Estás seguro de que quieres hacer esto? —preguntó mi madre, agarrada de mi brazo mientras caminábamos lentamente.

Sabía que ella quería lo mejor para mí y que el incidente la había dejado conmocionada, pero yo estaba decidido.

—No fue culpa suya.

—Pero no quiero que te hagan daño.

—Está decidido, mamá.

—Sí. —Respiró hondo y finalmente sonrió—. Solo quiero que seas feliz.

—Ya soy feliz. —Me acerqué al altar y ella me abrazó y me dio un beso en la mejilla.

Me arreglé el traje y esperé a Graciela.

Siempre fui el tipo de hombre comprometido, recto y con objetivos bien definidos. El matrimonio formaba parte de mis planes desde el principio. Pero no preveía que fuera a suceder con una camarera de República Dominicana que me haría vivir momentos de tensión y daría un vuelco a mi vida.

En cuanto se abrieron las puertas, esbocé una amplia sonrisa. Ella había elegido un vestido aún más bonito que el del día en que fue sorprendida por el delincuente y su barriga era aún más evidente.

Estaba seguro de que ese momento era la realización de varios de mis anhelos y de que ella sería la mujer que me haría feliz.

—Te amo. —Le tomé las manos entre las mías cuando finalmente nos encontramos frente a frente.

—Yo también te amo, Eros.

La besé rápidamente antes de que el sacerdote diera su permiso, pero a nadie le importó mi anticipación del momento.



GRACIELA

Capítulo cincuenta y seis

Meses después...

—Entrégamela. —Estaba agotada cuando extendí los brazos, esperando a que la enfermera me diera a mi hija.

Después de varias horas de parto, verla hizo que todo valiera la pena y no había nada que me hiciera sentir más ansiosa.

—Aquí tiene. —Trajeron a la recién nacida envuelta en una manta de la maternidad y la acerqué a mi pecho.

—¡Hola, hija!

Tenía los ojitos cerrados, pero los abrió al oír mi voz y se quedó mirándome.

—Es tan hermosa como tú. —Eros se inclinó y me dio un beso en la frente sudorosa.

—Creo que se parecerá un poco a ti. —Busqué sus ojos azules y los comparé con los de nuestra hija, que aún eran difíciles de distinguir.

—Estoy segura de que será preciosa de cualquier manera.

—Yo también. —Le sonreí y Eros me dio un rápido beso.

En la comodidad de ese hospital, con mi bebé en brazos, era difícil pensar en todo lo que había pasado y en las circunstancias que me habían llevado hasta allí.

En algunos momentos todavía pensaba en mi hermano y en cómo habría sido si no hubiera tomado esa pésima decisión. Imaginaba que, dondequiera que estuviera, se alegraría de saber que yo estaba bien.

—Hola, Sophia... —Eros hizo una mueca y la niña siguió mirándonos fijamente.

—Es tan seria como su padre —bromeé con él.

—Ya lo veremos con el tiempo. —Nos acarició a las dos y la alegría en mi pecho se hizo aún mayor.

Ya no me sentía tan fuera de lugar y, después de nuestra boda, estaba segura de haber encontrado mi sitio en el mundo.



GRACIELA

Epílogo

Diez años después...

—Sophia, ven aquí y toma tu lonchera, hija. Tenemos que irnos o mamá llegará tarde al juzgado. —Miré de un lado a otro de la cocina buscando a mi hijo pequeño—. ¡Miguel!

Me pasé la mano por el pelo, tensa.

—Será mejor que no empieces a sudar antes de estar ante el juez. —Eros se acercó por detrás y me rodeó la cintura con los brazos, haciéndome sonreír.

—¿Crees que si le digo que tengo dos hijos muy traviesos estará más dispuesto a fallar a mi favor?

—Eso no encaja realmente con una disputa inmobiliaria.

—Tienes razón. —Me giré de repente y le rodeé los hombros con los brazos. Observé sus ojos azules y me fue imposible no sonreír—. Te amo.

—Yo también te amo. —Me atrajo hacia él y me dio un beso.

—¡Qué asco! —murmuraron los niños y los dos nos reímos.

—Es hora de ir a la escuela. —Me aparté de mi marido para mirarlos.

—¿Tenemos que ir? —refunfuñó Miguel, frunciendo los labios y haciendo una mueca.

—Sí, tienen que ir.

—Llegarás tarde, cariño. —Eros se tiró de la manga de la chaqueta y miró la hora en su reloj de pulsera—. Deja que yo lleve a los niños al colegio.

—¿Estás seguro?

—Adele se encargará de todo hasta que yo llegue.

—Gracias. —Me acerqué a él de nuevo y le di un beso rápido —. No dejes que se olviden de la lonchera y dile a la profesora que Miguel está tomando medicación para la rinitis.

—Déjalo en mis manos.

—¡Buena clase, niños! —Acaricié a cada uno de mis hijos antes de despedirme de ellos y tomar mi bolso para salir del apartamento y bajar al garaje donde estaba mi coche.

Cuando era niña, oía mucho que la vida daba vueltas y que a veces nos sorprendía, pero aún así era una locura pensar que me había convertido en una exitosa abogada en Toronto, tenía un marido al que amaba e hijos que eran lo más importante de mi vida.

Imaginaba que Miguel estaría orgulloso de mí, porque yo lo estaba.

Sobre la autora

Jéssica Macedo tiene 28 años, es de Minas Gerais y figura con menos de 30 años en Forbes Brasil, la lista de los jóvenes más prometedores del país. Vive en Belo Horizonte con su marido, su hija y tres gatos. Escribe para niños y adultos, fantasía, aventura, romance y, sobre todo, literatura picante, todo un fenómeno editorial entre el público femenino.

Autora superventas de Amazon en Brasil y Europa, con sus libros disponibles en 6 idiomas. Jessica empezó a escribir a los nueve años y se convirtió en autora a los 14, con la publicación de su primer libro "El valle de las sombras". Con más de 200 obras publicadas, es escritora, editora, diseñadora y guionista. Ayudó a adaptar una de sus novelas "Eternamente Minha" a un largometraje estrenado en la plataforma Cinebrac. Hoy, Jéssica es el nombre principal de un equipo de autores, en su mayoría mujeres, que componen el catálogo del Grupo Editorial Portal, que fundó a partir de sus experiencias en otras editoriales.

Más información sobre otros libros del autor en las redes sociales.

Facebook - http://www.facebook.com/autorajessicamacedo/

Instagram - www.instagram.com/autorajessicamacedo/

Página web del autor en Amazon - https://amzn.to/2MevtwY


Jéssica
Macedo
escritora

Otras obras



Enlace: https://amzn.eu/d/ddzJsdW

Sinopsis:

Un sinvergüenza la dejó embarazada y rechazó al bebé.

Rafaela Borges vivió el sueño de conocer Italia después de ser enviada por trabajo a este encantador país europeo. Lo que no planeó fue involucrarse casualmente con un sinvergüenza.

Andrea Carraro era un multimillonario del sector vitivinícola que poseía una hermosa propiedad en la región del Véneto, pero a veces iba a Venecia para hacerse pasar por gondolero y acostarse con turistas a las que nunca volvería a ver.

Rafaela debería haber sido solo una de esas aventuras, pero la joven había sido enviada para negociar la importación de los vinos del multimillonario. Eso le permitió descubrir quién era él en realidad.

El destino hizo que el sexo casual diera fruto, pero el sinvergüenza no creyó que el bebé fuera suyo.



Enlace: https://amzn.eu/d/g6WyHCp

Sinopsis:

Matteo Ferraro es un multimillonario italiano acostumbrado a tener el mundo a sus pies, y a las mujeres también. Frío, implacable en los negocios y dueño de un encanto devastador, vive para expandir su imperio, sin dejarse distraer por nada que no pueda controlar.

Al menos así era… hasta que pisó Belo Horizonte para cerrar un contrato y se topó con Priscilla.

Seis años atrás, Priscilla se dejó envolver por Matteo en una noche mágica y pagó el precio cuando él la descartó sin remordimientos. Regresó a Brasil con el corazón hecho pedazos y con una revelación que cambiaría su vida para siempre: estaba esperando un hijo de él.

Desde entonces, Priscilla hizo de todo para mantener a Luca lejos de ese hombre, criando al niño sola y enterrando el pasado como podía. Sin embargo, el destino tiene sus propios planes y, cuando Matteo reaparece inesperadamente en su vida, la muralla que ella construyó comienza a desmoronarse.



Enlace: https://amzn.eu/d/8mYfQf3

Sinopsis:

Rico desde que nací, crecí en una burbuja, alejado de la gente común y rodeado solo de personas como yo. Heredero, a punto de asumir un imperio, era tratado como tal. Sin embargo, había algo en mí que me impulsaba a querer conocer una versión del mundo en la que la gente no me viera como el futuro director ejecutivo de Fontana Emprendimientos.

En una loca aventura, tomé el coche del jardinero y me hice pasar por conductor de aplicación, conociendo a gente diferente y yendo a lugares de la ciudad que nunca había frecuentado. Fue entonces cuando la conocí.

Llorando, Thaís se subió al coche después de haber visto a su ex novio engañándola. Decidí llevarla a distraerse, pero nuestra

noche acabó yendo mucho más allá de unas hamburguesas y unas risas.

Entonces mi padre enfermó y tuve que dejar de lado las distracciones para asumir mi responsabilidad con todo el legado que me estaba dejando. Pensé que nunca volvería a ver a Thaís, pero la reencontré un tiempo después y descubrí que estaba embarazada y que yo era el padre del bebé. Pero, para ella, yo no era más que un humilde chofer, así que vi la oportunidad de construir una relación que no se basara en mi dinero. Sin embargo, las mentiras no duran para siempre. En algún momento tendría que decirle quién era yo en realidad.

Redes sociales (del editor)

Sitio web del editor: https://grupoeditorialportal.com.br/

Instagram: https://www.instagram.com/grupoeditorialportal/

Facebook: https://www.facebook.com/grupoeditorialportal/

Shopee: https://shopee.com.br/grupoeditorialportal

Grupo Editorial Portal
www.grupoeditorialportal.com.br